LIBRO dot.com

María, corona poética de la Virgen

José Zorrilla



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Al Excmo. Sr. D. Manuel Joaquín de Tarancón, obispo de Córdoba y senador del reino.

Excmo. e Ilmo. Señor.

La amistad íntima y antigua que habéis dispensado a mi familia, el cariño que me habéis mostrado en mi niñez, los buenos consejos de que os es deudora mi juventud, y el aprecio que habéis hecho de mis obras literarias, me han impulsado a tomarme la libertad de dedicaros mi CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN: esperando que recibiréis mi dedicatoria como leal testimonio de lo honrado que me considero con vuestra generosa amistad, de la buena memoria que guardo de vuestro cariño, del respeto con que he recibido vuestros consejos, y de la alta estimación en que tengo los juicios de vuestra ciencia. Permitid, pues, que aproveche en favor de mi presente obra el prestigio que la dará vuestro ilustre nombre. Sabéis mi historia y conocéis mis extravíos: sé que sois justo al juzgar aquella, y benigno para con estos; leed mis religiosas inspiraciones, como habéis leído mis profanos versos, y comprenderéis el fondo del corazón de vuestro más atento, reconocido y respetuoso amigo.

José Zorrilla.

Prólogo

Este venturoso siglo de las luces y de la civilización, en que fue voluntad de Dios hacerme nacer, juzgará que al escribir el presente libro no he tenido más objeto que el de una lucrativa especulación. El nombre de MARÍA, impreso en su primera hoja, y el sagrado asunto de su divina historia esparcido por las siguientes, juzgará que es sólo el cebo de que he discurrido servirme para explotar la devoción del pueblo católico de nuestra España; pero el siglo de las luces y de la civilización, a pesar de estos títulos que él mismo se aplica, y de los cuales quiera Dios que no sea ignominiosamente despojado por las edades venideras, se equivoca completamente.

Yo he escrito este libro bajo la inspiración espontánea de una devoción sincera, concebida desde la niñez a la Madre de Dios, y a la luz de la fe pura y sencilla del Evangelio. He aquí una confesión que el siglo sabio afectará oírme con desdeñosa sonrisa, y que yo me complazco en hacerle sin desconcertarme ni correrme. Por el contrario: cáusame compasión contemplar a mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y de su civilización, sin atreverse a confesar en voz alta sus creencias religiosas, porque teme a su vez servir de mofa a la despreocupación, ídolo contrahecho y repugnante que él mismo se ha creado, en cuya esclavitud se ha constituido él solo, y al que se ha visto obligado a adorar, para encubrir la vergonzosa verdad de que ha dado la vida a un monstruo, que ha esclavizado a su padre desde el punto en que nació. Yo tengo lástima y no miedo a un siglo que proclama la libertad y no osa decir lo que cree su conciencia, por un temor pueril del ridículo, quimera que sólo existe en su imaginación asustadiza, cuando en su conciencia y en su experiencia está plenamente convencido de que sin fe, sin creencias, sin religión, no hay prosperidad pública, ni felicidad doméstica, ni ciencia, ni civilización, ni libertad. El siglo de las luces no puede ignorar esto, una vez que es sabio y debe conocer la historia de los siglos que le han precedido: la de todos los pueblos, la de todas las revoluciones le debe de haber convencido de esa verdad inconcusa.

¿Por qué, pues, avergonzarse de practicar los preceptos o las devociones de la religión en que se ha nacido? ¿Por qué esconder en el fondo de la familia y relegar a la soledad de la alcoba las demostraciones de una fe, a la que no podemos menos de volver los ojos en las tribulaciones de esta vida de tránsito que arrastramos sobre la tierra? Ningún pueblo del universo, ninguna secta religiosa tolerada, tiene empacho en la práctica manifiesta de las devociones de su creencia; sólo los Católicos en estos últimos años parece que nos proponemos dar a entender que tenemos por pobreza de espíritu las demostraciones exteriores de la fe que profesamos: como si las ciencias, la civilización y el progreso social estuviesen en contradicción con Jesucristo, apóstol y mártir de la igualdad, cuya religión hace libres a los hombres en medio de la servidumbre, del cautiverio o de la esclavitud. El sabio incrédulo, que sustituye el nombre de Dios con el de la naturaleza ante los espectáculos tranquilos de la creación, como la presencia de las primeras flores, la salida del sol por encima de las montañas coronadas de nieve, y la alegre vista de las campiñas alfombradas con el movible tapiz de las mieses ya sazonadas y los viñedos que comienzan a verdear, busca en su corazón el nombre de Dios y no el de la naturaleza ante los espectáculos más terribles con que esta le demuestra la omnipotencia de su Hacedor supremo; y en el fondo del camarote de la nave perdida y desarbolada por el huracán, no se acuerda de la naturaleza, en la que causas físicas producen la tempestad que amenaza sumirle en los senos inmensurables del mar irritado, sino de Dios que puede salvarle de la muerte próxima, y enviar a su alma un rayo consolador de esperanza en las

tinieblas de la borrasca. El sabio razonador y el incrédulo filósofo, invocan el nombre de MARÍA con todo el fervor de que son capaces, cuando ven a los marineros del buque en que navegan, abandonar su casco maltratado a la merced de los vientos, y arrodillarse delante de sus escapularios invocando a gritos a la Madre del Redentor, entre los rugidos del trueno y a la luz de los relámpagos, únicas antorchas funerales que alumbrarán su sepultura, que ven abrírseles a cada momento entre las olas espumosas, que se desgarran bajo sus pies como una frágil tela de seda rasgada por el mercader.

Si la ciencia, pues, y la despreocupación tienen al fin que acudir con espanto a la luz de sus olvidadas creencias, cuando ven cercana la lobreguez de la tumba ¿por qué yo, más cuerdo y más osado, no he de consignar en un libro las que, en las amarguras de mi existencia, han vertido sobre mi pobre corazón el bálsamo tranquilizador de la esperanza, sosteniéndome para luchar con la incertidumbre del porvenir nebuloso, y las mundanas tribulaciones?

Cuando niño, solo y descorazonado, lloraba yo sobre mis pobres versos, pensando en que jamás llegaría un día en que recibiesen el honor de ser impresos, ni menos celebrados, volvía mis ojos arrasados de lágrimas a la imagen de MARÍA, invocando su auxilio para que me ayudase a conseguir una gloria profana, que era la ambición de mi juventud, y por la que hubiera dado entonces la mitad de los días que me restaban que vivir. -«Si yo lograse (decía yo a la Virgen en mi infantil desvarío), si yo lograse un gran renombre que me diera crédito para con mi Nación, yo cantaría tus alabanzas en versos apasionados y cadenciosos, y mi voz los derramaría sobre la atención de mi pueblo con una majestad y una armonía semejantes a la de un río fecundador que conduce sus ondas por las llanuras de una vega cubierta de flores.»

¿Y quién dice que Dios no ha otorgado al hombre el cumplimiento de la pueril ambición del niño, para que el hombre cumpla a su vez la oferta que hizo el niño a su divina Madre?

Por eso he escrito este libro; y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta explicación a los que tienen fe religiosa.

He tenido además otra razón, menos santa aunque no menos poderosa, para dedicarme a la composición de la presente obra. La revolución y las tendencias del siglo, franqueando más ancho y seguro campo al ingenio y al saber, y libertando a la prensa de las trabas que anteriormente la coartaban, debía naturalmente de producir hombres grandes, cuyos pensamientos innovadores y avanzadas teorías, cambiaran la faz de nuestra España, abriendo los cimientos de el suntuoso alcázar de una civilizadora ilustración, que debió seguir inmediatamente los pasos de la libertad. Esta era la hora de los grandes acontecimientos y reformas literarias, de las luminosas publicaciones, y de las útiles y necesarias fundaciones de escuelas e institutos, donde el plantel de nuestra juventud fecundado al sol de las sanas

doctrinas y regado con los veneros de una sabia y prudente dirección, germinara y se robusteciera en la fe y en la ciencia, para elevar mañana a la Nación al grado de prosperidad y al lugar digno que ocupó en otro tiempo entre las demás naciones de Europa. Pero he aquí el siglo. La guerra civil, sin duda, y causas que a hombres más sabios pertenece el escudriñar, vinieron a dar en tierra con tan halagüeñas esperanzas. El desorden consiguiente a la división del país lo confundió todo en su torbellino, y dos demonios se levantaron en medio de este tumulto para desventura nuestra: el demonio de la especulación y el demonio de la poesía. Del primero ingenios más profundos hablarán en su día; del segundo voy a decir yo algunas palabras: yo, que debo de conocer su historia, puesto que, adorador ciego del ídolo devastador, he venido al fin a parar en torpe sacerdote de su deforme templo.

El demonio de la poesía se apoderó de la juventud y con ella de todas las clases de la sociedad. Una voz incendiaria, se alzó en el tumulto anunciando que era preciso derribar el edificio viejo de la literatura para reconstruirle: y cayeron las buenas tradiciones literarias bajo el peso de las desenterradas cántigas de los Trobadores, de los romances de Gaiferos y de la multitud de trobas lamentosas, desesperadas endechas y espeluznadoras leyendas que entonces a porfía se publicaron. Innumerables papeluchos aparecieron bajo el nombre de periódicos de literatura y artes, embadurnados con grotescos grabados y detestables litografías, los cuales, después de vivir algunos meses con descrédito de las artes y de la literatura, murieron sin dejar siquiera un recuerdo y sin merecer una lágrima. Uno solo, cuya edición esmerada y bellos dibujos eran acaso dignos de más atención y mejor fortuna, quiso entablar una razonada polémica a favor de las nuevas doctrinas, aunque cediendo también a la exageración y virulencia de la época; pero juzgado con precipitación, o desapercibido entre los demás, concluyó su existencia, en su vigor juvenil, sin lograr el fin que se había propuesto. Los periódicos políticos, a imitación de los de Francia, abrieron su folletín a las letras, y un nublado de poesías insulsas y de noveluchas disparatadas se introdujo en las familias, para acabar de perder el juicio de los hijos desaplicados y de las hijas marisabidillas y romancescas. Este era tal vez el momento de la regeneración literaria: este era el crepúsculo que debía de haber sido precursor de un día sereno, esplendente y fecundador para la literatura nacional; pero aquí como siempre la esterilidad del siglo de las luces sofocó las semillas próximas a dar fruto, y la revolución literaria, como la política, por intentar remontarse a más altura de a la que podían subir sus tiernas alas, se fatigó por mucho tiempo en inútiles y mal dirigidos esfuerzos. La revolución literaria, con peor suerte que la política, paró al fin en una vergonzosa bacanal, en la que el demonio de la poesía embriagó a la juventud, descarriando o embotando su talento, y un enjambre de melenudos poetas nos desparramamos por la Península para inundarla, hastiarla, y embriagarla a nuestra vez con los desdichados y repugnantes engendros de nuestras

imaginaciones calenturientas. ¡Y he aquí el siglo! Ni un solo genio poderoso, ni una voz pujante y avasalladora se levantó en aquel Pandemonium, capaz de acaudillar aquella juventud, falta solamente de una bandera, privada sólo de un capitán prudente y audaz que utilizase las fuerzas que realmente poseía. ¡He aquí el siglo! No hubo un piloto que dominase aquella tripulación desordenada, y que asiendo con brío el timón de aquella hermosa nave, próxima a salir del astillero para ser votada a la mar, la condujese majestuosamente sobre las ondas. El tumulto se apaciguó por sí solo, cansado y aniquilado por su mismo desorden: la juventud se desbandó sin jefe, y la hermosa nave de la regenerada literatura se pudrió en la playa, como una vieja e inútil barca abandonada por los pescadores. Los viejos y los maestros de la antigua escuela clásica, sorprendidos por la nueva y turbulenta generación de poetas, se encastillaron en el silencio, o se adormecieron en la inacción indignados o sobrecogidos. Los jóvenes se lanzaron en alas de su delirante fiebre, y guiados por sus ya viciados instintos, a cantar imaginarios pesares, en composiciones notables sólo por sus bárbaras y monstruosas formas; y como para usurpar el título de poetas no se necesitaban años de estudios, certificaciones universitarias, ni testimonios académicos, el demonio de la poesía se arrellanó sobre un mismo trono con la guerra civil, y la magistratura, el foro, el ejército y todas las clases de la sociedad se vieron invadidas por aquel turbión de poetastros. Pronto tuvieron los más que reducirse a ser imitadores de algunos pocos, que procurando salvarse del naufragio universal, llegaron a la ribera asidos a las rotas tablas de las antiguas tradiciones. La reacción comenzaba a efectuarse, pero necesitaba tiempo; el gusto del público se había estragado completamente, escaldado su paladar por los acres y venenosos manjares de los sangrientos espectáculos importados de Francia, y mas todavía por la multitud de abortos que los parodiadores de aquella horrenda escuela le regalaron. El demonio de la poesía extendió su maligna y emponzoñadora influencia hasta la cátedra de la verdad, y tal vez se habló desde el púlpito de la purísima y celestial belleza de las vírgenes y de las mártires complaciéndose torpemente en las descripciones de sus torneados brazos, de su cuello y hombros velados sólo por sus rizados cabellos y de su encantadora sonrisa, como pudieran describir los poetastros la hermosura impúdica de la dama de un castellano de los tiempos feudales, o de la favorita de un príncipe Musulmán.

Tendamos un velo sobre tan insensatas profanaciones: ni a mí me toca ser el denunciador de semejantes abusos, ni estamos ya a Dios gracias en aquellos lamentables días.

Basta empero lo expuesto para explicar otra de las razones que han influido en mí para emprender la composición de mi libro de MARÍA. Yo soy uno de aquellos jóvenes calenturientos, que se empeñaron con obstinada tenacidad en penetrar a la fuerza en el templo de la poesía, y amparado por la fortuna y aplaudido por la multitud fascinada, publiqué infatigable volumen tras de volumen, escribiendo desenfrenadamente versos sobre versos, como si fuera cuestión de

velocidad o de ganar el premio de una carrera. Como cae mas fácilmente a las manos un volumen de una obra mala que consta de veinte, que el único de que consta una obra buena, mi fecundidad monstruosa me puso en moda, fui más leído que otros autores que en conciencia valían más que yo, y los ciento cuarenta mil versos que llevo publicados me han formado, bien contra mi voluntad, un proselitismo, una escuela a cuya cátedra no he tenido intento de subir jamás: una cohorte de sectarios que sigue mis pasos, que copia mis pensamientos, que imita los metros en que escribo, que se abandona a mis errores y extravagancias, y que pone mis versos a cuestión de tormento para prohijarles, concluyendo por creerlos parto original de su ingenio, cuando ha conseguido descoyuntarlos alterando su sentido, quitando la armonía a alguna feliz combinación de palabras, o destruyendo la solidez de construcción, que logro dar alguna vez a pocos de los muchos que he producido: pero sin que en estas correcciones suyas gane nunca nada mi primitivo pensamiento, ni en claridad, ni en armonía, ni en robustez, ni en precisión. Lo mismo sucede a los demás escritores que han alcanzado por su mérito real y constante laboriosidad la reputación que yo alcancé por el favor de la suerte y la oportunidad de mi aparición en la escena literaria: pero mis prosélitos son intolerables y lo que es peor, infinitos. Considerando, pues, que no debo contribuir a la perdición de sus almas, como he contribuido (aunque involuntariamente) a la perdición de sus ingenios, he determinado variar de rumbo y dedicarme a la poesía sagrada: con lo cual, dado caso que no se aparten de mis huellas, sus rapsodias no ofenderán a la moral, no despedazarán la historia y las tradiciones, no indignarán el buen juicio de las gentes sensatas, que me tomarán al fin por su caudillo voluntario, y al menos sus versos, si los escriben con fe sincera, serán atendidos en el cielo aunque no sean apreciados sobre la tierra. Acaso sus almas me deberán la dicha de ser bien recibidas en el Paraíso después de su muerte, y la sociedad me será deudora de un gran bien; puesto que, dando a mi escuela dirección tan santa, mis discípulos la darán buenos y piadosos ejemplos, ya que no bellas y castizas producciones.

Y esta es otra razón de las que he tenido para escribir este libro, y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta explicación a los que tienen fe literaria.

En cuanto al mérito e importancia que pueda yo atribuir a esta obra mía, poco tengo que decir; los que me conocen saben el poco aprecio en que tengo yo mis escritos. MARÍA es la obra del cristiano, no la del poeta. El poeta la tiene en tan poco como a sus demás obras: el cristiano la tiene en tanto como a su salvación.

Mi corona poética de la Virgen, ni en su argumento ni en su desempeño, tiene la pretensión de la originalidad. ¿Qué dirá el poeta de MARÍA que no hayan dicho los Santos Padres de la Iglesia?

Fácil me hubiera sido atestar de notas mi obra; pero no aspiro, a pasar por erudito a los ojos del vulgo: los libros de donde pudieran tomarse notas para semejante obra son conocidos de todo el mundo, y la vida de la Virgen últimamente publicada por el abate Orsini, contiene todo cuanto en explicaciones y notas puede desear el curioso devoto.

Escaso de ciencia, e insuficiente de todo punto para llevar a cabo el divino pensamiento del libro de MARÍA, declaro que le someto sin restricción al juicio de la censura eclesiástica; y si mi ignorancia me arrastra a estampar en el contesto de mi obra alguna proposición, alguna idea o alguna palabra que no esté en armonía con los dogmas y doctrinas de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, desde ahora para entonces protesto que son involuntarias, que me retracto de ellas y que quiero que se las considere como no proferidas.

José Zorrilla.

Madrid 1.º de Enero de 1849.

Introducción

Voy a contaros la divina historia
de una mujer a quien el alma mía
adora, y de quien son nombre y memoria
objetos para mí de idolatría.
Bella cual la esperanza de la gloria,
no se aparta de mi noche y día
su casta imagen: mi pasión, mi dueño,
con ella vivo, con su imagen sueño.

Templo es mi corazón en donde mora:
la conocí y la amé desde tan niño,
que de mi infancia dividí la aurora
entre mi madre y ella mi cariño.
Su imagen tuve en mi primera hora
en frente de mi cuna: el desaliño
del lecho maternal me la dejaba
ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fue el primero que mi labio
aprendió a balbucear: nombre tan suave,
que se le hiciera al compararle agravio
al son del agua y al trinar de el ave.
La ciencia ruin de el Universo sabio
otro más dulce componer no sabe:
porque es su nombre bálsamo que calma
el mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura
percibiendo la luz del nuevo día:
vaga en las nieblas de la noche oscura:
reposa en un rincón del alma mía.
Yo le invoco en mis horas de amargura,
le bendigo en mis horas de alegría;
tres veces cada sol mi fe Cristiana
le oye del sacro templo en la campana.

Al oír ese nombre soberano
Satán huyendo amedrentado ruge
y el alma suelta que apresó su mano:
el mar se aduerme, que soberbio muge:
tórnase el huracán aire liviano:
espira el trueno, que rodando cruje;
se disipa en la atmósfera la peste,
y Dios aplaca su furor celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero
sabe ya que le adoro: yo le he escrito
mil veces en mis versos y le quiero
escribir otras mil. Nombre bendito,
luz de mi fe, de mi placer venero,
quiero que halle en mi voz eco infinito,
quiero que dure más que mi memoria,
quiero que alumbre mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cave
para que el polvo de mi ser reciba
sobre la piedra funeral se grabe:
quiero que el dedo del amor le escriba
sobre mi corazón, para que lave
con su pureza mi maldad nativa:
porque la tierra, a su vital contacto,
deje por él mi corazón intacto.

Y quiero, al dulce son del arpa mía,
celebrar a la faz de el Universo
de este nombre la santa poesía,
con voz solemne y cadencioso verso.
Quiero el viento llenar de la armonía
de este glorioso nombre, y que disperso
por sus espacios mi cantar resuene,
y que su nombre el Universo llene.

Azucenas de abril, dad a mi aliento,
al pronunciar su nombre, vuestro aroma:
auras de la arboleda, el suave acento
dadme del ruiseñor y la paloma,
en palabra al tornar mi pensamiento:
plantas donde su miel la abeja toma,

dadme de vuestros jugos la dulzura
al hablar de su gloria y su hermosura.

Espirad a su nombre terrenales
cantares y profanas relaciones:
desvaneceos vientos mundanales
que embravecéis el mar de las pasiones:
venid a oírme y preparad, mortales,
a la luz y al placer los corazones,
porque en verdad os digo que es su historia
más grata que los himnos de la gloria.

Venid a mí, los que creéis que existe
otro mundo mejor que nuestro mundo:
venid, los que buscáis la sombra triste
del solitario altar, en lo profundo
del templo abandonado, que resiste
al vendaval del siglo furibundo:
venid y os bañaréis en la ambrosía
del dulcísimo nombre de MARÍA.

MARÍA, emanación del puro aliento
del infinito creador: MARÍA,
augusta emperatriz del firmamento,
gozo del triste, del perdido guía,
madre buena de el huérfano, alimento
del alma casta, luz que en la agonía
más allá del sepulcro, en lontananza
alumbra la región de la esperanza.

MARÍA, arca sellada, guardadora
del tesoro inmortal de la clemencia
de Dios; ser de su ser, fe del que ora,
santuario del pudor, de la inocencia
pabellón perfumado, sombreadora
palma triunfal del Gólgota, excelencia
de los mundos creados, poesía
del paraíso, y germen de la mía.

Tal es el nombre y la mujer que canto,
tal es el nombre y la mujer que adoro:
yo me prosterno ante su nombre santo,
y a la señora de los cielos oro.
Débil mortal, cuando me atrevo a tanto,
que nada soy para quien es no ignoro:
mas me infundió mi madre su cariño
y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh Reina del zenit resplandeciente!
voy a ser el cantor de tu existencia:
mas tus ojos alumbran el oriente,
los astros de placer a tu presencia

tiemblan, corona el sol tu regia frente,
calza tus pies la luna, tu excelencia
no alcanza a comprender la criatura...
¿qué ha de decir de ti mi lengua impura?

Tú, empero, inspiración vendrás a darme
para hablar de tu gloria soberana:
tú me darás vigor, para elevarme
sobre el turbión de la impiedad mundana;
tú vendrás con tu manto a cobijarme
cuando al morir me den tumba cristiana,
y yo a tus pies invocaré tu nombre
libre al partir de la mansión del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fe en que vivo,
y Dios, mi fe para cantar, me ha dado
gigante voz corazón altivo:
el siglo, pues, me escuchará asombrado
cantar la fe de mi país nativo,
tal vez por su tormenta arrebatado,
mas de la fe de mis creencias lleno
con firme voz y corazón sereno.

Primera parte

En el nombre de Dios, a cuyo acento
brotó obediente cuanto alumbra el día,
y cuanto más allá del firmamento
existe, ser tomando en la ambrosía
de su divino creador aliento,
empiezo aquí la historia de MARÍA.
¡Ojalá que la fe de mi palabra
vuestra alma alumbre y el Edén os abra!

Dulce Señora, celestial MARÍA,
tu nombre purifica cuanto toca:
tu nombre al pronunciar la lengua mía
haz que sean, amor mi poesía,
fuego mi corazón, oro mi boca.

Libro primero
Nazaret

Señor de Roma Augusto, y de Judea
Herodes, extranjero cuya cuna
sombrëaron los cedros de Idumea,
gemía lamentando su fortuna

en vil esclavitud la raza Hebrea.

Escrito estaba. Sus postreros días
de libertad y gloria señalaron
las antiguas y santas profecías,
y sus días a término llegaron
comenzando a brillar los del Mesías.

El universo ante el poder Romano
se humillaba vencido, y de su mano
recibía en silencio nombre, leyes,
ritos, tributos, términos y reyes,
sujeto a su capricho soberano.

Jerusalén, la reina que ostentaba
coronada la frente en algún día
y señora de reyes se llamaba,
sobre su frente impreso como esclava
el sello real de su señor tenía.

Decoraban las águilas Romanas
sus puertas, defendidas por soldados
extranjeros; corría en sus mercados
la moneda del César, y ¡cuán vanas!
lágrimas de sus ojos desdichados.

El oro de sus ricos mercaderes
iba a Roma con nombre de tributo
para pagar del César los placeres;
y daban, de su amor al dar un fruto,
un soldado Romano las mujeres.

Mas esperaba en el silencio un día
de regeneración la raza Hebrea:
esperaba aquel sol que la traería
un rey que su poder la volvería,
un rey libertador de la Judea.

¡Mísero pueblo de Judá! esperaba
un rey que al son de la broncínea trompa
a Roma hiciera de Salem esclava,
y al prometido rey imaginaba
del triunfo ver en la sangrienta pompa.

¡Mísero pueblo de Judá!-delante
de ti tuvistes a tu rey: le vistes
ir entre palmas a Salem triunfante,
y ¡oh multitud imbécil! tú ignorante
al rey libertador no conocistes.

¡Mísero pueblo de Judá! en tus ojos
tu avaricia febril puso una venda,

y Dios te ha condenado en sus enojos
a vender de tu herencia los despojos
de lugar en lugar, de tienda en tienda.

Por entonces de un valle en la angostura
entre el monte Tabor y el del Carmelo,
yacía Nazaret, aldea oscura
por un arroyo hendida, que frescura,
sombra y fertilidad daba a su suelo.

Sus remansos ceñidos de espadañas,
umbrosos sauces y sonoras cañas,
eran abrevaderos de palomas;
y huertos mil ornaban sus montañas
de uvas cargados y fragantes pomas.

Canastillo aromático de flores
asemejaba la escondida aldea,
guardada entre dos cerros protectores;
y olvidada tal vez de sus señores
era la más feliz de la Judea.

Y he aquí que en el retiro de esta villa
habitaba un varón justo y prudente,
partiendo su existencia sin mancilla
con una esposa que, como él sencilla,
era para con él fiel y obediente.

Entrambos eran de virtud modelo:
la dulce paz de su modesta casa
imagen era de la paz del cielo:
su fe era pura, sin ficción su celo
por la virtud, su caridad sin tasa.

De envidia exentos, de ambición y encono,
la oración de sus almas ascendía
libre de Dios hasta el excelso trono:
y Dios al aceptarla bendecía
su secreto dolor y su abandono.

Su secreto dolor: porque en la tierra
¿qué corazón no amarga algún secreto?
¿qué espíritu un pesar en sí no encierra?
Ninguno: al pecho del mortal se aferra
el dolor al nacer, y a él va sujeto.

Aquel varón justísimo, intachable,
aquella esposa púdica, sencilla,
su morada pacífica, envidiable,
cual raza vil, cual antro abominable
mirados eran en su propia villa.

Nadie a Joaquín con su amistad brindaba,
nadie a su esposa Ana por ejemplo
proponía a sus hijas, ni trataba
con las mujeres ella, ni pasaba
del pórtico exterior cuando iba al templo.

Su ardiente fe, su caridad sincera,
su honda piedad por el Señor bendita,
una existencia de virtud entera,
infamante padrón en ellos era,
cual si les diera ser casta precita.

Y eran, no obstante, los que en tal bajeza
y abandono tal se contemplaban,
oriundos de tal raza y de nobleza
tal, que los primogénitos llevaban
de su casa corona en la cabeza.

Vástagos eran cuya raza pura
del regio trono de David manaba
aquellos, que vertían en la oscura
soledad por sus ojos la amargura
de la hiel que en sus almas fermentaba.

Ana era estéril: de su sangre fría,
de su inútil amor no nacería
el rey libertador de la Judea;
esa es la hiel mortal que su alma cría:
ese el baldón que su virtud afea.

Por eso lloran de vergüenza llenos
la pena infame, de la culpa ajenos,
en su mansión oscura y solitaria
Ana y Joaquín; mas nunca de los buenos
desoye Dios el llanto y la plegaria.

Dios es justo. Dios ama a los que lloran
resignados el mal que les envía;
Dios escucha benigno a los que oran
con fe leal, y a los que a Dios adoran
no les olvida Dios un solo día.

Libro segundo
La Purísima Concepción de María

(8 de Diciembre)

El Ángel del Sueño

Es alta noche. En el valle
donde oculta se guarece
y en que eterna prevalece
juventud primaveral,
Nazaret, entre los huertos
donde su ambiente se aroma,
duerme como una paloma
que se anida en un rosal.

Lámpara de eterna vida,
la luna brilla en el cielo
derramando sobre el suelo
argentino resplandor;
y de su Dios en los brazos,
a su luz tibia, reposa
la tierra como una esposa
en los brazos de su amor.

¡Paz nocturna, puro cielo,
pabellón de astros bordado!
Dios os tiende como un velo
de la tierra en derredor:
y detrás del cortinaje
de esa tienda de reposo,
como padre cuidadoso
vela al mundo el Criador.

¡Noche azul! ¿quién a mirarte
levantar puede sus ojos
sin caer ciego de hinojos
a los pies de Jehová?
Tus estrellas son las lámparas
con que alumbra su santuario,
y el espacio solitario
de su esencia lleno está.

Todo yace en el silencio
de la noche sumergido:
calla el aire adormecido
bajo el césped; el rumor
de las inmóviles hojas
yace mudo, y solamente
se oye del agua corriente
el son adormecedor.

En esta calma solemne,
de vida y de movimiento
exhausta, que ni el lamento
interrumpe más fugaz,
con dulce sueño que aduerme
los pesares en su pecho,

Ana y Joaquín en su lecho
reposan también en paz.

Castos, fieles, cariñosos,
veinte años ha que le parten
como ejemplares esposos
en salud y enfermedad.
Veinte años ha que dividen
el lecho nupcial, y veinte
que vela constantemente
sobre él la esterilidad.

Veinte años ha que al dormirse
demandan orando al cielo
alivio en el desconsuelo
de su soledad sin fin,
y veinte años ha que solos,
al reposo al entregarse
y a la luz al despejarse,
se encuentran Ana y Joaquín.

Y veinte años atestiguan
con bien claro testimonio,
que su infausto matrimonio
bendecir no plugo a Dios:
y se duermen bajo el peso
del baldón que les alcanza,
entrambos sin esperanza,
mas resignados los dos.

¡Míseros juicios del hombre
que en el error siempre vive,
y los juicios que concibe
siempre falsos ve salir!
¡Ay! en su ciega ignorancia
de sí mismo nada sabe!
solo Dios tiene la llave
de su oscuro porvenir.

He aquí que mientras en sueño
sumergido yace el mundo,
en el silencio profundo
de aquella nocturna paz,
con vuelo apacible y lento
que movió apenas el viento,
cruzó la atmósfera límpida
un espíritu fugaz.

Su vuelo en el aire diáfano
dejó de una luz de rosa
una huella luminosa
que al ambiente esclareció:

y que cual brillo fosfórico
de exhalación de verano,
sumida en el aire vano
al punto se disipó.

Era el ángel misterioso
del sueño: al rumor sonoro
de sus alas, los de oro,
los de hierro hace brotar.
Dios a la tierra le envía
con los tristes o halagüeños,
cuando Dios quiere en los sueños
sus misterios revelar.

Es el más vaporoso,
más vago, más indeciso
que nació en el paraíso:
su ser, su forma y color
son tan indeterminados
que Dios solo les percibe,
y es el ser que de Él recibe
ser de sombra, de vapor.

De los ámbitos celestes
en un apartado espacio,
mora este ángel un palacio
que no visitan jamás
ni los justos, ni los ángeles,
porque su atmósfera espesa
sobre las potencias pesa
y las embarga quizás.

En este alcázar fantástico,
donde solo este ángel vive,
nunca ruido se percibe:
ni una voz, ni un eco en él.
Unos bosques ondulantes
le circuyen en contorno,
y a su parque presta adorno
un quimérico vergel.

Los espíritus más bellos,
las imágenes más puras
de los gozos y venturas
de la gloria y del placer,
atraviesan silenciosas
estos bosques y jardines,
y una vez por sus confines
se las logra sólo ver.

Las que pasan nunca tornan:
de una vez se desvanecen,

y ningunas se parecen
aunque hermanas todas son;
y si más tenaz alguna
otra vez cruza o asoma,
un contorno nuevo toma
y otra faz, y otra expresión.

Mas tal vez en lugar de estos
espíritus deleitosos,
mil espectros temerosos,
tristes sombras mil y mil
pueblan estos densos bosques,
y al impulso de un encanto
misterioso, dan espanto
al valor más varonil.

Pero todos estos seres
que devoran en silencio
el dolor o los placeres
de esta incógnita región,
y el alcázar y las selvas
en que mora eternamente
este ángel, de la mente
son ficciones, sueños son.

De las plumas de sus alas
estos sueños guarecidos
con él van, y repartidos
a su antojo son por él;
y al pasar sobre la tierra
donde ejerce su destino,
va dejando en su camino
a este el dulce, el triste a aquel.

Sin ser nunca percibido
se introduce donde quiera,
y en silencio se apodera
de la vida universal;
cuanto en agua, tierra, fuego
y aire existe le obedece:
todo al soplo se adormece
de su hálito letal.

Y la fiera como el ave,
el reptil como el gusano,
a su influjo soberano
caen rendidos sin vigor:
de él se exhalan contagiosos
los miasmas del beleño,
y a su voz ceden al sueño
desde el hombre hasta la flor.

Silencioso, lentamente
este espíritu invisible
cernió su vuelo apacible
sobre el ameno confín
de Nazaret un momento,
y batiéndole sin ruido
se perdió desvanecido
sobre el techo de Joaquín.

A no pesar sobre el mundo
la letárgica influencia
de su mágica presencia
y de su poder letal,
comprendiera, de pavura
y de respeto temblando,
que se estaba allí efectuando
un misterio celestial.

Un globo de luz, que fúlgida
todo el valle iluminaba,
el contorno circundaba
de la casa de Joaquín,
y un aroma desprendido
de sus muros se extendía,
como darle no podía
Babilónico jardín.

Un murmullo soñoliento,
tan armónico y tan suave
como sólo en voces cabe
de concierto celestial,
resonaba en todo el valle,
y su místico sonido
no cabía en el oído
de ningún débil mortal.

Aquel globo refulgente
cuya esencia creadora,
cuya roja luz viviente
su morada circundó,
del contacto corrompido
de la torpe raza humana
a Joaquín un punto y a Ana
misterioso separó.

¿Quién rasgar pudiera el velo
de su ardiente cortinaje
y el angélico mensaje
comprender de Jehová?
Nadie: nunca; su palabra
manantial de fe y de vida
por el ser sólo es oída

a quien dicha por él va.

Del celeste mensajero
los contornos vaporosos
vieron sólo los esposos
en un sueño celestial,
y ellos sólo percibieron
su presencia vagarosa
a la luz de oro y de rosa
de su auréola inmortal.

Dirigida al ser de entrambos;
en su oído solamente
resonó la voz viviente
de la mística visión,
y sus ánimas tan sólo
de su místico mensaje
comprendieron el lenguaje
y el valor de tal misión.

«¡Alegraos! dijo el ángel
»a los cándidos esposos.
»¡Alegraos, que dichosos
»vuestros días lucirán!
»¡Ana, alégrate! Una hija
»tu infecundo seno encierra,
»que a reinar va en cielo y tierra
»bajo el nombre de Miriam.

»Ana estéril, de mi aliento
»tu fecundo ser recibe:
»¡Regocíjate y concibe
»a la voz de Jehová!
»de la hija que te nazca
»en el tálamo fecundo,
»nacerá, Señor del mundo,
»el monarca de Judá.»

Dijo el ángel y a su soplo
fecundado de Ana el seno
concibió, del germen lleno
de la esencia de Miriam.
Tornó el vuelo a alzar el ángel
y con santo regocijo
sonriendo le bendijo
en su tumba el viejo Adán.

La natividad
(8 de Setiembre)

Y con el nuevo sol se levantaron
los que la voz de Dios soñando oyeron,
y ante la faz de Dios se prosternaron
los que en su gran poder su fe pusieron;
y Ana y Joaquín ante su Dios oraron
cuando tan altos ante Dios se vieron,
y la mujer, hablando en su alegría
con Dios y con el mundo, así decía:

«Oídme: cantaré las alabanzas
del Dios de mis mayores:
del que apartó de mí las asechanzas
de mis perseguidores.

Él descendió desde su inmensa altura
hasta su humilde esclava,
e hizo de mí apartarse con pavura
la muchedumbre prava.

Para que confundiera su malicia,
me dio su omnipotencia
fruto de bendición y de justicia,
fecundo en su presencia.

¿Quién a los hijos de Rubén ahora
dirá que madre es Ana?
¿Cúya será la voz propaladora
del triunfo de la anciana?

¡Oíd, vírgenes, madres y varones
del pueblo preferido!
¡Oíd extrañas gentes y naciones:
la anciana ha concebido!

Venid a ver la milagrosa infanta,
la flor de las doncellas.
Venid a ver la Reina cuya planta
camina sobre estrellas.

¿Quién como yo, Señor, tus santos dones
numerará, prolijos?
Adorados serán por las naciones
los nombres de mis hijos.»

Así decía la feliz esposa
fecunda por la gracia soberana:
y así avanzaba la preñez dichosa
de la escogida entre las madres Ana.

Y a su término así, día por día
conducida por Dios, llegó la hora
en que a la luz mortal nació MARÍA,

a ser del mundo universal Señora.

¡Oh misterio entre todos inefable!
¡Oh favor sobre todos excelente!
¡Oh beneficio inmenso, inestimable
de la bondad de Dios Omnipotente!
Regocíjate ¡oh siervo miserable
del pecado y la muerte! ya el oriente
alumbra de tus días una aurora
de libertad y gracia precursora.

Aquella de los mundos maravilla,
ángel bajo de humanas vestiduras,
flor de pureza, virgen sin mancilla,
divina entre terrestres criaturas,
belleza que ante Dios ufana brilla
sobre cuantas celestes hermosuras
creó y de cuya espléndida persona
son la luna escabel y el sol corona,

Nació de Ana la estéril; mas nacía
de este mundo al dolor y a la pobreza
sin la pompa, el aplauso y la alegría
con que ensalza su mísera grandeza
el orgullo mortal, porque venía
a quebrantar la bárbara cabeza
de la orgullosa sierpe con la planta
de su casta humildad, de su fe santa.

Nació, como el divino mensajero
de Jehová se lo anunció a la esposa,
la divina Miriam, y el mundo entero
la saludó al nacer Reina gloriosa;
y en el instante de su ser primero
ante su aparición maravillosa
la eternidad y el tiempo se pararon
y en muda admiración la contemplaron.

Una escala de luz que desde el cielo
bajó hasta Nazaret, abrió camino
desde la gloria hasta el oscuro suelo
a la corte inmortal del Rey divino.
De adorar a su Reina con anhelo
todo celeste ser por ella vino,
y ante Miriam se prosternó un momento
la excelsa población del firmamento.

La tierra ante su Reina de alegría
saltó como un cordero: la pureza
de su aliento, que aromas esparcía,
la rejuveneció, y su gentileza
recobrando total con su alegría

nuestra madre común naturaleza,
de sus bosques, sus ecos y sus mares
la arrulló con murmullos y cantares.

Suspiró con suavísima dulzura
el aura matinal: de frescas flores
se cubrió de los montes la espesura
y el desierto erial: los ruiseñores,
las palomas y tórtolas, la pura
atmósfera encantaron, y, en primores
compitiendo, ostentose por do quiera
del otoño a la par la primavera.

Ebrio de gozo el universo entero
bebió el aliento de Miriam hermosa,
en el instante de su ser primero
su presencia al sentir maravillosa.
El solo ser por quien nacía empero,
sólo el hombre ignoró su misteriosa
aparición, y reales ovaciones
no hicieron a su Reina las naciones.

¡Ay! los hijos de Adán, que la veían
nacer de labradores sin fortuna,
la madre de su Rey no comprendían
naciendo en la humildad sin pompa alguna,
porque colchas de Egipto no cubrían
el puro lecho de su humilde cuna,
ni estaba de oro y nácar incrustada
ni con ricos aromas perfumada.

No artífices famosos la labraron
con maderas preciosas que pulieron;
con mimbres, que en su huerto se cortaron,
las manos de sus padres se la hicieron:
con flores, que en su huerto se criaron,
pabellón campesino la tejieron,
y en la triste región de los dolores
coronada no más entró de flores.

Mística flor de celestial frescura
sembrada en el desierto de la vida,
se abrió de su arenal al aura impura
como silvestre flor desconocida.
Toscos pañales de grosera hechura
ciñeron a la real recién nacida,
de cuyo seno virginal fecundo
nacer debía el Redentor del mundo.

Flor pura y bella más que cuantas flores
pueden criar jardines terrenales,
sus hojas desplegar, dar sus olores

debía entre los duelos mundanales;
por eso, de sencillos labradores
naciendo, de sus labios virginales
las primeras palabras que salieron
para los pobres e ignorantes fueron.

Los de su pueblo rústicos no vían
sino una esclava más que Dios enviaba
entre ellos, y sus hembras se afligían
por el destino de la nueva esclava.
Ana y Joaquín empero, que sabían
el inmenso tesoro que fiaba
a su cuidado paternal el cielo,
su flor cuidaban con paterno celo.

Ellos solos la mística fragancia
gozaban de su célica presencia:
ellos solos sabían que su infancia
alcanzaba perfecta inteligencia.
Dios derramó sobre ella la abundancia
de sus gracias sin fin, y su existencia
ni pasó por la infancia, ni doctrina
necesitó: nació sabia, divina.

Como de culpa original exenta,
su alma de la ignorancia del pecado
fue libre, y fue sin enseñanza lenta
su entendimiento puro iluminado.
Celeste emperatriz, Dios tuvo en cuenta
el trono a que la había destinado,
y atendiendo a su excelsa jerarquía
Dios la llamó Miriam, Judá MARÍA.

Iris de paz, de dicha mensajera,
sello entre Dios y el hombre de alianza,
fanal que alumbra su vital carrera,
lucero anunciador de la bonanza,
fuente de amor y caridad sincera
y de fe incontrastable y esperanza
inextinguible, y manantial de vida...
Tal fue MIRIAM en Nazaret nacida.

El dulce nombre de María
(13 de Setiembre)

¡Estrella de la mar, virgen MARÍA,
de la infinita creación Señora!
tu nombre es un raudal de poesía,
de fe, vida y placer engendradora:
y al corazón del hombre da alegría,

miel a sus labios, música sonora
a su oído, a su ánima consuelos
en el afán de sus mortales duelos.

Tu nombre es una música más grata
que cuantas escuchó la baja tierra.
Cuantos ecos la atmósfera arrebata
en bosque o llano, población o sierra:
cuantos el viento en su extensión dilata
robándoles al mar que les encierra,
no imitaron jamás la melodía
del dulcísimo nombre de MARÍA.

Yo quisiera encontrar en mi garganta
sonidos y palabras celestiales
para explicar la melodía santa
que atesora su nombre a los mortales.
¿Mas su nombre inmortal cómo se canta
con lengua y con palabras terrenales?
¿Cómo ofrecer al paladar del hombre
la miel que mana de su dulce nombre?

No existe ser cuya palabra impura
no manche su esplendor cuando le alabe,
ni encarecer su mística dulzura
torpe la humana inteligencia sabe,
ni en comprensión de humana criatura
la concepción de su excelencia cabe;
ni osar puede a tan gran merecimiento
más que la fe que asalta el firmamento.

Perdona, pues, emperatriz divina,
si para celebrar tu nombre santo
conceptos de él indignos imagina
mi comprensión al elevar mi canto.
Perdona si mi voz se determina
a ponderar tu nombre excelso tanto
con miserables símiles profanos
y en el lenguaje vil de los humanos.

Misteriosos incógnitos rumores
que componéis la mágica armonía
del globo universal: susurradores
murmullos de la noche, melodía
de los ecos del valle, zumbadores
gemidos de las auras, poesía
del son con que la hoja, el agua, el ave,
en lengua hablan a Dios que Él solo sabe:

Prestad a mi garganta
el acordado ruido
de vuestra lengua santa

de Él solo comprendido:
la voz que sólo para Dios levanta
cuanto con voz por Él creado ha sido.
Prestádmela un instante
porque la lengua mía
como vosotros cante,
y mi bárbara y tosca poesía
embelese la tierra,
procurando imitar la melodía
que en sus letras suavísimas encierra
el dulcísimo nombre de MARÍA.

Nombre de bendición y de esperanza,
como expresivo santo,
mayor que todo extremo de alabanza,
de admiración y canto,
abarca y simboliza
en la expresión que encierra
cuanto la débil existencia hechiza,
cuanto del sumo cielo a ver alcanza
el mísero mortal desde la tierra.
Nombre más grato al alma y más sonoro
que la conmovedora salmodia
que, en la nave del santo monasterio
alza de monjes reverente coro,
la fiesta honrando de solemne día
con los sones del órgano y salterio;
más grato que el arábigo perfume
que allí aventado en incensarios de oro
ante el altar brillante se consume,
cuyo humo azul en espiral se eleva
por el aire incoloro,
que a las sagradas bóvedas le lleva.
Consuelo del que llora,
del extraviado guía,
para el alma apenada que le implora
es ámbar y ambrosía;
y más que nombre bálsamo divino,
el erial de la vida fertiliza
y en la carrera del mortal destino
alivia las fatigas del camino
y las llagas del alma cicatriza.
Más deliciosa que la mansa calma
tras huracán bravío y estridente;
más que en el haz del arenal ardiente
la sombra de la palma
¿Quién explicar ni comprender sabría,
ni con qué a comparar se atrevería
en el lenguaje mundanal mezquino,
el misterio secreto, peregrino
del dulcísimo nombre de MARÍA?

¿Oísteis por ventura
en la nocturna soledad serena
cantar en la espesura
de la floresta amena
a la alegre y canora filomena?
¿La oísteis en el viento
mezclar el suave acento
de su amoroso pío.
con el trémulo son de la onda pura,
con que el sonoro río
fecunda de los olmos la verdura?
Pues más dulce es aún que la armonía
del son del agua y del cantar del ave
la melodía mística y suave
del dulcísimo nombre de MARÍA.

¿Habéis guiado acaso
del mar por las orillas
el descarriado paso,
las blancas arenillas
con distracción pisando,
la música escuchando
y el manso movimiento
absortos contemplando
del oleaje lento
con que la mar en calma
distrae el pensamiento
e infunde, sus recuerdos inquietando,
memorias melancólicas al alma?
¿Habéis prestado oído
al hervoroso ruido
de la flotante espuma
que deja en el arena,
y que, antes que se suma
entre sus granos, suena
con bullidor murmullo,
a cuyo vago misterioso arrullo
embebecida el alma se adormece?
Pues música más dulce es todavía
que la del mar que arrullador se mece
para aquel que le invoca con fe pía
el dulcísimo nombre de MARÍA.

¿Imagináis por suerte
del náufrago espirante
que lucha con la muerte,
cual es la penetrante
y rápida alegría,
si ve poco distante
la nave protectora cuyo amparo
cable oportuno y salvador le envía?
¿Imagináis el ansia con que avaro

de salvación aprieta el cabo suelto?
¿Concebís el placer con que respira
al percibir que el cable le retira
de la salobre mar, y cuando vuelto
en sí, seguro en el bajel se mira?
Pues es más dulce al corazón humano
náufrago errante por la mar sombría,
de la miseria y del dolor mundano,
invocar el auxilio soberano
del dulcísimo nombre de MARÍA.

¡Dichoso quien le adora!
¡feliz quien en él fía!
Dulce será su postrimera hora
y dulce su agonía;
y al cerrarse sobre él la sepultura
para emprender temblando de pavura
de la tremenda eternidad la vía,
MARÍA de su alma protectora
alumbrará su eternidad sombría.

Plegaria

MARÍA, cuyo nombre
como conjuro santo
ahuyenta con espanto
la saña de Luzbel,
escríbeme en el pecho
tu nombre omnipotente,
porque jamás intente
aposentarse en él.

MARÍA, Soberana
de cuanto el orbe encierra,
rocío de la tierra,
estrella de la mar,
tu nombre misterioso
será el fanal tranquilo
que alumbrará el asilo
de mi terreno hogar.

MARÍA, cuyo nombre
es fuente de pureza
que lava la torpeza
del frágil corazón,
tu nombre será el agua
que el mío purifique
de cuanta en él radique
maligna inclinación.

MARÍA, luz del cielo
cuya brillante esencia
es luz de toda ciencia,
y del saber raudal,
tu nombre sea antorcha
cuyo fulgor ahuyente
de mi acotada mente
la lobreguez letal.

MARÍA, a cuyo nombre
es música más suave
que el cántico del ave
y que del agua el son,
tu nombre sea fuente
do beban su armonía
mi tosca poesía,
mi pobre inspiración.

MARÍA, a cuyo nombre
la divinal justicia
al pecador propicia
se inclina a perdonar,
tu nombre sea, cuando
la eternidad se me abra,
la última palabra
que exhale al espirar.

La presentación
(21 de noviembre)

- I -

Arrastraba el Cison sus orgullosas
corrientes, que a los turbios vendavales
del equinoccio hervían espumosas,
sus fértiles riberas deleitosas
inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina
de nieves en la cima gigantea
del Carmelo, y la escarcha matutina
cubría con su alfombra cristalina
la llanura feraz de Galilea,

Cuando los dos esposos emprendieron
de Salem el camino trabajoso:
y huyen del invierno riguroso
atravesar los valles resolvieron
sendero largo más, no tan penoso.

Dejaron, pues, las áridas llanuras
y los desnudos montes de Samaria,
cuya tierra fecunda en quebraduras,
torrentes espumosos y en oscuras
cuevas, jamás fue al bueno hospitalaria.

Y bajando de lo alto del Carmelo
por la dulce pendiente embalsamada
entraron de Sarón en la llanura,
que es el más fértil y salubre suelo
que hay en aquella tierra fortunada.

Ornan sus feracísimas riberas
aromáticos cedros y palmeras
cimbradoras, y espesos abedules,
tilos de flores cárdenas y azules,
ricos viñedos y húmedas moreras.

Allí ostenta su espléndida espesura
el plátano, delicia de los valles,
y el viejo olivo de inmortal verdura
sombra a las cepas da jugo y frescura,
formando entre ellas dilatadas calles.

Al abrigo de nópalos y encinas
terebintos, abetos y granados,
brotan allí jaspeadas clavellinas,
renúnculos y rosas purpurinas,
cárdenos lirios y alhelís violados.

Tal era la región y es todavía
por donde lentamente caminaban
los venturosos padres de MARÍA:
y por gozar sus auras y alegría
el camino de intento prolongaban.

Que, aunque henchidos de amor y reverencia
para con Dios, sus pechos paternales
en el tiempo al pensar de aquella ausencia
sentían asaltar ansias mortales,
su vejez preveyendo y su indigencia.

Así un día tras otro su camino
a la santa ciudad siguiendo fueron
y desde un cerro a la ciudad vecino
al resplandor del astro matutino
un día de Salem las torres vieron.

A las postreras luces temblorosas
de el sol del mismo día, por la puerta
entraron de Efrain y por sinuosas

y angostas callejuelas tenebrosas
dirigieron los dos la planta incierta.

De edad Ana y Joaquín bien avanzada,
largo el viaje, el camino fatigoso,
de la puerta oriental en retirada
mansión, de gente mísera posada,
se alojaron con ansia de reposo.

Repuesto en breve del penoso viaje
buscó Joaquín los cándidos presentes
del religioso y sólito homenaje,
de la familia de Ana y su linaje
convocando a la par a los parientes.

Y presto ya el cordero sin mancilla
que debía servir de ofrenda pura,
y de harina un gomor cuya blancura
excedía a la nieve que al sol brilla
del empinado Líbano en la altura;

Subió la numerosa comitiva
con espléndidos trajes adornada
del Dios Omnipotente a la morada,
y a su frente marchaba con fe viva,
superior a su edad, la presentada.

En el patio exterior a do primero
llegaron, que jamás traslimitaba
bajo pena de muerte el extranjero,
ante el dorado pórtico severo,
de gentes multitud les aguardaba.

De la casa del rey los oficiales
eran, los sapientísimos doctores
de la ley, fariseos fingidores,
Levitas, magistrados, generales
y matronas ilustres y señores:

Pues quiso Jehová que la dichosa
Virgen que por recónditos caminos
venía destinada a ser su esposa
llegase a su morada suntüosa
con pompa conveniente a sus destinos.

- II -

Detuvo el paso lento
la fausta comitiva
tocando el pavimento
del encumbrado Chel,

y la profana gente
la faz humilló altiva
ante la faz ardiente
del Sumo de Israel.

De Nicanor la puerta
giró sobre sus gonces:
entró Miriam incierta
del sacerdote en pos
y pudo el pueblo entonces
mirar por un instante
el fondo centelleante
de la mansión de Dios.

Sus bóvedas doradas
con oriental riqueza,
sus piedras afirmadas
con llantas de metal,
sus sólidos pilares
do apoyan en su alteza
los techos tutelares
del Santüario real.

El pórtico sagrado
pasó Miriam: su planta
en la comarca santa
siguieron nada más
sus padres y parientes,
y víctima más pura
en su rëal clausura
no penetró jamás.

En el umbral postrero
de un patio donde crecen
el verde limonero
de amarillenta flor,
el tamarindo umbroso
y el lauro, que estremece
con ruido sonoroso
su perennal verdor,

Los viejos sacerdotes
y los Levitas graves,
de cánticos süaves
y del salterio al son,
a recibir salieron
a la sin par MARÍA,
que a Jehová ofrecía
su casto corazón.

Fue el blanco corderillo
sacrificado: el fuego

de sus entrañas luego
la carne consumió:
se hicieron libaciones
de aceite, sangre y vino
ante el altar divino
do el holocausto ardió.

En platos de oro puestos,
los destrozados restos
de la inmolada víctima
se hicieron repartir,
según de aquellas gentes
costumbre, a los parientes
de Ana, que sus lágrimas
no acierta a reprimir.

Tendieron de MARÍA
sobre la real cabeza
un velo, de pureza
virgínea señal
como la nieve blanco,
mas de menor blancura
que la inocencia pura
de su alma virginal:

Y el viejo Zacarías
que, Sacerdote Sumo,
entre una nube de humo
sagrado apareció,
desde el umbral, propicio
la víctima aceptando,
de Dios para el servicio
la Virgen reclamó.

Rompiendo entonces todos
los maternales lazos,
tomando entre sus brazos
a la hija de su amor,
condujo a sus pies Ana
a su gentil MARÍA,
tan llena de alegría
como ella de dolor.

«Señor, dijo la madre,
a Dios traigo en ofrenda
de bendición la prenda
que dio a mi ancianidad.
A Dios la consagramos
y Dios nos la reclama:
nosotros acatamos
su santa voluntad.»

El Sacerdote alzando
a la postrada anciana
la dijo: «vuelve Ana
a tu tranquilo hogar:
al que de Dios guarece
la protección Suprema
bajo su amparo crece
seguro ante su altar.»

«Vuelve a tu hogar, anciana,
y hasta su puerta amiga
de Jehová te siga
la bendición en pos.
No pierdas tus vigilias
en maternales quejas,
porque a tu hija dejas
encomendada a Dios.»

Diciendo así el Pontífice
con brazos cariñosos
bendijo a los esposos
y al pueblo despidió:
y del sagrado templo
tras de las puertas de oro
MARÍA con el coro
de vírgenes quedó.

Libro tercero
María en el templo

- I -

Castísima paloma,
cuyo sereno vuelo
en la región del cielo
a remontarse va:
vapor de suave aroma
que en odorante nube
hasta el alcázar sube
mansión de Jehová:

Flor del Edén preciosa,
cuyo capullo abierto
derrama en el desierto
su celestial olor,
tu esencia misteriosa
permaneció ignorada
en la infeliz morada
del siervo del error.

El hombre es un gusano:
sus ojos son de tierra
y en ellos luz no encierra
para mirarte a ti.
Nublado el ojo humano
por míseros antojos
brillar no ve en tus ojos
la luz de Adonaí.

Reina del sol que germen
y luz da a la campiña,
terreno ser, y niña
te cree Jerusalén:
sus razas que en tinieblas
de vanidad se aduermen
del vicio entre las nieblas
a Dios en ti no ven.

Tú, de virtud sagrario,
al templo te acogiste:
tú, que elegida fuiste
por templo de Emmanuel.
Morar en su santuario
tu corazón quería
cuando morar debía
en tus entrañas Él.

De su santuario dentro,
bajo sus techos de oro,
tu ser como el tesoro
de más valer guardó:
y el silencioso centro
de su mansión sagrada
sondar la vista osada
del hombre no dejó.

¿Qué fueron de tu infancia
las horas en el templo?
Tú, de virtud ejemplo
y virginal unción,
creciste cual las flores
que doblan su fragancia
y avivan sus colores
al par de la estación.

Tesoro de las glorias
del Hacedor del día,
rosal de Alejandría,
ciprés de Jericó,
las místicas memorias
de tu niñez dichosa

de sombra misteriosa
el cielo circundó.

Oculta, guarecida
bajo el sagrado velo,
esencia contenida
en hidria de cristal,
joya de Rey guardada
con precavido anhelo,
semilla conservada
debajo de un fanal,

Moraste en los palacios
del dueño de la vida,
a tu Señor unida
con misteriosa unión,
y en ti su Ser moraba,
y el tuyo a Él llegaba
salvando los espacios
tu férvida oración.

Tú, Virgen escogida
en su saber profundo
para traer al mundo
la fe y la salvación,
sus juicios ignorabas,
mas por tu fe impelida
a Dios le consagrabas
tu. limpio corazón.

Tú, Reina de los seres
que el paraíso moran,
tú, cuya huella adoran
los justos de Sión,
al polvo descendiste
del ser de las mujeres
y entre ellas te impusiste
grosera ocupación.

Tú con las otras almas
del templo habitadoras,
pasaste largas horas
callando tu alto ser,
en adornar las palmas
y entretejer las flores
del templo, y en labores
humildes de mujer.

Tus dedos trasparentes
hilaron diligentes
los linos de Pelusa,
las sedas del Cedar:

tu mano soberana
tejió la blanca lana
que el sacerdote usa
velando en el altar.

Tú, cándida y modesta,
al místico servicio
de Dios siempre dispuesta
velabas sin cesar:
y un día y otro día
del cruento sacrificio
en la solemne fiesta
se oía tu cantar.

Leal, caritativa,
sincera y obediente,
con todos indulgente
y en todo sin igual,
imagen eras viva
de la virtud suprema
que da inmortal diadema
al alma del mortal.

Así creciste, pura
emanación del cielo,
embalsamando el suelo
y el templo de Israel
tú, excelsa criatura,
mujer divina y Santa,
a cuya regia planta
la luna da escabel.

Así pasando fueron
de tu niñez los días,
en tanto que adquirías
las fuerzas y la edad
para que en ti cumplida
la ley que te impusieron,
de dar al mundo vida
viera la humanidad.

Pasaron así bellos
los días de tu infancia
en tu apartada estancia
del templo de Salem,
llegando detrás de ellos
los días de amargura
que a nuestra raza impura
franquearon el Edén.

¡Ay! cuando a luz naciste
para salvar la tierra

al mal te sometiste
de su fatal mansión
y del dolor que encierra
la bárbara agonía,
pronto ¡ay de ti! debía
herir tu corazón.

En vano consagrabas
la flor de tu pureza
al Dios de quien enviabas
tu corazón en pos:
su rayo se encendía
sobre tu real cabeza,
y que acatar había
la voluntad de Dios.

- II -

Acercábanse ya los misteriosos
días de llanto, en cuyas lentas horas
se debían llenar los tenebrosos
designios del Señor. Él solamente
penetraba el hondísimo misterio
de nuestra Redención: su sabia mente
percibía no más la luz futura
que, para bien de la terrena gente,
iba a alumbrar la lobreguez impura
de su mansión: su poderosa mano
preparaba a los tiempos el camino:
y momento a momento, grano a grano
iba en la eternidad inmensurable
arrojando implacable
las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo
aguardando el instante pavoroso
en que del gran misterio tenebroso
la justicia de Dios rasgara el velo;
y temblaban las almas
de Abraham en el limbo detenidas
ansiando, de él para salir, las palmas
por el cielo a los justos prometidas:
y temblaba el monarca del infierno
esperando en sus lóbregas moradas
el punto en que sus puertas quebrantadas
iba a pasar el hijo del Eterno.

El universo entero todavía
su porvenir recóndito ignoraba,
y ya el ángel precito adivinaba
los destinos futuros de MARÍA.

La voluntad de Dios no le dejaba
llegar de la dichosa Nazarena
al alma virginal, que vio en el mundo
entrar de culpa original ajena:
y en su saber y en su furor profundo
sentía el pie de la que así nacía
hollar triunfante su cerviz impía.
Ella empero ignorante
del porvenir augusto, orando a solas
consigo misma y del Señor delante,
del mar del porvenir no percibía
crecer y embravecerse a cada instante
el viento airado y las hirvientes olas.

Mas íbanse a romper todos los lazos
que ligaban su espíritu a la tierra
antes que el germen que su sangre encierra
fecundara el aliento omnipotente,
y recibieran sus maternos brazos
al rey eterno de la humana gente.
Era preciso que la flor de mayo
sobre su tallo se apoyara sola,
para que el fuego asolador del rayo
cayese entero en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,
bella sin par entre las más hermosas
que por las sendas de la tierra oscuras,
obediente a las leyes misteriosas
de Jehová, tus huellas
hacia el sangriento Gólgota encaminas,
ya no hollarán tus pies sendas de rosas,
de hoy más tan sólo pisarán espinas.

Antes que sus virtudes salvadoras
de tu alta gracia el talismán ejerza
en pro de nuestras almas pecadoras,
tú, madre de los huérfanos es fuerza
que huérfana te veas, que devores
tu tiempo en soledad, y pues nacistes
para ser el consuelo de los tristes
fuerza será que con los tristes llores.
Fuerza es, ¡oh madre del amor divino!
la hiel que apures del pesar humano:
es fuerza que al dolor de tu destino
no se iguale jamás dolor humano,
para que al darte de su madre el nombre
en su aflicción, tu nombre soberano,
símbolo de tu duelo sobrehumano,
bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmortales

se corone tu cándida cabeza,
tu duelo es fuerza que a tu gloria iguales:
apresta, pues, tu alma a la fiereza
de tus hondos destinos celestiales.
Tu paz concluye do tu gloria empieza
y aquí se empieza, celestial MARÍA,
el cáliz a llenar de tu agonía.

***

El anciano Joaquín, la vista fija
en su hermosa Miriam, su domicilio
mudó a Jerusalén, y al pie del templo,
para vivir más cerca de su hija,
compró, de sus parientes con auxilio
una pobre mansión, donde él y Ana
eran, de amor y de virtud ejemplo,
muestra viviente de bondad humana.

Hacía ya dos lustros que no oía
el rumor de los olmos y las cañas
de Nazaret, cuando al morir de un día
de otoño el tibio sol, sintió que hería
la mano de la muerte sus entrañas.
Su último aliento recogió en el pecho
por alargar un punto la existencia,
su alma con religiosa diligencia
tornando a Dios desde el mortuorio lecho.
Su postrimer deseo procurando
Ana cumplir, al templo fue llorando
al sumo Sacerdote Zacarías
a avisar que llegaba
su esposo al fin de sus cansados días.
Acudió presuroso
el sacerdote austero
a la mansión del moribundo esposo,
mas no llegó el primero:
ya su faz con sus lágrimas regaba
MARÍA, que con paso más ligero
de llegar acababa,
y que a las manos de su padre asida
tal vez con sus suspiros intentaba
algún suspiro más darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,
el espirante padre al sacerdote
encomendó cuanto en el triste mundo
dejaba: la hija que a sus pies gemía
y la mujer con quien partido había
en la prosperidad y en la indigencia
el placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquín iluminados
por el Señor en su postrer instante,
el glorioso esplendor, el sol brillante
percibió de los días reservados
a aquella hija divina que le llora,
y una sonrisa iluminó el semblante
del noble viejo, luz consoladora
que le mostró su eternidad radiante:
y sus manos poniendo en la cabeza
de aquella hija del mundo salvadora,
espiró sin congoja ni agonía,
del alma pura la mortal corteza
dejando entre los brazos de MARÍA.

Su cuerpo devolvieron a la tierra
la noble virgen y la madre anciana,
y sobre el mármol que a su bien encierra
lloraron a su bien MARÍA y Ana.
Cuando de llanto el natural tributo
pagó al amor su corazón doliente,
del mármol se alejaron tristemente
para esconder su soledad y luto
la hija del templo bajo el áureo techo,
la viuda al pie de su vacío lecho.

Once lunas después... es una tarde
apacible y serena;
el sol, de luz en el postrer alarde
de rojo resplandor el aire llena,
y su esplendente claridad tendiendo
por la extensión del cárdeno horizonte
como un manto de púrpura, derrama
desde la cima del excelso monte
su temblorosa llama,
que como vasto incendio reverbera,
con su postrer fulgor enrojeciendo
valle, bosque, ciudad, río y pradera.

El día de la fiesta de las flores
celebra el pueblo de Judá; se escucha
el suave son del cántico sonoro
del templo y por los aires se levanta
el humo azul del incensario de oro,
que con el aura al elevarse lucha
fugaz lamiendo la techumbre santa.
MARÍA de las almas entre el coro,
acompañada del salterio canta
himnos de gracias al Señor, y el mundo,
en cuanto abarca su ámbito invisible
desde el zenit al báratro profundo
mudo y atento para oír se inclina
el eco dulce de su voz divina.

Su delicioso celestial sonido
derramado se esparce por el viento,
y embelesa el oído
de todo ser, y ahoga todo ruido
que existe en aire, tierra y firmamento;
y a los acentos de su voz süaves
las rumorosas auras se adormecen,
las sonoras corrientes enmudecen,
el eco olvidan de su voz las aves
y en su lecho de arena movediza
lentas las olas de la mar se mecen
y el agua amarga que su son hechiza
dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios que como rey domina
la eternidad y el tiempo, y cuyas leyes
ningún encanto a su favor inclina
como el poder de los humanos reyes,
las fuentes del dolor abre entretanto
en la alma de Miriam, y en sus enojos
aguarda el fin de su armonioso canto,
segunda vez para anegar en llanto
la casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano Levita a quien seguía
una mujer cubierta con un velo,
la ceremonia al concluir y el día
la instó a seguirle con doliente anhelo.
Obedeció la cándida doncella
y del materno hogar a la morada
de ambos detrás encaminó la huella.
Al umbral de su puerta aglomerada
reunión de mujeres silenciosa
esperaba sin duda su llegada,
compasiva tal vez, tal vez curiosa.
«¿Qué es esto hermanas mías?»
preguntolas Miriam sobresaltada.
«¿Por qué en el más alegre de los días
»delante de mis puertas os encuentro
»veladas, taciturnas y sombrías?
»¿qué mal se alberga de mi casa dentro?»
Mas las mujeres a su voz callaron
y apartándose ante ella, de la puerta
el paso la franquearon.
Con angustiado afán, con planta incierta
en la morada penetró MARÍA,
y en la primera estancia que halló abierta
donde una turbia lámpara lucía
a su madre encontró. -No estaba muerta
la anciana todavía:
mas con la vista próxima a apagarse

la buscaba afanosa,
incapaz de explicarse
con voz ni con acción más cariñosa.
Sonreír dulcemente
la vio la hija infeliz al acercarse
al solitario lecho,
y al abrazarla con filial ternura
con el postrer aliento de su pecho
un beso maternal grabó en su frente,
y al querer la divina criatura
volvérsele a su vez su boca pura
apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso
por el impulso repentino herida,
de la madre perdida
cayó sobre los míseros despojos,
llenos quedando en su dolor inmenso
su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando al siguiente día
la misma tumba, que a Joaquín encierra
de la esposa el cadáver recibía,
sobre el haz de la tierra
sola quedaba en orfandad MARÍA:
mas de Dios a los fallos resignada,
de religiosa abnegación ejemplo,
a la merced de Dios encomendada
al amparo de Dios volviose al templo.

- III -

Serena es la noche:
con luz argentina
la luna ilumina
la humana región,
y el cielo, que de astros
sembrado destella,
despliega sobre ella
su azul pabellón.

Serena es la noche:
su lánguida calma
infunde en el alma
dulcísima paz;
meciendo las hojas
del árbol suspira
el aura que gira
sonora y fugaz.

Ya duermen ahogando

las aves el pío:
cerrada al rocío
ya duerme la flor.
Detrás de los astros
que pueblan la altura
radiante fulgura
la faz del Señor.

Al fuego del faro
por Dios encendido,
en sueño sumido
reposa Isräel,
cual rey, que, acampado
en tierra vencida,
reposa cercado
de ejército fiel.

Allí, tras sus muros
de recia espesura,
callada y segura
se duerme Salem:
quebrando los tibios
nocturnos reflejos
brillar a lo lejos
sus techos se ven.

Sobre una colina
sus torres levanta
la fábrica santa
del rey Salomón,
de el templo acotando
los santos confines
de frescos jardines
la amena extensión.

Sus vírgenes almas
cultivan en ellos
los árboles bellos,
las plantas sin par
de que hacen fragantes
guirnaldas vistosas,
con que ornan piadosas
el templo y altar.

En cámara, a cuyas
ventanas vecinas
movibles cortinas
los árboles dan,
envía a los cielos
con fe solitaria
su casta plegaria
la triste Miriam.

Allí en su escondida
sombría vivienda,
a Dios se encomienda
con férvida fe,
pidiéndole un aura
de dulce consuelo,
que alivio en el duelo
de su alma la dé.

Su ser invisibles
Arcángeles guardan:
Querubes aguardan
su pura oración,
y a Dios se la llevan
tendiendo triunfantes
las alas brillantes
a la alta región.

Según le atraviesa
perfuma el espacio:
la gloria embelesa
su místico son:
y en forma de aroma,
que siente y que vive,
aspira y recibe
Jehová su oración.

Mas llora al enviársela
Miriam: que es amarga
su pena y es carga
cruel de llevar,
y sólo contemplan
la tierra sus ojos
cual campo de abrojos
que va a atravesar.

Su espíritu ignaro
del ser en que existe,
rebelde resiste
tan íntimo afán:
y en sí el gran misterio
que encierra ignorando,
al cielo llorando
se vuelve Miriam.

Sus gotas de ardiente
purísimo lloro
en un vaso de oro
recoge Gabriel.
¡Rocío de gracia!
¡esencia de fuego

que habrá de ser luego
salud de Isräel!

- IV -

Y en esta misma noche
tristísima, fue cuando
a solas contemplando
su mísera orfandad,
al Sumo Dios hacía
la cándida MARÍA
un voto de perpetua
y fiel virginidad.

Plegaria de María

«Señor, pues que me dejas
sobre la tierra así,
desde hoy viviré en ella
tan sólo para ti.

»Renuncio a la esperanza
del porvenir: jamás
levantará hombre alguno
mi velo virginal.
Señor, yo te consagro
mi casta soledad,
Señor, vuele a ti puro
mi espíritu inmortal.

»Señor, pues que me dejas
sobre la tierra así,
desde hoy viviré en ella
tan sólo para ti.

»Circunde en hora buena
mi solitario hogar
la niebla infamadora
de la esterilidad.
Señor, a ti tan sólo
la huérfana amará.
¿ni a quién sino a ti puede
su corazón amar?

«Señor, pues que me dejas
sobre la tierra así,
desde hoy viviré en ella
tan sólo para ti.

»Tú vives en mi pecho,
y en él no caben ya
livianas sensaciones
de afecto terrenal.
Mi oído atento sólo
para tu voz está:
mi corazón abierto
para tu amor no más.

»Señor, pues que me dejas
sobre la tierra así,
desde hoy viviré en ella
tan sólo para ti.»

Así en su amargo duelo
decía a Dios Miriam:
mas ¿ante quién se tuerce
la ley de Jehová?
Sus santas oraciones
hasta su trono van;
pero mudar no pueden
su eterna voluntad.

Escrito estaba y pronto
su velo virginal
iba a dejar la esposa
colgado ante el altar.

Libro cuarto
María esposa

- I -

Lució para Miriam la misteriosa
edad de los ensueños celestiales:
la edad en que se juzga más dichosa
la mujer en sus sueños virginales.
Edad lejana aún de la azarosa
época de los recios vendavales
de la vida, en que vamos en bonanza
bogando por el mar de la esperanza.

Feliz adolescencia que perfuma
la fe con aromáticos olores:
cielo sereno que jamás la bruma
empaña, ni aquilón con sus furores:
mar de zafir cuya argentada espuma
no a impulso de huracanes bramadores
hierve, sino del aura al suave aliento

se mece con sonoro movimiento.

Bella edad del amor, afortunada
estación de los goces de la vida,
en la cual ni esperanza hay engañada
ni amigo ingrato, ni ilusión perdida.
Pradera de mil flores esmaltada
que a reposo y placer sólo convida:
breve edad de brevísima ventura
que hace más breve aún nuestra locura.

Felices, generosos, lisonjeros,
floridos, inocentes quince años:
en los que ignora el hombre los arteros
lazos del mundo loco y sus engaños:
edad en cuyos días placenteros
se ven y no se creen los desengaños;
vestíbulo dorado de esta vida,
mansión del llanto, del dolor guarida.

Llegó esta edad para Miriam: su seno
de juventud y de vigor henchido,
sintió, aunque a instintos de impureza ajeno,
del corazón el juvenil latido:
del fuego del amor le sintió lleno
y hacia el amor con fuerza compelido;
mas como era su amor hijo del cielo
hacia él tendió su corazón el vuelo.

Su alma libre de la carne impura
amorosa a los cielos se elevaba
y en piélagos de amor y de ternura
celestes se perdía y se extasiaba;
y quebrantando la prisión oscura
de la tierra, amorosa se exhalaba
y del divino amor en Dios bebía
torrentes de balsámica ambrosía.

Aquella flor divina, conservada
del templo en el seráfico recinto
y del Señor para el jardín criada,
huía de la tierra por instinto.
Y entreviendo sus riesgos, espantada
resistía del mundo el laberinto
penetrar, y al Eterno consagrada
vivir quería en su feliz morada.

Allí do en humo vagaroso y denso
suben a Dios desde la sacra loma
perpetuas nubes de aromoso incienso,
anida aquella mística paloma.
Allí el arrullo de su amor intenso

al Dios que el mar y las tormentas doma,
bajo forma de místicos cantares
eleva desde el pie de sus altares.

Y al crespúsculo blanco de la aurora
que llena el universo de alegría,
y cuando el tibio sol las cumbres dora
con el reflejo postrimer del día,
y a la luz de la luna inspiradora
siempre de celestial melancolía,
himno perpetuo de su amor levanta
y al Dios que adora interminable canta.

Así Miriam la hermosa primavera
creyó pasar de su inocente vida,
olvidando la ley, tal vez severa
mas honrada en Judá y obedecida,
que obligaba a las vírgenes, cualquiera
su condición que fuese, esclarecida
o humilde, a sustraerse al afrentoso
celibato en los brazos de un esposo.

- II -

No la olvidaba en su rencor empero
Luzbel que, odiando su inmortal pureza,
poner ansiaba el universo entero
entre el pie de Miriam y su cabeza.
No la olvidaba, y con profunda ira
dejando las mazmorras del infierno
a la región voló donde respira
la Virgen predilecta del Eterno.

Era la noche en que Miriam de hinojos
del templo en la vivienda solitaria,
a Dios volviendo los amantes ojos
enviaba a Dios su virginal plegaria.
El rey de las tinieblas sus enormes
alas plegó sobre erïal colina,
entre unas ruinas lóbregas e informes
desde las cuales la ciudad domina.

Al extender su perspicaz mirada
por el recinto de Salem dormida,
vio a Miriam por los ángeles velada
e ir al cielo en sus alas conducida
la oración de sus labios exhalada.

Defendida al hallarla por el cielo,
en lugar de ceder con miedo santo
sintió crecer su despechado anhelo,
y dio un rugido, a cuyo son de espanto

estremeciose de Salem el suelo:
y ansioso de venganza, o de pelea
volvió a cernerse con siniestro vuelo
por cima de los pueblos de Judea.

Tres veces dio de la ciudad la vuelta
en derredor de sus sagrados muros,
y de su forma colosal, envuelta
en pliegues de vapor densos e impuros,
la masa informe por el aire suelta
dibujó sus contornos inseguros
en la alfombra de mieses y de viñas
que tapiza sus fértiles campiñas.

En tanto que la tierra registraba
con ojo que penetra cuanto existe,
una infernal sonrisa iluminaba
su faz ceñuda siempre y siempre triste.
Digno tan sólo de él un pensamiento,
traidor, que fermentaba en su cabeza,
hízole imaginar por un momento
que podría asaltar su osada mano
y manchar la castísima pureza
de aquella blanca flor, a la que en vano
cercó con el vapor de la torpeza.

Permaneció un instante suspendido
entre el cielo y la tierra en absoluta
torva inmovilidad, embebecido
en meditar su vengadora idea:
y con una señal vista tan sólo
de sus malditos súbditos y de ellos
no más obedecida,
convocó en torno de él cuantos de un polo
al otro tienen terrenal guarida.

Acudieron al punto aquellos seres,
que sus hondos proyectos infernales
vienen a realizar sobre la tierra,
y bajo el dulce nombre de placeres
a inocular el germen de los males
en el vicioso corazón, que encierra
el pecho de los míseros mortales.

Bajó Luzbel a un valle que la luna
no iluminaba ya, y en torno suyo
teniendo a los espíritus, que aduna
su voluntad satánica y a cuyo
torcido instinto sus proyectos fía,
les dirigió la voz de esta manera,
mas con eco tan débil que se hundía
entre el rumor del aura en la pradera.

-«Toda Israel conoce a la doncella
que entonaba en la fiesta de las flores
los cánticos del templo. No hay en ella
más que gracia y virtud, luz y primores;
es fuerza empero que su imagen bella,
revestida de impúdicos colores,
de todos los mancebos en la mente
como sombra de amor se represente.

»Ornäos, pues, de mirtos y de rosas:
tomad las formas leves y risueñas
de aquellas creaciones licenciosas
de Grecia, al hombre vil siempre halagüeñas:
corred sobre sus alas aromosas
las ciudades, los valles y las breñas,
y el torpe corazón de los mancebos
abrid a un nuevo amor, de instintos nuevos.

»Haced que escuche sin cesar su oído
y se alce sin cesar en su memoria,
de su mágico cántico el sonido
y de su vida la virgínea historia;
de su amor, para todos prohibido,
haced que aspiren todos a la gloria,
e inflamad de Miriam por la hermosura
una pasión universal e impura.»

Dijo: su infanda idea comprendiendo,
los infernales genios sus secuaces
se desbandaron, en silencio hendiendo
el seno de la atmósfera fugaces;
y de su Rey el pensamiento horrendo
ellos no más de realizar capaces,
de las moradas de Israel el fondo
comenzó a emponzoñar su hálito hediondo.

Empezó su satánica presencia
a turbar las pacíficas mansiones,
y empezó su maléfica influencia
a filtrarse en los torpes corazones;
y cuantos de Israel la efervescencia
del juvenil ardor de las pasiones
dominaba, a la virgen recordaron
y con la imagen de Miriam soñaron.

Mas aunque el maleficio del infierno
intentó su castísima belleza
profanar, ante un soplo del Eterno
se disipó: en su espléndida pureza
se pintó de las almas en lo interno
de los mancebos, y en su ruin vileza

cuantos la imagen de Miriam soñaron
cual celeste visión la recordaron.

- III -

En alas, no de la pasión liviana
sino de amor respetüoso y casto,
llegose a demandarla por esposa
la juventud Hebrea: los ancianos
ministros del Señor y sus tutores
la demanda a Miriam participaron,
y la virgen que a Dios se había ofrecido
escuchó sus palabras con espanto.

«Jamás, dijo, jamás con hombre alguno
»podrán unirme conyugales lazos:
»de mi virginidad y de mi vida
»hice voto al Señor y quebrantarlo
»no osaré.» -Los ancianos a tan nueva
revelación de asombro se llenaron,
no comprendiendo un voto que en Judea
era a su parecer voto insensato.

La ley universal de las mujeres
hebreas: la deshonra y el escarnio
de la esterilidad, pues prometían
al pueblo de Israel santos oráculos
que aquel Mesías rey no de otra tribu
que de la tribu de Judá ser vástago
debía: el ser Miriam la más ilustre
doncella de linaje tan preclaro,
imposible en las leyes de su pueblo
hacían de Miriam el voto casto.

¡Ah! ¿Ni cómo oponerse a los designios
de Dios, que siglos antes que del cäos
brotar hiciera los diversos mundos
que pueblan los abismos del espacio,
por sus fines secretos y recónditos
lo había así en su mente decretado?

De un terrenal amor la llama débil
parecía a Miriam un fuego escaso
para su ardiente corazón; mas fueron
sus ruegos y sus lágrimas en vano.
Los severos tutores a sus deudos
a reunión doméstica invitaron,
para elegir para Miriam esposo
digno con ella de partir el tálamo.

Había entre los hombres
que de Miriam la mano pretendían

muchos de ilustres nombres
que de su misma raza descendían;
Hebreos poderosos,
que al esplendor de su elevada cuna
unían orgullosos
los timbres de la gloria y la fortuna:
herederos de jefes y magnates,
que volvieron un tiempo, de despojos
cargados, con honor de los combates,
o cubiertos los pechos
de gloriosas heridas;
y que a los propios y extranjeros ojos
eran, por su opulencia o por sus hechos,
las glorias de la patria más queridas.
Hombres, que por su herencia o hechos bravos,
poseían palacios esplendentes
y campos florecientes
y vencidos o bárbaros esclavos.

Había agricultores,
de fértiles campiñas y viñedos,
y huertos y olivares
de ganados sin número señores;
y en las riberas del Jordán amenas
eran dueños de mieses y colmenas,
y de tribus enteras de pastores;
y cuyos campos, dehesas y plantíos
regaban, abundosos
en pescados sabrosos,
turbios arroyos y profundos ríos.

Ricos había osados mercaderes,
que cruzando los mares
venciendo riesgos, superando azares,
traían de Israel a las mujeres
las turquesas que Irán cría en las faldas
de sus montes y bosques seculares,
de Egipto las costosas esmeraldas,
y las perlas que esmaltan las coronas
de los altivos reyes;
las que entre bosques de coral encierra
en apartadas zonas
el azul golfo Pérsico profundo,
y que el marino audaz, hollando leyes
y buscando la muerte vagabundo,
disputa al fiero mar hasta en sus senos
de raros monstruos y peligros llenos,
para halagar la vanidad del mundo.
Y otros había en fin enriquecidos
con los nobles y espléndidos tejidos
dos veces en la púrpura teñidos,
que en aquellas edades

eran orgullo y gloria
y hoy son no más efímera memoria
de Tiro, emperatriz de las ciudades.

Mas ni entre los magnates poderosos,
ni entre los en las lides vencedores,
ni entre los de campiñas posesores,
ni entre los mercaderes opulentos,
ni entre los marineros animosos,
que visitan del mundo los confines,
los sacerdotes de Salem, guiados
por el Señor a sus eternos fines,
encontraron aquel que digno era
de aquella Virgen casta y hechicera
del universo mundo soberana,
cuyo sagrado nombre
en las borrascas de la vida humana
más tarde había de invocar el hombre.
Nombre a par del de Dios omnipotente,
que allá en la azul esfera
en su mano eternal apaga el rayo
que ya pronto a partir vibra estridente;
de aquella Virgen cuyo puro aliento
al despertar la fresca primavera
el florido tapiz que envuelve a mayo,
tiende por la fructífera pradera:
y a cuyo soplo con susurro lento
y amoroso, la ráfaga ligera
en sus tallos meciendo va las flores,
prestando al vago viento
suave son y balsámicos olores.

De los ilustres cien competidores
el varón elegido
por los sabios ancianos y tutores
de Miriam, el a todos preferido,
no fue joven, ni rico, ni gallardo;
ni guerreros o cívicos honores
daban prez a su frente encanecida:
en un oficio laborioso y tardo
las cosas necesarias de la vida
con incesante afán se procuraba:
mas cuanto pobre honrado,
respetado por todos y querido,
de su alta edad desde el albor primero
en su ciudad natal había vivido
y José se llamaba
y era de Nazaret el carpintero.

Esta elección empero misteriosa
y para el pueblo todo sorprendente
hízola el mismo Dios, con milagrosa

disposición, patente
haciendo a los ministros del Santuario
su eterna y santa voluntad divina.
Un día de Miriam los pretendientes
al despuntar la estrella vespertina
después de alzar al cielo sus fervientes
devotas oraciones,
dentro del templo y cerca del Sagrario,
secas varas de almendro depusieron,
según de sus mayores
uso fue y tradición que recibieron:
y cuando a la mañana
siguiente juntos al Santuario entraron
verde y cubierta de fragantes flores
la seca vara de José encontraron.

Y un mozo de ilustrísimo linaje,
a quien los más altivos de Judea
tributaban respeto y homenaje,
al ver aquel prodigio portentoso
que apagaba la luz de su esperanza,
rompió su vara en ademán furioso,
y cediendo al impulso de su ira
y ansioso de venganza
sed que a su alma Satanás le inspira
atentó de José contra la vida:
mas a tiempo teniéndose por suerte
del templo se salió, y a la salida
a sí propio intentó darse la muerte.
Empero en el instante
en que al consejo de Luzbel cedía
vio de Miriam el cándido semblante
en la alta gradería:
y en este mismo instante
aquella aparición, obra del cielo,
devolvió su valor a su alma fuerte;
y volviendo en sí mismo
con los santos discípulos de Elías
se encerró en una gruta del Carmelo,
y vencido Satán volvió al abismo.

Los sacerdotes de Miriam tutores
la elección la anunciaron decidida,
y la casta paloma cuya vida
como raudal de cristalina fuente
se deslizaba mansa y dulcemente
entre sagrados cánticos y flores;
aquella virginal naturaleza
educada en la fúlgida grandeza
del templo sacrosanto
se sometió a la vida de quebranto
de ocupación vulgar y rango oscuro

que del pobre artesano en la vivienda
por dilatados años la esperaba;
y de los sacerdotes en presencia
teñido de rubor el rostro puro
que los rostros angélicos nublaba,
les anunció sumisa su obediencia.

Divina inspiración para consuelo
de su pesar la envió piadoso el cielo:
y entreviendo su espíritu el futuro
alto inefable y celestial destino
en la región del porvenir oscuro,
ante el altar de Jehová postrada
oró con faz tranquila y resignada:
y cual viajero que la selva umbrosa
en noche de borrasca tenebrosa
para seguir aguarda su camino
a ver la luz del astro matutino,
sólo miró en José la protectora
guarda que Jehová daba a su vida
contra la muchedumbre tentadora
de riesgos, seducciones y de engaños
que a la mujer entonces como ahora
cerca falaz en los primeros años.

- IV -

Días después, en hora en que la luna
atravesando el firmamento azul,
plateaba la tierra con sus rayos
de misteriosa y vacilante luz,

Numerosa y alegre comitiva,
cruzando por las calles de Salem,
se acercaba con músicas y antorchas
a la modesta casa de José.

Cedido se la habían sus parientes
para el festín de la función nupcial,
y a casa de su esposo bajo un palio
conducían sus deudos a Miriam.

Animado el semblante venerable
con sonrisa de sincero placer,
la introdujo en la sala de la fiesta
su esposo, y la sentó bajo un dosel.

Allí, conforme al uso establecido
por viejos Patriarcas de Judá
puso José en el dedo de la Virgen
el misterioso anillo nupcial,

Diciéndola -«he aquí que eres mi esposa»
y cubriendo a Miriam con su taled
tomó la copa, que cercano deudo
llenó de vino y se la dio a beber.

Gustáronla los dos: arrodilláronse
todos y bendijeron al Señor:
un puñado de trigo derramaron
muestra de la abundancia que da Dios;

Y rompiendo la copa un niño, puso
a la solemne ceremonia fin,
pasando los alegres convidados
a la inmediata sala del festín.

Y aquella noche ante su casto lecho
el sencillo José dijo a Miriam:
«tu serás para mí como mi madre:
»yo te respetaré como al altar.
»Yo hice los mismos votos que tú has hecho,
»y ambos los cumpliremos a la par:
»así llenamos las terrenas leyes
»sin infringir la ley de Jehová.»

Y así su voluntad inescrutable
llevó a su fin el Dios omnipotente
por oculto camino, impenetrable
a la razón de la mundana gente.
Así llegó a cumplirse el inefable
misterio incomprensible y sorprendente
de que una Virgen Madre concibiera
al que formó la creación entera.

- V -

¡Oh cuánto al corazón es halagüeño,
tras larga ausencia y desde gran distancia,
volver a ver el sitio en que risueño
y en la dichosa paz de la ignorancia
su tiempo vio nuestra feliz infancia!

¿A quién, aunque en alcázares morara
y en merecida esplendidez viviera,
no le fue siempre la memoria cara
del oscuro rincón en que naciera,
y do el albor de su niñez pasara?

Aquel a quien la suerte caprichosa
a la corte llevó desde la aldea,
desde la medianía a la ostentosa
opulencia, en su alcázar se recrea
recordando su aldea silenciosa.

Aquel que fue a tentar en los azares
de la guerra o del mar a la fortuna
y la alcanzó en las guerras y los mares,
llora al volver a ver en sus hogares
el lugar que ocupó su humilde cuna.

¡Con qué placer, al espirar un día
de otoño melancólico y templado,
a ver volvió la virginal MARÍA
a Nazaret de huertos circundado
donde el albergue paternal tenía!

Al ver aquellos cerros pintorescos,
verdes olmedas y viñedos frescos,
sollozando de gozo se olvidaba
de los ricos tapices y arabescos
de las estancias que en Salem moraba.

El pardo techo de su blanca casa
que cubre el musgo que la lluvia cría,
la puerta hendida por do el aire pasa
ve, a la luz del crepúsculo ya escasa
y a través de sus lágrimas MARÍA.

Y a su niñez tornando el pensamiento
la recordó desde el primer momento
porque de culpa original exenta
desde el nacer, sin enseñanza lenta,
claros tuvo razón y entendimiento.

Allí su anciana madre transportada
de gozo, la mecía en sus rodillas:
detrás de aquella puerta escalonada,
creía ver su túnica morada
ribeteadas de blanco las orillas.

Desde aquella ventana enmohecida
contemplaba Joaquín con grave aspecto
do la dichosa madre embebecida
en cuidar de su sueño y de su vida
el tierno afán y maternal afecto.

Todo lo recordó: y arrodillada
sobre el umbral de la mansión paterna,
oró por la memoria venerada
de aquellos de quien vuelve a la morada
por la suprema voluntad eterna.

Paloma fugitiva que vuelves a tu nido,
errante Nazarena que vuelves a tu hogar,
por Dios está bendita la cuna en que has nacido,
tu casa es el santuario por Jehová elegido,
tu lecho el ara santa de su perenne altar.

Ya nunca de tu planta se borrarán las huellas,
el polvo que tú pises el mundo adorará,
tu frente soberana coronarás de estrellas
y nuestra impura raza, pasando por entre ellas,
tras ti al viviente alcázar de Dios ascenderá.

¡Oh Virgen cuyos ojos dan luz al sol naciente,
de todo bien origen, de Dios emanación,
hechiza con tu nombre mi canto balbuciente
para que al mundo inspire cuando tu historia cuente
la fe con que te adora mi firme corazón.

Fin de la primera parte

Segunda parte

Libro quinto
La venida del ángel

- I -

Como arroyuelo puro
que al través deslizándose del prado
protegido del fértil emparrado
por el follaje oscuro,
hasta el bosque vecino
sigue su manso curso, cristalino,
jamás de humanas huellas mancillado:

Tal la dulce existencia
se deslizaba de José y MARÍA;
que es fuente inagotable de alegría
la paz de la inocencia:
y los castos esposos
entre el trabajo y la oración dichosos,
miraban transcurrir día tras día.

En su taller mezquino
la voz no oyendo del orgullo vano,
trabajaba aquel místico artesano

sin soñar su destino;
o al bosque sus tesoros
de terebintos, cedros, sicomoros,
disputaba tal vez su fuerte mano.

Y como el poderoso
a cuyo corazón sobra nobleza
parte acaso piadoso su riqueza
con el menesteroso:
así el Patriarca santo
de los mendigos enjugaba el llanto,
compartiendo con ellos su pobreza.

En tanto que amorosa
la reina de los cielos elegida,
en grosera labor entretenida,
preparaba gustosa
los humildes manjares,
que al volver el Patriarca a sus hogares
confortaban su fuerza enflaquecida.

Sus manos delicadas
que en lino y oro y seda mil primores
a hacer, en perfectísimas labores,
estaban avezadas;
tosca y humilde estera
tejieron del Jordán en la ribera
de palmas y de juncos cimbradores.

Y el pobre pavimento
de la sencilla patriarcal morada
a tan altos misterios destinada
cubrió; y aun más violento
trabajo no asustó su fortaleza,
ni marchitó su celestial belleza;
bajo su manto cándido velada,

A la vecina fuente,
con un antiguo cántaro que inclina
bajo su peso la virgínea frente,
el agua cristalina
va a coger, o la túnica azulada
que cubre su persona inmaculada
a lavar en su vívida corriente.

Y al espirar el día,
cuando la filomena su morada
busca bajo la fértil enramada;
colocaba MARÍA
sobre una mesa limpia y reluciente
los panes de blancura refulgente,
fábrica de sus manos acabada.

Los dátiles sabrosos,
los lacticinios y la miel hiblea,
al patriarca feliz de Galilea
manjares deliciosos:
Y la cena frugal ya preparada
cuando José tornaba a su morada
concluida su tarea:

En el umbral la esposa
lo esperaba de pie, y el agua pura,
al fuego ya templada su frescura,
le daba cariñosa;
y él el polvo lavaba
de sus pies, y a la mesa se acercaba,
de amor el alma henchida y de ternura.

Y con manso decoro,
a su lado sentábase sencilla,
del mundo y de los tiempos maravilla,
la que es de amor tesoro.
Y el rostro juvenil de gracia lleno
junto formaba al de José, sereno,
un grupo digno de la edad de oro.

Y en plática sabrosa
las lentas horas rápidas pasaban,
y los castos esposos se abrasaban
en el amor de Dios: y su afanosa
pobreza enaltecida
con la santa pureza de su vida,
alegres olvidaban.

Y dos meses pasaron
en aquella feliz dulce existencia
de trabajo y de paz y de inocencia;
mas los tiempos llegaron
del Salvador Mesías
que anunciaban las altas profecías,
y en su trono se alzó la omnipotencia.

- II -

La hora sonó: el Altísimo
calmado ya su encono
contra el humano, el fúlgido
mirar, desde su trono,
de inmenso amor fecundo,
sobre el terrestre mundo
giró, como relámpago
nuncio de paz y amor;

Y entre los siete arcángeles
que a su derecha asisten,
que con las alas cándidas
se cubren y revisten,
a los eternos fuegos
quedar temiendo ciegos,
al que más cerca mírase,
así ordenó su voz:

«Corta con vuelo rápido,
»Gabriel, el éter puro,
»y donde se alza tímido
»de Nazaret el muro,
»detén la ardua carrera
»por la azulada esfera,
»y en el humano vórtice
»pon el seguro pie.

»Allí, en mansión de lúgubre
»color, y humilde planta
»que del confuso estrépito
»de la ciudad se espanta;
»de nadie conocida,
»pero de mí elegida,
»púdica flor ocúltase
»la reina de Isräel.

»Sé el que feliz anúnciele
»mi voluntad divina;
»primero en ver la plácida
»estrella matutina
»que el fausto fin ansiado
»del reino del pecado
»anuncia al mundo, humíllate
»ante su pura faz:

»Dila que al fin aplácase
»mi cólera severa,
»por la soberbia indómita
»de la mujer primera;
»del mal reparadora
»será, e intercesora
»entre el humano mísero
»y el sumo Jehová.»

Dijo; y el ángel férvido
de las eternas salas
partiendo, al aire nítidas
abre las puras alas;
y al mundo presuroso
dirige el vuelo ansioso,
surco de luz espléndido

dejando en pos de sí.

Y como el lampo efímero
el rey de los querubes
rompe la capa lóbrega
de las revueltas nubes;
y el rayo diamantino
que marca su camino
es tal, que al verlo, súbito
cegara un serafín.

Moviendo a un tiempo rápidas
las alas de oro y nieve,
deja el inmenso número
de soles muy en breve
detrás, y en la agitada
atmósfera azulada
de nuestro mundo, ciérnese
un punto en Nazaret.

Era aquel hora lánguida
en que el mortal inclina
a su criador la súplica
piadosa, vespertina;
en que en murmurio suave,
del pez, el bruto, el ave,
del bosque y mar elévanse
mil himnos de placer.

Hora en que al rayo trémulo
del moribundo día,
el alma en ancho piélago
de amor y de armonía
se anega, y sublimada
al cielo, separada
de su prisión corpórea,
se eleva hacia el Señor.

Y en su celeste júbilo
cabe a la suma alteza,
feliz un punto, olvídase
de su mortal flaqueza;
y unida al sacro coro,
al son del arpa de oro,
entona el dulce cántico
de interminable amor.

Mas la inspirada pupila
del Ángel que camina,
de la inflamada atmósfera
a la ciudad declina:
y dentro al laberinto

que encierra su recinto,
busca la virgen cándida
de sin igual virtud.

Mírala en ruego estático
postrada contra el suelo,
y a la mansión seráfica
dirige el raudo vuelo:
nuncio feliz y santo
del fin de nuestro llanto,
embajador benéfico
de paz y de salud.

- III -

Penetra en fin en la apartada estancia
de Dios el mensajero,
desparciendo suavísima fragancia
do quier su pie ligero.

Al trascendente olor, la virgen pura
alzó los castos ojos,
temiendo ver en la celdilla oscura
los divinos enojos.

Y vio un mancebo fúlgido que ante ella
inclinando la frente
en voz cual de amantísima querella;
más sonora y potente:

«Yo te saludo, dijo, a Ti la llena
»de gracia y hermosura;
»contigo está el que vibra o encadena
»el rayo allá en la altura.

»Tú sola eres la Santa y bendecida
»de todas las mujeres:
»capaz de dar al hombre eterna vida,
»tú sola, Virgen eres.»

Y María tembló, no comprendiendo
del Ángel la voz grave;
mas él en su embajada prosiguiendo
con tono más suave;

«No temas, que has hallado en la presencia
»de Dios gracia infinita;
»Sin perder el candor de tu inocencia
»serás por él bendita.

»Concebirás un hijo en tus entrañas;
»Jesús será su nombre:

»y en tu tierra será y en las extrañas
»salud eterna al hombre.

»Grande será: de todos bendecido,
»hijo de Dios llamado;
»y será el trono de David, perdido,
»por él recuperado.

»Sobre la casa de Jacob, fecundo
»su reino omnipotente,
»cumplidas las edades de este mundo
»durará eternamente.»

María, empero de sorpresa llena,
en su ignorancia pura,
al Ángel preguntó con faz serena:
«¿Mas cómo tal ventura

»puedo alcanzar, ni el maternal anhelo,
»si a Dios me he prometido;
»y de virginidad so el puro velo,
»varón no he conocido?»

Y el Ángel respondió: «Desde el altura,
»aquel tres veces santo,
»bajará sobre ti; su sombra pura
»cual generoso manto

»Te cubrirá; por esto al santo fruto,
»virgen, que en ti naciere;
»pueblos y reyes le darán tributo,
»y ¡ay del que no creyere!

»Porque creas la nueva soberana
»que así te ha sorprendido,
»te diré que Isabel, tu prima anciana,
»un hijo ha concebido.

»Y aunque estéril la juzgan, del preñado
»esta es la sexta luna:
»no hay imposible al Sumo, al increado
»que amor y ciencia aduna.»

Entonces la doncella anonadada,
al nunciador divino
así le contestó, la faz bañada
en rubor purpurino.

«He aquí sumisa del Señor la esclava;
hágase en mí su voluntad divina.»
Y en aquel punto el ángel se elevaba
al cielo en una nube zafirina.

Y EL VERBO SE HIZO CARNE; de este mundo
a habitar en la cárcel maldecida,
y rescatar al hombre del profundo,
muriendo para darle eterna vida.

Cumplido ya el misterio incomparable
de la generación maravillosa
de un Dios, en vil materia deleznable,
si bien hecha por él; noble y gloriosa

Sólo el hombre en su ciencia envanecido
no sospechó que estaba tan cercano
el instante feliz y apetecido
del complemento del linaje humano.

Del invierno era el fin, la primavera,
derramando raudales de verdura,
al monte, al llano, al bosque y la pradera
revistió con su espléndida hermosura.

Lució del sol más puro el vivo rayo,
y en la flor columpiándose indecisa,
fragante don del prematuro mayo,
con voz más dulce susurró la brisa.

Y de las aves el harpado coro
entonó más armónicas canciones;
y enmudeció del infeliz el lloro
y callaron los turbios aquilones;

Mansa mugió la mar, en la ribera
sumisa recostándose adormida;
del bajo mundo a la encumbrada esfera
todo tuvo otro ser y nueva vida.

Y al caer de la tarde, los pastores
los rebaños trayendo a las majadas,
y al volver a su hogar los labradores,
sus rusticas tareas acabadas;

Acaso en las orillas deleitosas
confusos se paraban de los ríos,
escuchando armonías misteriosas
que de prados y montes y plantíos,

En la región del aire se elevaban
y sobre ellos un punto se cernían;
y de aquellos prodigios se admiraban
y a sus gentes tal vez los referían.

En tanto que MARÍA en el estrecho

límite de su estancia, meditaba,
y de santa inquietud turbado el pecho
a obedecer a Dios se preparaba.

Libro sexto
La visitación

Era aquella estación de encanto llena,
la estación que los campos engalana,
la que da a cada tallo su capullo
y a cada seco tronco su guirnalda;

Y al arroyo su marco de verdura
y murmurio más plácido a sus aguas,
y al día más fulgentes resplandores
y a la noche más sombras y más calma.

Era en fin la risueña primavera:
estación del amor afortunada,
en que naturaleza se reviste
de mayor juventud, vigor y gala.

Cuando dejando a Nazaret MARÍA,
caminó de Judea a las montañas,
y a la ciudad de Aïn, do el sacerdote
Zacarías, su deudo, se encontraba.

Era feliz esposo el Aaronita
de la casta Isabel, aquella anciana,
que, según el celeste paraninfo,
en su extrema vejez fecundizada

Por el soplo divino, un gran profeta
alimentaba entonces en sus entrañas;
y anhelaba MARÍA de aquel triunfo
testigo ser de tan ilustres canas.

Circundada de amigos y parientes
salió de Nazaret una mañana,
dejando allí a José, que por entonces
no pudo a su pesar acompañarla.

Penosas y no exentas de peligro
de Nazaret a Aïn cinco jornadas
hubo de hacer MARÍA, expuesta siempre
a fatigas y riesgos en su marcha;

Que está aquella región por mil torrentes
cortada y asperísimas montañas

y arenosos desiertos, propio asilo
de hombres perversos o de fieras bravas.

A cada paso las angostas sendas
que en posteriores tiempos la romana
industria reparó, se interrumpían
por barrancos o bruscas hondonadas:

Piedras resbaladizas al viajero
con caída mortal amenazaban,
o desiguales surcos y hundimientos
que el camello trazara con su planta.

Al caer de la tarde, en un recinto
que con sus tiendas móviles formaban,
deteníase acaso entre temores
y angustias la pequeña caravana,

Y una estera de juncos era el lecho,
y una sencilla tienda la morada,
do pasaba la noche temerosa
la Reina de los cielos soberana.

Por fin llegó Miriam de su camino
al término feliz, y sin tardanza
se dirigió a la casa que el Levita
con su esposa amadísima habitaba.

E Isabel, que por una de sus siervas
de la ilustre visita fue informada,
a su encuentro acudió, del puro gozo
el rostro lleno que inundaba el alma.

Y la joven entonces no queriendo
que ella fuera primera en saludarla,
«¡la paz del sumo Dios contigo sea!»
la dijo con suavísima palabra.

Y luego, adelantándose, a su cuello
se quiso abalanzar; pero la anciana
súbito un paso atrás retrocediendo,
fijó en ella su límpida mirada.

A la expresión de afecto cariñoso
que su franca sonrisa revelaba
pocos momentos antes, un profundo
respeto sucedió: su frente ajada

Por el curso del tiempo, tersa y pura
se tornó: sus facciones transformadas
rayos resplandecientes despedían
que de luz el vestíbulo inundaban;

Y profético espíritu del cielo
sobre ella descendió, y arrebatada
pronunció, dirigiéndose a MARÍA,
con resonante voz estas palabras:

«¡Salve tú, bendecida
»entre toda terrestre criatura!
»Salve corriente pura,
»al mortal escondida,
»de eterna redención y eterna vida!

»Bendita tú, y el fruto
»de tu vientre purísimo, bendito!
»Al túrbido Cocito,
»el hombre en llanto y luto,
»Ya libre, no dará fatal tributo.

»¿De dónde la ventura,
»de que la madre de mi Dios, piadosa
»a mí venga amorosa,
»bajando de su altura,
»de esta su esclava a la mansión oscura?

»Que al llegar a mi oído
»su voz, en mis entrañas se ha agitado,
»de gozo el hijo ansiado.
»¡Feliz la que ha creído!
»¡el misterio inmortal será cumplido!»

Miriam entonces, plácida, serena,
aunque del Santo Espíritu agitada,
con voz suave de armonía llena
prorrumpió en este cántico inspirada:

- II -

«¡Gloria, gloria al Señor!... La lengua mía
»exclame enajenada;
»en Dios que es su salud y su alegría
»el alma transportada!

»Que sin ver de su esclava la bajeza
»colmola de bondades;
»y admirarán su espléndida grandeza
»del mundo las edades.

»De corona inmortal ornó mi frente;
»cubriome con su manto,
»aquel temido Ser omnipotente,
»el que es tres veces santo!

»El que agita del mar y de los vientos
»la indómita pujanza;
»y vuelve a los furiosos elementos
»la paz y la bonanza;

»Cuya misericordia y cuyos dones
»sin límite se extienden,
»sobre una y diez y cien generaciones
»de los que no le ofenden.

»Desplegó el indomable poderío
»del brazo prepotente,
y en medio aniquiló al mortal impío
»de su furor demente.

»Derrocó a los magnates poderosos
»del solio enaltecido;
»y a los sitios de honor esplendorosos
»ensalzó al abatido.

»Al pobre enriqueció, y a los hambrientos
»colmó de sus favores;
»tornándose desnudos, macilentos,
»los ricos opresores.

»De su misericordia ilimitada,
»pompa hizo en su largueza;
»y recobró Israel esclavizada
»su brío y altiveza:

»Según lo que a Abraham fue prometido
»y a nuestros genitores,
»y hasta que el fin del mundo haya venido

- III -

»tendrán sus sucesores.
Treinta soles pasó la Virgen pura
en la región Hethea bendecida,
de Aïn a pequeñísima distancia,
en la casta mansión de Zacarías:
allí la nieta de David, dotada
como él también de inteligencia altiva
en su primer cantar nubló la gloria
del gran progenitor de su familia:
Allí al caer de la apacible tarde
cuando empieza a alentar la fresca brisa
miraba acaso el estrellado cielo
de vaporosas nubes intranquilas
cubierto, que a la vista semejaban
diáfanos velos sobre piedras finas;
o del inmenso mar allá a lo lejos

las llanuras sin límites seguía,
ya, cuando de sus olas agitadas
del aquilón a las tremendas iras,
en montes de zafir hasta las nubes,
querer llegar osadas parecían;
o ya cuando apacibles, levemente
rizadas por las auras vespertinas,
venían a dormirse en manso curso
sobre las blancas playas de la Siria.

¡Cuánto amor, cuántas gratas sensaciones,
hasta entonce, a Miriam desconocidas,
anegaban su ser, aquellas horas
de honda meditación!... ¡Con qué delicia
de la madre común, naturaleza,
contemplaba la pompa y armonía!
Desde el inmenso universal conjunto,
que el mezquino mortal, con pasmo admira,
soñando acaso en vanidoso sueño
que sus leyes incógnitas descifra;
y amontonando luego en laborioso
estudio, los sistemas que combina,
cuando el secreto juzga adivinado,
en el punto se ve de su partida;
y una vez y otra vez a soñar vuelve,
y más y más se ofusca y extravía
la orgullosa razón de que se jacta,
que ante un grano de arena se aniquila;
hasta las más pequeñas perfecciones,
hasta las más debilitadas tintas,
que la mano suprema sabia puso
del prado en las postreras florecillas.
Ella amaba los bosques y los campos,
las aguas de las fuentes cristalinas,
las doradas espigas del otoño
y de mayo las flores bendecidas.
Ella, mística flor, en los cantares
del sabio Rey llamada; entre las hijas
de los hombres, al lirio comparada,
que crece del zarzal en las espinas,
ella que al mundo fue, cual la paloma
que al arca de Noé llevó la oliva,
señal de salvación en el naufragio,
en la muerte señal de eterna vida!

Vecino a la mansión del Sacerdote
un extenso jardín cercado había,
do en rica pompa ufanos se ostentaban,
y en fragancia y verdura competían,
los árboles y plantas más hermosas
que produce en su seno Palestina.
Su brillante diadema de esmeralda

sobre todas las otras altecida
soberbia erguía la feraz palmera,
del dulce fruto ornada, que es delicia
del hombre; allí el naranjo perfumado
de su flor inmortal, se estremecía,
cubriendo el suelo de menudas hojas
de azahar, a la nieve parecidas.
Allí el rojo granado, el sicómoro
de esbelto talle, la copuda encina,
el tamarindo, el abedul reacio,
y el cedro, rey de la floresta umbría;
y el plátano flexible, cuya copa
de verde claro al céfiro mecida,
tan tersa luce al sol y abrillantada,
que a las sedas de Persia diera envidia:
Y en fin la pompa y gala y donosura
estaba allí completa y reunida,
con que dotó feraz naturaleza
las fértiles llanuras de la Siria.
En medio, de una fuente saltadora
brotaba la corriente clara y viva,
que desde entonces entre los hombres lleva
el dulcísimo nombre de MARÍA.
Y allí de algunos sauces a la sombra
ambas sentadas, las felices primas
pasar solían las serenas tardes
en plática sabrosa entretenidas.

¡Cuán grave y sazonada y religiosa
aquella dulce plática sería!
Santas las dos, las dos en sexo iguales,
mas en fortuna y en edad distintas:
cual la mujer primera, de este mundo
al nacer a la luz, joven, sencilla,
ignorante del mal, era la una,
al trono más espléndido elegida.
La otra mujer, en años avanzada,
alta en virtud y en experiencia rica,
estimaba en su precio verdadero
los bienes y los males de la vida.
Ambas desde el principio destinadas
a suertes portentosas e inauditas,
la una en su seno, estéril tantos años
del profeta mayor estaba en cinta;
Miriam, cándido lirio de los valles,
reina de los cantares escogida,
dentro de sí llevaba el germen puro
del sumo ser, del Salvador Mesías.

En las plácidas noches del verano,
cuando sobre la tierra que dormita
y la tranquila mar, la blanca luna

sus dulces rayos amorosa vibra;
por bajo de una higuera agigantada
o de un parral so la enramada umbría,
con sencillez servíase el banquete
de aquella ilustre patriarcal familia:
el tierno corderillo, alimentado
con la yerba aromática que crían
aquellos altos montes; frescos peces
cogidos de Sidón en las orillas,
y miel silvestre, acaso disputada
al tronco secular de alguna encina;
y en cestas de anchas hojas de palmera
graciosa y diestramente entretejidas,
de Jericó los dátiles sabrosos
que a la mesa del César se servían,
junto con los alfónsigos de Alepo,
los duraznos de Armenia, las sandías
de Egipto, y otras frutas delicadas,
en rica profusión se repartían.
Y el balsámico vino que producen,
de la fértil Engaddi las colinas,
en ánforas de piedra conservado
del sumo sacerdote Zacarías;
en vasos de riquísimas labores,
o en copas de topacio y amatistas,
en torno a los alegres convidados,
escanciaban los siervos a porfía.
Circundada de tal magnificencia,
parca empero Miriam, cual la avecilla
que en medio a los racimos del otoño
hace de un solo grano su comida,
de blancos lacticinios y de frutas
se alimentaba, y por final bebía
una taza pequeña de agua pura
en su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fue llegado
para Isabel el venturoso día
de dar la luz al precursor profeta,
fragante flor de su vejez marchita.
Mas apenas del riesgo libertada,
cuando aprestos espléndidos se hacían
a celebrar con la debida pompa
el feliz nacimiento del Bautista;
de aquel mundano, atronador tumulto,
cual paloma asustada huyó MARÍA,
y dejando los montes de Judea,
de Nazaret la senda conocida
tomó, después que en su dorada cuna
bendijo y abrazó al moderno Elías.

Libro sétimo
La Virgen Madre

- I -

De vuelta a Nazaret, la humilde vida
volvió a emprender Miriam acostumbrada,
que pudiera olvidar envanecida
viéndose a tantas glorias ensalzada:
al querer de su esposo sometida,
dulce, activa, prudente, recatada,
la oración, el trabajo y la lectura
toda ocupaban su existencia pura.

Empero, más visibles y patentes
se hacían de su estado las señales,
y amarguísimas dudas y dolientes
recelos, las entrañas paternales
de José desgarraban vehementes;
que aunque ajeno de amores terrenales
su corazón, inmenso en él ardía
místico y puro amor por su MARÍA.

Y no ya los rencores que atormentan
los estrechos humanos corazones;
ni las turbias borrascas que alimentan
en el mortal volcánicas pasiones,
que justicia y honor le representan
de un ciego pundonor las sugestiones;
ni el vástago de estirpes soberanas
lloraba aquel ultraje de sus canas:

No; lloraba con llanto inconsolable,
del ángel puro la mortal caída;
lloraba con dolor imponderable
su ya perdido amor, su fe perdida:
la dulce paz, el júbilo inefable,
los blandos goces de su santa vida,
perdidos para siempre, lamentaba
y lágrimas amargas derramaba.

Negábase a creer no pocas veces
la vista de sus ojos persuadidos,
y testimonios de comprados jueces
juzgaba el acusar de sus sentidos:
el cáliz del dolor hasta las heces
apurando, con ayes doloridos,
preguntábase a sí, si las señales
que vía no eran sombras infernales.

Mas un día llegó, que ya imposible
la dada fue: los propios habitantes
de Nazaret, del casto e invisible
lazo que había entre ellos ignorantes;
un agudo puñal en el sensible
corazón, con sus plácidos semblantes
y parabienes mil que le ofrecieron,
en su ignorancia crudos sumergieron.

¿Qué partido quedaba al buen esposo
en situación tan triste y tan horrenda?
Según la ley judaica, al ominoso
crimen la muerte sólo daba enmienda,
y de baldón cubríase afrentoso
el varón israelita que en su tienda
en su hogar, y en su honrosa compañía,
a una mujer adúltera sufría.

¿Cómo al través del tenebroso muro
formado del revuelto torbellino
del duelo amargo y del dudar oscuro,
hallar de salvación algún camino?
En medio al laberinto un rayo puro
José imploraba del fulgor divino;
mas sordo el cielo a su gimiente ruego
negábale la luz al santo ciego.

En tanto, desde el trono refulgente
en millares de soles apoyado,
que fundó para sí el Omnipotente,
y está a los mismos ángeles velado;
dirige una mirada complaciente
sobre el esposo triste, el Increado;
y aunque su hondo gemir piadoso escucha
le deja solo en la tremenda lucha.

Y el coro de sus ángeles queridos
fijos los ojos en el noble anciano,
esperan de temor estremecidos
el fin de aquel combate sobrehumano:
y al ver tanto valor, enternecidos,
vueltos a su temido soberano
del que lucha en favor sumisos oran
y en una voz su omnipotencia imploran.

José de su Señor abandonado
en la noche sin fin caliginosa
a su propio vigor; mas sustentado
por su alma sublime y valerosa;
de una idea feliz iluminado,
tomó resolución tan generosa,
que si hubiera pasión sobre las nubes

envidiáranla acaso los querubes.

Condenar era justo a la culpable,
repudiándola, al llanto y abandono,
mas era su suplicio inevitable
de sus propios parientes al encono:
quiso pues, en su amor incomparable
no sólo perdonarla; el noble trono
darla también que nunca niega el mundo
a la virtud y al padecer profundo.

Y aceptando sumiso de antemano
el desprecio y baldón inmerecido
aun de sus propios deudos, el anciano
se preparó a la fuga decidido:
turbia la vista, trémula la mano
trabaja aún en el taller querido,
testigo, ¡ay triste! de pasadas glorias,
hoy fuente de amarguísimas memorias.

Muy luego en las regiones apartadas
donde le lleva su infeliz destino,
por sendas peligrosas e ignoradas,
irá vagando el pobre peregrino:
leyes, usos, costumbres ignoradas,
¿a quién preguntará por su camino?
¿Acaso algún hogar serale abierto
del mundo en el vastísimo desierto?

Y aun cuando encuentre un techo hospitalario,
un seno amigo, en extranjero suelo;
¿quién habrá que al mendigo solitario
de su perdido amor le dé consuelo?
¿Quién abrirá el asilo funerario
do presto le ha de hundir su desconsuelo?
¿Quién regará con llanto de sus ojos
la tierra en que descansen sus despojos?

Las auras de la patria tan queridas,
sus selvas de azahar embalsamadas,
sus auroras de fuegos encendidas,
sus noches tan serenas y calladas:
las aguas de sus fuentes bendecidas,
sus nubes blanquecinas y azuladas,
los parientes amados, los amigos
que del perdido bien fueron testigos;

Y el techo desigual que levantaron
en más felices días sus mayores,
las modestas estancias que habitaron,
recuerdo perenal de sus dolores;
y aquellos toscos muebles que labraron

testigos de su dicha y sus amores,
todo en fin, lo que caro es en la vida,
abandona en su amarga despedida!

Mas una noche que en el triste lecho
en inquieto dormir desahogaba
con hondos ayes el dolor del pecho,
pareciole mirar que iluminaba
una luz celestial el cuarto estrecho,
y un ángel del Señor la derramaba,
el cual con voz suavísima, argentina,
más que el rumor del aura vespertina:

«Hijo del gran David, no acongojado
»estés, ni en tales dudas sumergido;
»el niño que tus penas ha causado,
»en el seno purísimo nacido
»de Miriam, del Señor es hijo amado,
»y por él será el mundo redimido;
»y aunque tiene en el cielo eternos nombres,
»Jesús será llamado entre los hombres.»

Dijo y despareció. -Del blando sueño
recordando José la gran dulzura,
el rostro antes tristísimo, risueño
se alzó al amanecer del alba pura:
y solícito, amante y halagüeño,
creyendo apenas la inmortal ventura,
con voz llena de encanto y alegría
como a su reina saludó a MARÍA.

- II -

Como acaso al volver al patrio suelo,
do al través de los mares se encamina,
sobre un altivo escollo el raudo vuelo
detiene la viajera golondrina:
y en el nido fugaz, vecino al cielo,
de donde la extensión del mar domina,
ajena al rebramar del viento airado,
en el antiguo piensa nido amado;

Así Miriam ignara del tremendo
rugir de las borrascas de la vida,
pura y sin mancha en medio al torpe estruendo
de la mundana gente corrompida,
notar no pudo aquel martirio horrendo
que, al juzgarla el patriarca envilecida,
rasgó su corazón tan noble y fuerte
con más crudo dolor que el de la muerte.

Ella siente su alma enajenada

en puras e inefables alegrías;
día y noche, confusa y agitada,
escucha misteriosas armonías
que entonan en redor de su morada
en coro las celestes jerarquías,
mientras callan los vientos bramadores
y el céfiro se aduerme entre las flores.

¿Cómo explicar en lenguas terrenales
de censo oscuro y áspero sonido,
la suma de rubores virginales
y de gozo y amor enardecido,
que cuando en sus entrañas maternales
el VERBO del Señor se ha estremecido,
sienten su corazón y su alma pura
llenos de aquella insólita ternura?

¡Amor de madre! amor acá en la tierra
imagen pura del amor divino;
sentimiento clarísimo que encierra
cuanto hermoso del cielo al mundo vino:
iris de paz en la continua guerra
de las pasiones que nos dio el destino,
bálsamo celestial, gozo del alma,
puerto seguro de apacible calma!

¡Divina emanación de un Dios piadoso,
consuelo en los dolores inefable,
amor constante, fino, generoso,
indulgente, benigno, inalterable:
don del Omnipotente el más precioso,
pródigo de perdón para el culpable,
copiosísima fuente clara y pura,
de júbilo perenne y de ventura!

Que cuando de este amor la viva llama,
de la pobre mortal naturaleza
el lodo vil con su fulgor inflama,
depura y aquilata su impureza:
y en él torrentes de virtud derrama,
y el corazón levanta a tal alteza,
que entonces la mujer, ángel del cielo
parece, desterrado en nuestro suelo.

¿Qué madre vacilar puede un instante
dicha en sacrificar, fortuna y vida,
por ver feliz y del dolor triunfante
la dulce prenda de su amor querida?
¿Qué riesgo a detener será bastante
a quien la misma muerte no intimida?
¿Qué dolor grande, ni llorar prolijo
a la que con morir salva a su hijo?

Que si su llama ardiente y generosa
basta sola a engendrar virtudes tales
y abnegación tan fina y valerosa
en los comunes pechos maternales:
¡cuánto más levantada y poderosa
y fecunda en afectos celestiales,
y abnegación sublime, no sería
en el seno dichoso de MARÍA!

Ella que ama en su hijo al Dios que adora,
al esposo de que anda enamorada;
eterno amor que dentro a su alma mora
desque al vivir del mundo fue creada:
suavísimo recuerdo que atesora
en la región más noble y apartada
del tierno corazón, que Dios le diera,
porque en su santo amor se consumiera!

Tierno botón que en el jardín ameno
del aura acariciado fresca y pura,
de viva savia y de perfume lleno,
llega a la perfección de su hermosura;
y sin abrir al roedor veneno
de reptil ponzoñoso o de aura impura
el cáliz virginal de azul y oro
de su aroma real guarda el tesoro:

Tal el virgíneo pecho de MARÍA,
de manchas libre o corporal flaqueza,
puro como la luz del rey del día
intacta conservaba su entereza;
y el amor maternal que en él ardía,
mayor intensidad, más fortaleza
tuvo y debió tener, que los amores
propios de esta mansión de los dolores.

Virgen de toda culpa inmaculada,
criatura de Dios mismo elegida,
sobre el mortal caduco sublimada
sobre el eterno coro enaltecida;
hízola Dios su esposa muy amada,
y entre él y nuestra raza maldecida
ella fue la divina mediadora
del pecado primer reparadora.

La sola entre las hijas de este mundo
que nació sin la mancha del pecado;
la sola cuyo vientre fue fecundo
sin ser en su pureza amancillado:
misterio santo, altísimo, profundo,
no entendido y empero venerado

por el audaz mortal que impío niega
cuanto no alcanza a ver su vista ciega.

Así al través del vaso cristalino
nos llega a iluminar la lumbre pura;
así del sol el rayo diamantino,
sin romper de las aguas la tersura,
penetra en deslumbrante torbellino
tal vez al fondo de la mar oscura,
semejando en sus olas rebramantes
del iris los espléndidos cambiantes.

Virgen y madre a un tiempo: -Perfumado
capullo y a la vez fragante rosa;
el bien aún de nosotros alejado,
y de aquel bien la posesión dichosa:
La esperanza a la vez y lo esperado;
la anhelante inquietud, la paz sabrosa,
tal el misterio fue que dio fecundo
fruto de vida y libertad al mundo.

Belén

- III -

¿A dónde envanecido
me arrastras, ardoroso pensamiento?
¿dó vuelas, atrevido,
con raudo movimiento,
ambas las alas desplegando al viento?

¿Cómo a escalar te atreves
esa región de tan suprema altura?
¿Cómo en alas tan leves
alcanzar la ventura
de contemplar de Dios la lumbre pura?

Gusanillo ambicioso
del sol, en mariposa convertido,
que al cielo esplendoroso
remontas decidido,
en tan frágiles alas sostenido:

¿Dó irás que no te canse
en breve la asperísima subida?
¿Dó será que descanse
tu fuerza enflaquecida
en lucha a tu vigor tan desmedida?

¿Podrán, sin quedar ciegos,
esos tus ojos débiles mortales,
que a los solares fuegos
se anublan, los raudales
contemplar de las lumbres inmortales?

Frágil vaso de arcilla
al choque más ligero quebrantado,
en cuya mente brilla
un destello emanado
del soberano rey de lo creado.

¿Qué es el mortal en suma
mezcla de lodo y de fulgor divino?
bomba fugaz de espuma,
que en su raudo camino
hizo y borró en el mar el torbellino!

Y empero, desbocado,
más allá de su ser ansioso mira...
¿Es su esplendor pasado
perdido, el que suspira,
o a más glorioso porvenir aspira?

Hay un voraz deseo,
que su mezquino ser constante agita;
un túrbido mareo,
que sin cesar le incita
y en vórtice sin fin lo precipita,

Y tú, mortal poeta,
de flaca voz y genio limitado;
¿Podrás a la alta nieta
llegar afortunado,
a tan humildes cantos avezado?

En la tiniebla oscura,
funesto don de la ignorancia humana;
¿aspira tu locura
a ver la soberana
luz, que del trono del Señor emana?

Mas no; que reverente
el vate contra el polvo prosternando
la antes altiva frente,
no orgulloso cantando,
las glorias del Señor irá adorando!

Y de la fe del cielo
en las fulgentes alas sostenido;
acaso en raudo vuelo
remonte enardecido

do el sumo resplandor vive escondido!

- IV -

Las águilas impías
dominaban señoras del romano
sobre naciones cultas y bravías:
el Galo y el Hispano,
el Picto y el indómito Germano;

Y el Sármata invencible,
en su árido desierto, y el Numida
con su corcel terrible,
y el Chino, cuya vida
de la lid pasa lejos homicida;

Y el elocuente Griego,
y el Persa en los tejidos afamado;
y el Abisinio ciego,
y el Kopto iluminado
en ciencias tenebrosas iniciado:

Y en fin, desde el Oriente,
cuna del Salvador afortunada,
hasta el rico Occidente;
vecina o apartada,
pobre o rica, desierta o habitada;

Región no había alguna
que no rindiese humilde vasallaje
de Roma a la fortuna;
ni viviente linaje,
que no prestara al César homenaje.

Así, al imperio bravo
de Roma, se humillaba entero el mundo,
esclavo de un esclavo!
que Roma, al yugo inmundo
del sensualismo en crímenes fecundo,

Inclinaba la frente
de regiones vastísimas señora:
-La reina prepotente
a quien el mundo implora,
al brutal apetito esclava adora!

Y el mundo entero gime,
las antiguas virtudes olvidadas,
so el yugo que le oprime;
las leyes conculcadas,
las más santas costumbres despreciadas!

-Tributaria Judea,
el trono de David era ocupado
no de familia hebrea;
un extranjero odiado
era el rey, vil esclavo coronado.

Cumplido empero el cuento
del mundo en las edades, de los días
que al fausto nacimiento
del Redentor Mesías
anunciaban las altas profecías:

El César Octaviano
quiso contar la inmensa muchedumbre
esclava del romano;
y de su servidumbre
a aumentar la ominosa pesadumbre,

Ordenó que se hiciera
un empadronamiento escrupuloso,
en el cual se inscribiera
con el menesteroso
el altivo magnate poderoso.

Y sus gobernadores,
del edicto imperial desapiadado
fieles ejecutores;
al mundo esclavizado
obedecer hicieron lo mandado.

- V -

Fieles José y MARÍA a la costumbre
seguida en Israel desde remotas
edades, de inscribirse por familias
y tribus; la romana ley premiosa
apenas conocida, resolvieron
dirigirse a Belén sin más demora.
Era aquella ciudad, patria felice
de David; y José y su casta esposa,
descendientes de aquel, la contemplaban
su nativo país y cuna propia.

Del otoño era el fin. -Torrentes raudos
desde la cima de las altas rocas,
con horrible fragor hasta los valles
llevaban sus corrientes bramadoras:
silbaba el aquilón del norte frío
al través de las ramas ya sin hojas
del cedro y terebinto que en los llanos
se burlan de sus iras destructoras;

y el cielo azul de viajadoras nubes
cubierto, que los astros encapotan,
que se acerca ya el tiempo anuncia al hombre
de la nieve voraz devastadora.

Una mañana nebulosa y fría
emprendieron la marcha fatigosa
José y Miriam. -La joven cabalgaba
sobre el manso animal, que a las matronas
pobres servía en dilatados viajes
por aquellas comarcas arenosas.
A pie de ella no lejos caminaba,
vástago ilustre de prosapia heroica,
pensativo el esposo, meditando
en las promesas del Señor gloriosas.
A las cinco jornadas descubrieron,
ceñida de amenísima aureola
de viñas y de olivos inmortales,
la ciudad de los reyes. -Ricas tropas
de jóvenes jinetes, que atrevidos
espolean las yeguas voladoras,
y mujeres ilustres revestidas
de sedas y de púrpuras costosas,
montados en camellos, atraviesan
de Belén por la senda a todas horas;
y al pasar de los pobres peregrinos
al lado, una mirada desdeñosa
acaso les dirigen, ignorando
que va con ellos de Israel la gloria.

Fuera de la ciudad, noble se alzaba
edificio de fábrica orgullosa,
cuyas blancas paredes, de aquel marco
de olivos y viñedos que corona
los collados vecinos y montañas,
al sol se destacaban. -Presurosa
dirigió la feliz cabalgadura
a aquel punto José. Mas con zozobra
oyó que ya lugar ninguno había
do descansara su afligida esposa.
Entonce a la ciudad siguió el camino;
mas en vano sus calles tortuosas
en busca recorrió de algún albergue:
Todos los Belenitas con faz torva
a recibir negáronse al viajero
de apariencia mezquina y sospechosa.

En tanto el denso velo ya extendía
de nubes densas y apiñadas sombras
sobre el altivo monte y la llanura
la noche del descanso protectora:
y José en su aflicción desesperando

de encontrar un asilo, con llorosa
faz, resolvió salir a la campiña,
ya sumergida en las tinieblas hondas.
-A la parte del Sur y no muy lejos
de la dura ciudad, caliginosa
había una caverna, caro asilo
tal vez en las borrascas bramadoras
de pastores a un tiempo y de ganados.
Allí José y Miriam en fervorosa
oración, juntamente bendijeron
de Dios la omnipotencia previsora.

Y allí cuando rasgando el negro velo
con que al mundo cubrió la niebla oscura,
señala media noche a nuestro suelo
el astro luminoso en el altura;
sin humano dolor, al rey del cielo
encarnado en terrestre criatura,
dio a la luz la esposa del Señor, MARÍA,
llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,
mansas las olas de la mar gimieron,
sus fuegos los volcanes apagaron,
los prados de sus flores se vistieron:
las estrellas del cielo se agitaron
y con más viva luz resplandecieron;
y en himnos mil de júbilo, triunfales,
resonaron las arpas celestiales.

- VI -

Cerca del establo
hay un prado ameno
do muchos pastores
junto a sus corderos
pasaban la noche
las iras temiendo
de feroce tigre
o chacal sangriento:
cuando de zozobras
están más ajenos,
he aquí que de pronto
descienden al suelo
de una luz divina
los puros reflejos;
y un joven gallardo,
de la luz en medio,
a quien los zagales
ven de espanto llenos,
con voz más süave
que el blando ceceo

es del hijo caro
al amor materno:

«No temáis, les dijo,
»que soy mensajero
»de paz y alegría
»al vasto Universo.
»Hoy mismo ha nacido,
»de Belén no lejos,
»por decretos altos
»quien del mundo es dueño:
»y aunque, soberano
»de tronos e imperios,
»da y quita a los hombres
»coronas y cetros;
»no en sumos palacios
»ni alcázares regios
»le busquéis; de toscos
»pañales cubierto
»¡sobre húmeda paja
»yace el rey del cielo!
»acudid, pastores,
»zagales id presto:
»sed al gran Mesías
»en ver los primeros:
»no tardéis, dichosos
»pastores hebreos,
»y en vuestro camino,
»más raudos que el viento
»llevadle tributos
»de amor y respeto
»mirad que es nacido
»el rey de los cielos!»

Y en medio a los aires
un sonoro estruendo
de angélicas voces
contestó a lo lejos:
«Gloria en las alturas
»al Señor eterno,
»y al hombre sencillo
»y de honrado pecho
»paz y bien andanza
»del mundo en el suelo.»
Y entre blancas nubes
subiendo a los cielos
más y más remotos
se fueron oyendo
de aquellos cantares
los límpidos ecos.
Cuando de la noche
las brisas gimieron

solas en el prado
y en el bosque ameno,
juntos los pastores,
teniendo consejo,
a Belén dichosa
pasar resolvieron,
sus pobres rebaños
dejando contentos
bajo la custodia
del pastor supremo,
cuya sombra amiga,
cubre a un mismo tiempo
al hombre orgulloso
y al humilde insecto.

Entonces tomaron
algunos modestos
presentes: nevados
corderillos tiernos;
entre verdes hojas
con cuidado envueltos
requesones blancos
y sabrosos quesos;
lecho fresca y pura
en cántaros nuevos;
pieles adobadas,
y en pajizos cestos
los áureos racimos
y frutos diversos
que son del otoño
preciado ornamento.
Y alegres tomaron
el limpio sendero
que recto conduce
de David al pueblo;
mas cuando vecinos
al establo fueron,
por secreto impulso
entráronse dentro:
allí en cuna humilde
de juncos y helechos,
el rostro cercado
de fúlgido fuego,
al sumo Mesías
reclinado vieron.
Miriam inclinada
cabe el pobre lecho
extasiada adora
al divino verbo;
mientras el anciano
de allí no muy lejos,
ante el tierno niño

con hondo respeto
su cabeza cana
inclina hasta el suelo.
Y dos animales
fieles compañeros
del sabio que huye
del mundano estruendo,
como, si capaces
de luz, muy atentos
mirar parecían
de Dios los misterios;
-tan pobre y humilde
si leal cortejo
cercaba la cuna
del rey de los cielos!

Apenas el grupo
los pastores vieron,
puestos de rodillas,
gozosos los pechos,
sus rústicos dones
al Cristo ofrecieron:
y un rayo de luna
pálido y sereno
ilumina el cuadro
con fulgor incierto.
-¡Venturoso día!
-¡Triunfador momento!
Al débil vagido
del párvulo tierno,
allá en los altares
de sus ricos templos,
los dioses mentidos
del túrbido Erebo
con susto temblaron,
de rabia gimieron,
viendo el fin cercano
de su impuro reino;
en tanto que el mundo
de su dicha ajeno
tranquilo descansa
en brazos del sueño.

- VII -

Los sencillos pastores
de Judá, por los ángeles llamados,
a ser de los humanos precursores,
en tributar al gran reciennacido
homenajes de amor, a sus hogares
volvieron asombrados,
el prodigio contando enaltecido

en dulces y tiernísimos cantares.

Mas era ya venido
el tiempo en que a los hombres otros labios
de más autoridad, noticia dieran
del gran suceso en Bethelen cumplido.
Los de sencillas almas han creído,
ahora toca a los reyes y a los sabios.

Siguiendo de una estrella
la marcha caprichosa
al través de la atmósfera azulada;
de Seleucia la bella
capital de los Parthos afamada,
partió una caravana numerosa:
Tres magos, sapientísimos varones,
de su nación orgullo y altiveza,
de numerosos siervos escoltados,
cabalgando en camellos abrumados
so la alta pesadumbre
de muchos, ricos y preciosos dones
destinados a aquel que en la pobreza
quiso nacer del mundo; se encaminan
del astro amigo a la esplendente lumbre
a la feliz Belén: a diestra mano
dejan detrás de sí, como declinan
del Éufrates undoso al seco llano
de destrozados mármoles cubierto,
el campo solitario
do en otro tiempo fuera Babilonia.
El viento del desierto
rompe solo el silencio funerario
de aquella inmensa tumba,
y su alentar que en ecos mil retumba
con lúgubre ruïdo
en el campo de muerte despoblado,
semeja a un hondo, fúnebre gemido,
de Dios mismo lanzado
sobre los restos del poder pasado!

Delante de los regios caminantes,
tal como la columna luminosa
que a la playa arenosa
del Rojo mar guiara en otros días
las fugitivas turbas palpitantes
del pueblo de Israel; en las sombrías
noches, y cuando el sol en su carrera
de luz inunda la terrestre esfera;
la estrella conductora,
de la dicha del mundo anunciadora,
como mortal viajero, caminando,
ya recta, ya oblicuando

en el campo del cielo esplendoroso,
va en curso caprichoso
su camino a los Magos señalando.
Y cuando del reposo
el hora del viajero apetecida
llega, la clara estrella, suspendida
sobre las tiendas cándidas, parece
que en su lecho de nubes se adormece;
y la aurora venida,
da otra vez la señal de la partida.
Así pasando van por la llanura
tan rica de verdura
de la opulenta Asiria y sus ciudades;
la populosa Arbela,
la altiva Cangamela,
do del gran Macedón al fuerte brío
quedó deshecho el infeliz Darío;
y aquel funesto ejemplo a las edades,
el campo do fue Nínive altanera,
que en inflamada hoguera
del cielo en rojos mares desprendida,
castigo de sus torpes liviandades,
toda quedó en pavesas reducida,
del alto templo a la cabaña oscura.

Y siguiendo en la altura
de la estrella la marcha infatigable,
pisaron la comarca bendecida
de la Mesopotamia: deleitable
región, entre los cauces comprendida
del Éufrates y el Tigris caudalosos;
y luego en los senderos arenosos,
a la lumbre del astro que camina,
entraron de la seca Palestina.

Por fin a la mitad de un claro día
cuando el sol más fulgente relucía,
las elevadas torres divisaron
de una grande ciudad, cuyas agudas
veletas, en los aires descollaban
sobre las cimas áridas, desnudas,
de las montañas mil que la cercaban.
Y los pechos henchidos de alegría,
¡Jerusalén! ¡Jerusalén! gritaron,
y a la Sïón terrestre saludaron.

Mas de la sed ardiente
fatigados, llegaron con premura
a apagarla en la linfa transparente
de una cisterna oculta en la verdura
que a la orilla del árido camino
les deparó el destino.

Desalterados ya, la amiga estrella
volviéronse a mirar; mas los cuitados
ni el astro luminoso, ni su huella
pudieron descubrir; desorientados
a la Santa Salem se dirigieron:
«esta es, sin duda, la ciudad, dijeron,
»cuna feliz del joven rey Mesías
»que anuncian las antiguas profecías:
»¿A qué dudar? -Por la primera puerta
»que entremos en Salem, las colgaduras
»preciadas, las esencias olorosas,
»los ramos de palmera entretejidos,
»los alegres sonidos
»de las arpas hebreas; las ruidosas
»danzas, y los triunfales alaridos,
»bastante nos dirán, sin duda alguna
»dónde del niño rey yace la cuna.»

Mas al entrar por la ferrada puerta,
de la ciudad famosa,
melancólica, mustia y silenciosa,
cual si de hombres hallárase desierta,
la vieron con espanto. Una espaciosa
calle tomaron, en la cual se vían
de distancia en distancia algunos hombres
que el extranjero séquito miraban
y entre sí recatados departían
o en torno de los sabios se apiñaban.

Entre tanto los Magos preguntaban
por el rey inmortal reciennacido;
pero los Salemitas se admiraban:
«¿En dónde habéis oído
»esa nueva feliz?» les respondían
y con aire de duda, sonreían.
«El que reina en Judá, no es el Ungido
»del Señor, ni del pueblo el escogido:
»es un vil extranjero,
»quien del trono a los bárbaros comprado
»no tiene por fortuna un heredero.»

Los sabios con semblantes consternados
siguieron por la calle populosa
do en más felices días descollaba
con planta majestuosa
de David el palacio celebrado.
De la fábrica antigua esplendorosa
en el recinto ahora destrozado,
levantaron sus tiendas los viajeros
entre espinosas zarzas y entre flores.

Mas acaso oficiosos servidores

del rey, fueron ligeros
a contarle de aquellos extranjeros
la venida y sus causas. -Mil temores
asaltaron entonces al tirano.
«¿Acaso un sueño vano
»podrá ser de los sabios soñadores?
»¿O el verdadero Schilo en otros días
»por el mismo Jacob vaticinado?»
Entonces de la ley a los doctores
convocó a su palacio sin tardanza.
«¿En dónde ha de nacer el rey Mesías?»
les preguntó entre el miedo y la esperanza:
mas ellos no dudaron,
y, «en Belén de Judá» le contestaron.

Herodes, al oírlos, en el pecho
su temor encerrando y su despecho,
a los sabios de Irán llamó en seguida;
y como la serpiente, que escondida
entre las flores del ameno prado,
acaso deja ver el tachonado
cuerpo, mas nunca el arma bipartida
que causa al hombre la mortal herida;
con benévola faz, disimulando
su malvada intención, va preguntando
cuanto ansía saber, y satisfecha
ya su sangrienta saña: «Id en buen hora»,
les dijo a los que libres de sospecha
le escuchan: «a ese niño a quien ya adora
»mi pecho, buscaréis con gran cuidado;
»y así que su mansión hayáis hallado,
»me avisaréis, a fin que el homenaje
»le lleve de mi humilde vasallaje.»

Y los Magos partieron,
y presurosos de Sión salieron
por la segura puerta
de Damasco llamada. -En el altura
vieron resplandecer con lumbre pura,
la estrella de sus pasos conductora.

La marcha antes incierta
siguieron por el áspera llanura
de regocijo llenos;
mas cuando más ajenos
de alguna variación, van caminando
del rey profeta a la ciudad; cambiando
de dirección la estrella en su camino,
sobre un establo rústico vecino
entro las blancas nubes descendiendo,
de pronto se detuvo. El portentoso
prodigio los viajeros comprendiendo,

con ademán humilde y respetuoso
de sus cabalgaduras desmontaron
y en el oscuro asilo penetraron.

Y el calzado en sus plantas sostenido
con riquísimas cintas, desataron,
y el polvo del umbral enaltecido
a las añosas frentes elevaron.
Y al ver al celestial reciennacido,
postrados contra el suelo, le adoraron;
primero en gracia si en amor segundo,
tributo que al Mesías diera el mundo.

Y los cofres abriendo esplendorosos
de preciadas maderas construidos,
sacaron los perfumes olorosos
en los campos del Yemen recogidos,
y oro puro: presentes misteriosos,
tesoros y perfumes ofrecidos;
el oro al rey, la mirra al ser humano
y el incienso al Eterno soberano.

Y aquesta fue la postrimer escena
de mundano esplendor que vio María,
cuya primera edad pasó serena
del templo entre la mística armonía:
la otra de pasmos y prodigios llena,
un porvenir le anuncia de agonía,
de tales penas y de angustias tales
que ni decirlas pueden los mortales.

Entre tanto los Magos a su tierra
queriéndose volver, se encaminaron
hacia Sïón por la elevada sierra;
mas apenas sus torres divisaron
el paso un ángel del Señor les cierra,
y advertidos por él, atrás tornaron,
para evitar de Herodes implacable
el enojo para ellos formidable.

Del muerto mar, los hálitos huyeron
según la indicación del ser divino,
y a otro confín sus pasos dirigieron
de más seguro y plácido camino:
y en su rápida fuga prosiguieron
a la lumbre del Sol y al vespertino
resplandor, que, curando su fortuna,
blanda les vibra la argentada luna.

Libro octavo

La purificación

Subiendo va con trabajo
por una elevada sierra,
reducida caravana
de dos personas compuesta:
mas no son dos; que si osado
las orlas el aire eleva
del cumplido manto oscuro
que reviste a la una de ellas;
tal como acaso la luna
en noche clara y serena
entre blancas nubecillas
asoma la faz risueña:
así entre cándidas tocas
que a los rayos reverberan
del sol, de un hermoso niño
se ve la rubia cabeza.
Mujer es la que en sus brazos
el hermoso niño lleva,
mujer y madre sin duda;
que sólo así la terneza
tener pudiera y cuidado
con que a su seno lo estrecha.
Mujer es, y de la vida
parece llegar apenas
al florido umbral, dichoso,
de la humana adolescencia.
Mujer es, y tan hermosa
es la faz que Dios le diera
que más que mujer humana
parece divina esencia:
y nunca, ni cuando Phidias
halló en la famosa Grecia
vivientes originales
a sus estatuas eternas;
ni cuando allá al primer hombre
en las dichosas riberas
del perdido Edén, llegara
nuestra madre común, Eva;
jamás a mortales ojos
ofreció naturaleza
ni un levísimo trasunto
ni la más remota idea,
de tan celeste hermosura
en sus obras más perfectas.

Varón es el que delante
va por la escabrosa senda,
y ya toca de la vida
a la estación postrimera.
Vejez lozana es la suya,

pues aunque vivos platean
del sol a los puros rayos
la barba y la cabellera;
en su marcha y apostura
se ve que intactos conserva
el vigor y la energía
que en su verde edad tuviera.

José y Miriam, los esposos,
de elevada estirpe regia,
son los que a pie caminando
van a Sïon la altanera.
Allá van, de sus mayores
para prestar obediencia
a las leyes que ordenaban
a las mujeres hebreas
purificarse en el templo
después de días cuarenta
del parto, y dar en rescate
una cantidad pequeña,
por la cual libre quedaba
su generación primera.
Que, si bien libre de mancha,
la esposa de Dios excelsa
quiso a la ley sujetarse
de Moisés el gran profeta,
confundiendo entre la turba
de las hembras de su tierra
la sempiterna corona
con que Dios la enalteciera.

- II -

Apenas los dos esposos
entraron de gozo henchidos
del Salomónico templo
en el sagrado recinto,
contra su seno estrechando
la madre al eterno niño,
y José las dos palomas
llevando del sacrificio,
y los siclos del rescate
por la sacra ley pedidos:
Simeón, un santo anciano,
del espíritu impelido
de Dios entró presuroso
del templo en el peristilo.
Y al mirar el regio aspecto
de los Santos peregrinos,
entre los toscos pañales
del pueblo, al divino Cristo
reconoció; y del regazo

materno tomando al niño,
de lágrimas amorosas
los ojos humedecidos,
exclamó con voz cortada
por sus ardientes suspiros:

«¡Ahora, Señor Dios, venga la muerte,
»el anciano la aguarda sin temor,
»porque sus ojos vieron al que es fuerte,
»al Cristo Salvador!

»¡Al que verá la humana muchedumbre
»sentado so el espléndido dosel,
»a ser del universo eterna lumbre
»y gloria de Israel!

»¡El que será a millares de millares
»salud y libertad y salvación;
»y a los que no veneren sus altares
»eterna perdición!

»¡Objeto santo de perenne culto
»será para los puros corazones;
»mas de saña feroz y fiero insulto
»y afrentas y baldones,

»Al perverso será, que del pecado
»se complace, entre el fétido albañal!
»Y de dolor intenso traspasado,
»el seno maternal será rasgado
»como de un agudísimo puñal.»

Y después de un breve espacio
de silencio entristecido,
a los dos santos esposos
con grave ademán bendijo;
y haciéndoles un saludo
se retiró pensativo.

Mas en aquel mismo instante
entró en el sacro recinto
una profética viuda
que en ayunos y silicios
en el templo día y noche
servía al ser infinito.

Y al ver de Miriam en brazos
el sumo reciennacido,
con llanto de amor gozoso
y en apasionados gritos,
cantó alabanzas y glorias
de Jehová y de su hijo.

Y así por altos fines,
Belén con sus pastores;
de bárbaros confines
los magos y doctores;
los jóvenes y ancianos,
los fieles y paganos
cantan con alto júbilo
las glorias del Señor.

Y al dar la feliz hora
del despertar del mundo,
donde el Eterno mora
óyese un ¡ay! profundo
de sin igual contento,
suavísimo concento
que entonan los arcángeles
al hijo Salvador!

- III -

Del patio postrimer vedado estaba
traspasar a las hembras los umbrales,
y triste allí por tanto se detuvo
del gran rescatador la tierna madre.
El patriarca de gozo estremecido,
en sus brazos tomando al rubio infante,
a la sala se entró donde ofrecían
el nacido primero a Dios los padres.
Mas dentro del santuario preferido
faltaron profecías y señales
y ojos ningunos vieron el aurora
de aquel sol de justicia fecundante;
que sumidos del vicio en la ceguera
los ministros del templo principales,
dejaban privaciones y virtudes
a los simples levitas; y arrogantes
de las humanas y divinas leyes
reían, y en feroz libertinaje
no como sacerdotes del Eterno
vivían, mas cual pérfidos magnates,
príncipes opresores de los pueblos,
pontífices del oro y las maldades.

Un sacrificador desconocido
recibió de las manos paternales
de José lo prescrito por las leyes,
los argentados siclos y las aves,
sin dirigir ni una mirada sola
al rey de las mansiones celestiales.

Así ante los soberbios Aaronitas
pasó ignorado el vencedor instante
en que un más digno y generoso culto
venía a reemplazar de las edades
anteriores del mundo las creencias,
con doctrinas más puras y durables:
instante en que el antiguo testamento
que en la cumbre del Sinaí a la errante
multitud de Israel dio el Infinito,
sucedía una ley más saludable;
la buena nueva al mundo, el evangelio,
que el mismo Dios traía a los mortales:
divina ley, como su autor perfecta,
pura como Él, eterna e inmutable!

Y ni en los de Sïón espesos muros,
ni en sus soberbias, populosas calles,
ni en las altivas torres de su templo
adornadas de almenas y baluartes;
ninguna voz se alzó que en son de triunfo
ruidosa al niño rey diera homenaje.
Y al través de la ciega muchedumbre,
muda en su orgullo, en su ignorancia grave,
enumeraba ya el divino Cristo
aquellos furibundos criminales
que iban en breve en gritos sediciosos
a clamar parricidas por su sangre!

José y Miriam en tanto, ya cumplido
de la ley el precepto inevitable,
a Nazaret sus pasos dirigieron
volver a ver ansiando sus hogares.

Libro noveno
La huida a Egipto

- I -

Feliz el hombre cuya vida pasa
dulce y serena en el solar nativo;
feliz aquel mortal que no traspasa
el límite extranjero siempre esquivo:
feliz aquel que en la paterna casa
al frío invierno y al calor estivo,
respira el aura que meció su cuna
hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte
los fieros y rudísimos rigores,

cuando a su embate opone un alma fuerte
que defienden los célicos amores
de patria y de familia: y ni la muerte
con su tren de fatídicos terrores,
el corazón espanta enflaquecido
del que muere feliz donde ha nacido!

Si yace en la orfandad, ¡con qué ternura
le socorren sus deudos y allegados!
Si del dolor lo cerca la amargura,
¡cuán tiernos y solícitos cuidados!
y en la mayor miseria y desventura,
¿qué dolores no fueran consolados
en pecho de hombre o corazón de niño
con el consejo sabio y el cariño?

Y si llega, por fin, inexorable
el hora del morir, ¡con qué consuelo
al espirar el plazo inevitable
se despide el mortal del patrio suelo!
Deja la humana vida deleznable
por la vida inmortal, hija del cielo,
y llanto amigo de dolor retumba
en los callados ecos de su tumba!

Allí incesante el amoroso ruego
le alcanzará el perdón de sus errores;
y allí a despecho del solsticio fuego,
y del torvo aquilón, devastadores
del monte y la llanura, al dulce riego
del llanto del amor, cándidas flores
brotarán y aromosas yerbecillas
do a posarse vendrán las avecillas!

Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado
es el duro, tristísimo destino!
De su dolor tan sólo acompañado
por el ignoto y áspero camino,
en el felice tiempo ya pasado,
irá pensando el pobre peregrino,
sin mirar ni en remota lontananza
el astro animador de la esperanza!

¿Qué importa que en el monte y la llanura
brille del padre sol el puro rayo,
ni que del prado ameno la verdura
la gala ostente, del florido mayo?
Y el murmurar del agua en la espesura,
y de las aves el concierto gayo,
y el rugir de la mar embravecida,
¿qué son al infeliz que va sin vida?

Como la tierna planta que, arrancada
al dulce clima que nacer la viera,
es a remota orilla transportada
por la mano del hombre dura y fiera,
y allí, lánguida, triste y deshojada,
apenas sombra de lo que antes era,
hacia aquel suelo extraño la mezquina,
la mustia copa sin valor inclina:

Así el ausente del nativo suelo,
lejos de todo lo que el alma adora,
del destino crüel algún consuelo
a su agudo pesar en vano implora:
muéstrase sordo a su plegaria el cielo,
en vano el triste entre suspiros llora,
y a soledad eterna condenado
llama en vano la muerte despechado.

Que sorda del dolor a los gemidos,
acude tarde a terminar los males
en que pasan la vida sumergidos
el número mayor de los mortales:
a los que de ella están desprevenidos
de enmedio a los placeres terrenales
impía los arranca, y desatiende
al que ambos brazos con fervor le tiende.

Y el mísero al dolor vuelve y la vida
y al llanto vive eterno aquí en el suelo,
que de sus negros días la medida
prolonga sin cesar airado el cielo:
llama y vuelve a llamar la apetecida
muerte, ya sólo blanco de su anhelo;
mas ella encarnizada no le escucha,
y le abandona a su tremenda lucha!

A suerte tan precaria y miserable
la esposa y el esposo condenados,
una vida de angustia inexplicable
en países remotos e ignorados,
de Dios por el querer inescrutable,
arrastrarán los Santos desterrados,
hasta cumplirse los fijados días
del temporal destierro del Mesías.

- II -

Vueltos José y Miriam del largo viaje
apenas, a la baja Galilea;
cuando aún las sandalias del camino
conservaban acaso las arenas,
y sus sensibles pechos, no saciados

de mirarse de nuevo en la paterna
ciudad, apenas crédito a los ojos
se atrevían a dar; por la suprema
voluntad del que rige de los hombres
las fortunas, ya prósperas, ya adversas,
a ruta más penosa y dilatada
hubieron de aprestar la planta incierta.

José en los brazos del callado sueño
reparador de sus caídas fuerzas
descansaba en el pobre lecho, humilde,
una noche pacífica y serena;
cuando súbito un alto paraninfo,
enviado de la suma omnipotencia,
cabe al lecho de pie, con argentina
sumisa voz, más que en el ruego impera:
«levántate, le dijo, al niño toma,
»y a su madre con él; hacia la tierra
»de Egipto, presuroso te encamina
»y hasta volverme a ver detén la vuelta;
»que el fiero Herodes del infante en busca
»rugiendo va con intención siniestra.»

De espanto lleno con palabras tales,
el patriarca santísimo despierta,
y a llamar corre a la infeliz MARÍA,
que del nuevo infortunio el alma ajena,
el sueño de los ángeles tranquilo
duerme, no lejos de la cuna excelsa
del niño Dios. -La cariñosa Madre
miradas de dolor y angustia llenas
dirige al hijo caro, y presurosa
recoge algunas túnicas modestas,
escasas provisiones, y pañales
del niño, al cual en su regazo estrecha;
y precedida del amante esposo,
vertiendo amargas lágrimas, se aleja
de la ciudad natal, adormecida
a la trémula luz de las estrellas.

Partieron... allá van, y en su camino
por la difícil tortüosa senda,
turba el dudar sus vacilantes pasos,
hiela el temor la sangre de sus venas.-
¿Cómo escapar de Herodes iracundo
a las inicuas tramas encubiertas?
¿Qué valla a detener será bastante
al príncipe feroz en su carrera?
Él, que en las manos con la sangre rojas
de las víctimas mil de su fiereza,
el oro derramando, los furores
de sus viles sicarios recompensa;

¿dónde se detendrá de su venganza
en la crüel, mortífera carrera,
ora que al par defiende de su vida
la púrpura real y la diadema,
cuando simples sospechas castigando,
a tan graves delitos se despeña?

Aún era la estación de invierno frío,
y el cierzo que silbaba en las malezas
cubría de Miriam el rostro puro
con dolorosas y moradas vetas;
mas ella, de sí propia olvidadiza,
cuidados, atenciones y ternezas,
cuanto pueden hacer marchando juntos
del cuerpo y del espíritu las fuerzas,
en torno al hijo de su amor consagra:
él, monarca del cielo y de la tierra,
a cuyo soplo animador, fecundo,
la creación del caos salió entera;
a. cuya voluntad cejan los mares,
y se afirman los polos que sustentan
los infinitos mundos del espacio
para siempre jamás; a cuya inmensa
divina voz, con dos palabras solas
brotó la luz de en medio a las tinieblas:
hora a las duras leyes sometido
de la humana, mortal naturaleza,
en el regazo de la tierna madre
el Cristo salvador de frío tiembla;
y del susto, y el hambre y la fatiga
con flébiles vagidos se lamenta!-
-Y la amorosa madre silenciosa,
cual los despojos fúnebres que encierra
un sepulcro; de miedo tiritando,
más que de frío, de la angosta senda
por las sinuosidades solitarias
sus tímidas miradas encadena;
y al cimbrearse la caña estremecida
al aura de la noche; o de la espesa
enramada al sonar en blando arrullo
de enamorada tórtola una queja;
o si el rumor se escucha en lo lejano
de las secas varillas que se quiebran
al impulso del viento quebrantadas,
o al cauteloso paso de las hienas;
asustada Miriam, a su regazo
con amoroso espanto al niño estrecha,
creyendo ver alzarse ante su vista,
que conturba el temor, la gigántea
figura de un feroz, crudo asesino,
blandiendo airado la segur sangrienta.
En tanto que la luna en curso blando

sigue al través de la azulada esfera,
alumbrando con pura luz, süave,
los cielos y los mares y la tierra.

- III -

Así días tras días caminando,
huyendo de las sendas pasajeras
y de los pueblos grandes; por las noches
refugiándose acaso en las cavernas;
Amathot ya detrás, se dirigían
a los llanos de Siria, por veredas
estrechas y escabrosas. Una tarde
ya casi oscurecido, de unas peñas
cubiertas ya por las nocturnas sombras
vieron salir en rápida caterva
numerosos bandidos. -El patriarca,
que iba delante, atrás a la indefensa
esposa se volvió, entre cuyos brazos
dormía el niño Dios. -Miriam inquieta
se detuvo también; mientra el caudillo
de la salvaje turba, que contempla
el grupo inerme con asombro mudo,
siente que aún hay piedad en su alma fiera:
y bajando la punta de su lanza,
con expresión de cariñosa oferta
tendió a José la mano, un franco asilo
ofreciéndole allá en su fortaleza,
que de una roca en la postrera punta
al nido de las águilas semeja.
José y Miriam gozosos, apreciando
del bandido la rústica franqueza,
le siguieron, y el techo maldecido
fue aquella noche hospitalaria tienda.

A la mitad del venidero día,
a pasar los calores de la siesta,
y a la vista de Ramla, hicieron alto,
en un bosque de nópalos e higueras.
Allí sobre un florido entapizado
de narcisos, renúnculos y anémonas,
al de una fuente arrullador murmullo
se adormeció el señor de cielo y tierra.
Y pasado el calor, de nuevo en marcha
tomaron de Belén la nota senda,
donde encontrar pensaba el Santo esposo
un camello, en las áridas arenas
del desierto, animal indispensable.
Miriam y el tierno niño, hasta su vuelta
le esperaron, ocultos en las sombras
de una vecina y lóbrega caverna.
-Y unidos a mercante caravana,

dejaron los confines de Judea
por fin, burlando así del rey impío
la venganza terrífica y sangrienta.

- IV -

En tanto no pudiendo de los Magos
averiguar Herodes el camino,
con astucias y pérfidos halagos,
velando de sus iras los amagos,
va minando el país circunvecino.

Y a todos preguntando cariñoso
va por el niño rey del trono hebreo
que le trae tan inquieto y receloso:
mas burlado creyéndose, furioso,
ruge cual fiero tigre el Idumeo.

Y a los torpes satélites inmundos
esclavos que le cercan en su trono
así ordenó en acentos iracundos:
«por que ese niño objeto de mi encono
»no escape a mis enojos furibundos,
»volad hacia Belén la maldecida,
»y en ella antes, y luego en cuanto abarca
»el extenso confín de su comarca,
»no escape a vuestra espada enfurecida
»ni un solo niño hebreo, con la vida!»

Y los crudos malvados asesinos,
del mandato de sangre ejecutores,
en Belén y sus pueblos convecinos,
como devastadores torbellinos
fueron llevando el llanto y los horrores.

De dos años abajo perecieron
al filo sin piedad de sus puñales
los niños todos de Judá. -Y se oyeron
gritos que el corazón estremecieron
en pueblos y en incultos erïales.

Y en llanto de dolor inconsolable
lloró Ramá la flor de sus nacidos;
y al oír los maternos alaridos,
un ¡ay! de horror, inmenso, inexplicable,
repitieron los ecos conmovidos.

En tanto que Miriam y el santo esposo
surcando van el piélago arenoso
al soplo del simún abrasador;
y ambos de amor ardiendo generoso
desprecian la fatiga y el dolor.

Las plantas de los brutos encadena
aquel cielo de fuego que desploma
sus mortíferos rayos en la arena,
y como al sol la cándida azucena,
se inclina así la virginal paloma.

Y al hijo de su amor en la frescura
de su regazo oculta cariñosa;
hasta encontrar en la letal llanura,
bajo verde enramada deliciosa,
escondida corriente de agua pura.

A veces en el árido desierto,
en la agonía del soñar despierto,
simula el sol con engañoso halago,
a su sed agua, a su cansancio puerto,
un azulado y transparente lago.

Y cual la rosa de Sarón, levanta
al frescor de la lluvia apetecido,
la frente sobre el tallo enardecido:
así alegre Miriam, la tarda planta
del manso bruto aguija, enflaquecido.

Ya respiran del agua la frescura
sus frentes y sus bocas abrasadas,
ya tocan del oasis la verdura;
mas ven sólo al llegar, con amargura,
estériles arenas inflamadas.

Cuando de reposar llega el momento,
se detiene la rica caravana
y en sus tiendas aguarda la mañana;
mas sólo el azulado firmamento
cobija a la familia soberana.

Y los lánguidos miembros abrasados
del diurno sol, al húmedo rocío
nocturno, sienten doloroso frío:
José y Miriam entonces desvelados,
defienden a Jesús del cierzo impío.

Con frecuencia en los aires resonaba
alto clamor de espanto y agonía,
que el aura de la noche conturbaba.
Era que el feroz árabe atacaba
las tiendas: -Blanca de terror, MARÍA,

Del cuerpo virginal viviente muro
en torno del infante bien amado
hacía, hasta que el riesgo ya pasado,

el escuadrón se pierde allá en lo oscuro,
y el rumor de sus pasos se ha apagado.

Por último tocaron los confines
del país de los sabios Faraones;
y vieron elevarse entre jardines,
sus templos de acerados torreones,
con sus marcos de cándidos jazmines.

Las eternas pirámides perdidas
en el campo azulado de los cielos;
del Nilo las riberas florecidas
y sus ondas de blancos barquichuelos
y hermosas naos sin cesar hendidas.

Pero aquella región afortunada,
por su ciencia y valor tan afamada,
de monumentos y tesoros llena;
¡es a José y Miriam la tierra ajena,
y está muy lejos de la patria amada!

De Heliópolis el límite famoso
pasando, a Matarieh se dirigieron;
y allí, tocado el fin, del afanoso
camino, aún otra vez en el reposo
y en la paz de los ángeles vivieron.

Libro décimo
La vuelta a Nazaret

- I -

Hora tras hora pesada,
día tras día afanoso,
para Miriam y su esposo
el largo espacio corrió
de siete penosos años,
pasados en la estrecheza
de la más dura pobreza
que el mundo en su seno vio.

Muy luego fue consumido
de los Magos el tesoro,
aquel puñado de oro
que dieron al niño Dios:
y el nieto de regia estirpe
convertido en jornalero,
trabajaba el día entero
con incansable tesón.

Mas a tan ruda fatiga,
el suelo inhospitalario
daba tan corto salario,
que volvió más de una vez
al techo do resignada
Miriam, le aguarda serena,
sin lo bastante a la cena
parca y frugal de los tres.

Y más de una triste noche,
y más de un aciago día,
el Dios infante gemía
por un pedazo de pan.
Y sus lágrimas la madre
recatando al tierno niño,
acaso en voz de cariño
calma su pueril afán.

Mas el venturoso día
se acercaba por momentos
de dar fin a los tormentos
sufridos con tal valor.
Y una noche que tranquilo
José en los brazos del sueño
dormía, ante sí risueño
miró al ángel del Señor.

«Álzate luego, le dijo:
»toma al niño y a su madre,
»y a la patria de tu padre
»marcha con seguro pie:
»que los que al niño buscaban
»en su saña maldecida
»para quitarle la vida,
»han muerto ya en Israel.»

Y José al niño tomando
y a Miriam, siguió el camino:
mas a Sïón ya vecino,
los cautos pasos torció.-
Que Arquelao, hijo de Herodes
reina tirano en Judea,
y José de Galilea
la nota senda, tomó.

¡Cuánto el destierro es amargo!
¡cuán dulce del patrio suelo
volver a mirar el cielo
que nos cobijó al nacer!
¡Y respirar cuanto es dulce
sus auras embalsamadas,

y de sus fuentes amadas
mirar las aguas correr!

¡Y en el sacro hogar paterno
recordar de nuestra infancia
la feliz, pura ignorancia
que tan fugace pasó!-
¡Y las amantes caricias
que nos hizo nuestra madre,
y los consejos que un padre
en su experiencia nos dio!-

Y los amigos primeros
que en nuestra infancia tuvimos,
y la escuela en que aprendimos
nuestra primera lección!...
¡Santas, queridas memorias
que a pesar de la impía suerte
vivas guarda basta la muerte
el humano corazón!...

Después de tan larga ausencia
Miriam y el esposo amado
en su hogar abandonado
van al fin a descansar;
mas roto por varias partes
miran el humilde techo,
y el pobre muro deshecho
deja el viento penetrar.

Y verdes enredaderas,
y morenas parietarias,
en las celdas solitarias
crecen frondosas al sol:
y el humilde patiecillo
cubren zarzas espinosas,
y en sus paredes ruinosas
busca asilo el caracol.

Y en la celda abandonada
do en Miriam inmaculada
se encarnó el divino Verbo
para salud del mortal;
como del bosque en las lomas,
se anidan unas palomas,
dichosas allí al abrigo,
de la lluvia equinoccial.

Hechos por fin de la choza
los reparos más urgentes,
volvieron los inocentes
días de grato solaz.

Y el ilustre carpintero
de Jesús mismo ayudado,
de nuevo en su hogar amado
vio juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta
pasaron lunas sesenta,
sin separarse un instante
ni en la visita anüal,
que fieles observadores
de la ley de sus mayores,
a Jerusalén hacían
en la época pascual.

El niño perdido

- II -

Al aire destrenzada
la blonda cabellera,
la túnica rasgada,
y en llanto de dolor
bañado el rostro puro,
que al sol envidia fuera,
por tu recinto oscuro
va una mujer, Sïón.

¿Qué crudo, amargo duelo
lamenta la cuitada?
¿qué horrible desconsuelo
su pecho laceró?
¿esposa, vese viuda?
¿o es virgen desposada
que con fiereza cruda
su amante abandonó?

¿O es huérfana que llora
con ayes de agonía,
la sombra protectora
del techo paternal;
en medio al mar del mundo
mirándose sin guía
al soplo tremebundo
del recio vendaval?

Viuda, al caro esposo,
lamenta desdichada;
amante, al cariñoso
objeto de su amor:

y en ayes reprimidos
la madre desolada,
buscando entre gemidos
va al hijo que perdió!

Miriam, la Virgen pura,
la madre enaltecida,
la que en la eterna altura
casi es a Dios igual;
de la divina alianza
la prenda bendecida,
la paz y la esperanza
del mísero mortal:

Llorosa entonces, mustia
el alma entristecida,
en tan terrible angustia
olvida su virtud...
¿Qué mucho, si se ausenta
el sol que le da vida,
qué mucho, si lamenta
perdido a su Jesús?...

Volviendo a su morada
desde Salem divina,
de gentes circundada
que van a Nazaret;
al ver tras blanco velo
la estrella vespertina,
luciendo ya en el cielo,
cercano a anochecer.

La marcha fatigosa
en rústica posada
detuvo cuidadosa;
que el hijo de su amor
con otros jovenzuelos
sus deudos, la jornada
siguió; y con mil recelos
le tiembla el corazón.

José vendrá sin duda
con ellos; del camino
la marcha larga y ruda
tal vez los fatigó;
mas ya en el patio ondea
su manto blanquecino,
y aun a la luz febea
Jesús no apareció.

Y luego van llegando
los otros uno a uno,

a todos preguntando,
Miriam en su inquietud;
mas nadie le responde,
que no le vio ninguno...,
-«¿Por qué de mí se esconde
mi gozo, mi salud?»

Ya las nocturnas nieblas
invaden la llanura;
se palpan las tinieblas
del bosque en derredor:
y el campo ilimitado,
y la caverna oscura,
y el aire conturbado,
repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,
ni monte ni ladera,
ni precipicio mudo
quedó en aquel confín;
que en eco lamentable
el ¡ay! no repitiera,
que lanza inconsolable
Miriam en su gemir.

Y al venidero día,
apenas respirando
José con su MARÍA
de nuevo entró en Sïón;
y van de puerta en puerta
del niño preguntando,
la débil planta, incierta,
con miedo el corazón.

Y en vano su recinto
recorren, y es en vano
que enmedio al laberinto
pregunten con afán:
y redoblando el lloro,
al templo soberano
en pos de su tesoro
con esperanza van.

Con sencillez vestido
como un vulgar Esenio,
el rostro algo teñido
del sol primaveral;
y de sus garzos ojos
de más que humano genio
brotando en rayos rojos
un límpido raudal:

Castaños los cabellos
que en ondas bipartidos
de rizos cubren, bellos
la espalda más gentil;
de ancianos y doctores
que escuchan conmovidos
los tonos vibradores
de aquella voz pueril:

Cercado, del gran templo
so el pórtico sagrado
do van a dar ejemplo
los sabios de Israel;
discurre un tierno niño,
y el pueblo arrebatado
exclama en su cariño:
«¿es ángel, o un Daniel?»

«Jesús! el hijo mío!»
clamó una voz süave,
rompiendo del gentío
por el revuelto mar:
voz límpida, argentina,
y al propio tiempo grave,
en que el placer domina
y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente,
en cercos de oro y grana,
muestra su rubia frente
la aurora matinal;
sobre la mar dormida
trayendo la mañana,
de luz llenando y vida
sus ondas de cristal:

Tal, joven cuanto hermosa,
en lágrimas bañada,
se acerca presurosa
al niño una mujer;
y en voz de gran ternura:
«¿Por qué así abandonada,
»tan hórrida amargura
»me hiciste padecer?»

Y el niño en desabrida
respuesta misteriosa:
«¿Por qué tan afligida,
»por qué me buscáis vos?
»no veis que cumplo, Madre,
»mi obligación forzosa,
»no veis que de mi padre

»me ocupo y de mi Dios?»

A réplica tan dura,
José y Miriam callaron,
que la sentencia oscura
no pueden comprender:
mas luego juntamente
los tres encaminaron
el paso alegremente
de vuelta a Nazaret.

Y allí pasaron días
de gozos celestiales
de inmensas alegrías
y paz del corazón;
y mientra el niño crece
en días terrenales,
ante su Dios acrece
en gracia y perfección.

Muerte de José

- III -

Como en medio a la calma más profunda
suena acaso del trueno el estampido,
en pos de algún relámpago temido
que de rojo fulgor la tierra inunda:
así en la santa paz que lo circunda,
José por la vejez enflaquecido,
llegar miró el instante apetecido
del justo. -Con mirada moribunda
ve a Jesús y a Miriam que en triste lloro
cercan su lecho, y al momento espira.
Jamás terrestre rey, igual decoro
en torno tuvo a su funérea pira:
Lloró Miriam, y del sencillo duelo
al frente, triste marcha el rey del cielo!

Libro undécimo
Predicación del evangelio

- I -

Sonó por fin la afortunada hora
en el reloj del tiempo no cansado

jamás. -Lució por fin la limpia aurora,
el momento anhelado,
que había en sus designios señalado
el Hacedor profundo
de eterna vida y libertad al mundo!

El hora en que el mentido paganismo
con sus groseros símbolos y altares
se hundiera para siempre en el abismo:
y que en tierras y mares
fundara indestructibles sus sillares,
del mismo Dios en nombre,
aquella religión, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados
vacilan los imperios conmovidos;
los prepotentes cetros respetados,
los tronos carcomidos,
caen en menudo polvo convertidos;
y ya el antiguo culto
es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas
abandonan sus antros sepulcrales,
y no manchan sus bóvedas tranquilas
conjuros infernales.
Sacerdotes, augures y vestales
no dan torcido ejemplo
bajo los arcos del impuro templo.

Y agitación oculta y misteriosa
hierve en el corazón de los humanos;
volcán que so la mole ponderosa
de montes soberanos,
de la tierra en los cóncavos arcanos
a su pesar sumido,
anuncia su poder con su rugido.

Desplómanse a la vez cultos y leyes,
ruedan confusos pueblos y naciones,
sacerdotes y símbolos y reyes:
-¿Qué inspirados varones,
qué fuertes e impertérritas legiones,
vendrán del mundo muerto
a repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido
de Nazaret, brotó en raudal escaso
un arroyo entre zarzas escondido;
mas que ha de abrirse paso
en breve del Oriente hasta el Ocaso,
al Norte y Mediodía,

llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,
apenas a la sed de un pajarillo
bastante: -luz que trémula fulgura
de débil lucerillo;
y en breve, mar de luz, a cuyo brillo
esplenden en lo oscuro,
lo pasado y presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso
que presenció del hijo de MARÍA,
el lento padecer y la agonía;
fue el signo esplendoroso,
lábaro de un imperio poderoso,
al aire tremolado,
do el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fe cristiana,
de eterna vida manantial fecundo,
de donde todo bien copioso mana:
del poder sin segundo
la buena nueva prometida al mundo:
y aquella voz divina
dijo al muerto: -«¡Levántate y camina!»

Y el cadáver se alzó: -galvanizada
se irguió la conmovida muchedumbre:
respiró la mujer emancipada:
de abyecta servidumbre,
ya al hombre no oprimió la pesadumbre;
y ante su Dios iguales
se abrazaron felices los mortales!

Brilló el Sol de Justicia, inmenso faro
suspendido en mitad del firmamento,
al ciego luz, al desvalido amparo:
y el magnate opulento,
y el tirano en sus iras turbulento,
en su maldad temblaron
y ante el poder eterno se humillaron!

- II -

Llegó para Miriam el triste día
de larga ausencia y despedida amarga;
Jesús, el hijo de su amor querido
salió de Nazaret una mañana,
el paso dirigiendo a las riberas
que del Jordán las amarillas aguas
riegan, y a donde entonces el Bautista
con su misión cumpliendo bautizaba.
La vida de Jesús, no ya secreta,

mas pública va a ser: de la morada
materna se despide, pobre, solo,
en situación humilde, y sin más armas
que su valor, paciencia y mansedumbre.
Con tan débiles fuerzas se prepara
costumbres a atacar, usos y leyes,
a lidiar contra pueblos y monarcas
y vencerá en la lucha, que su brío
del mismo seno del Señor emana;
mas cubrirá el laurel de la victoria,
del muerto triunfador la frente helada!

¡Cuánto pesar y dolorosa angustia
rasgaron de Miriam crudos el alma!
ella que ve lanzarse al generoso
joven, de aquella mar tan agitada
en las revueltas, encrespadas olas,
donde tantos profetas naufragaran!
el insensato orgullo, el fanatismo
torvo; la hueste toda sanguinaria
de las malas pasiones, solo, inerme,
va el Justo a combatir: -La gente prava
que domina en la torpe Sinagoga;
del Fariseo hipócrita las tramas,
su feroz ambición, su cruda envidia,
su innoble miedo, su intención bastarda;
y del rey de linaje advenedizo
la cobarde, terrible suspicacia!

No era Miriam de aquella heroica estirpe
que dio a Judá tan célebres monarcas,
vástago indigno, no; en el noble pecho
un corazón impávido alentaba;
mas recuerda las santas profecías,
los anuncios mesiánicos, y el alma
mira ante sí con lúgubres colores
un cuadro aterrador que la amenaza:
por eso al despedirse el hijo caro,
bañado el rostro de copiosas lágrimas,
roto su corazón dentro del seno,
y anudada la voz en la garganta;
cuando el débil rumor ya no percibe
de los pasos de aquel que tanto ama,
cubriose con su velo, y pensativa,
muda como el dolor, enajenada
quedó, pensando en los pasados días
de ventura y de paz; memoria amarga
de la dicha que fue; presagio triste
del porvenir horrendo que la aguarda!

Pasan días tras días; -perezosas,
noches eternas que jamás acaban

a la inquietud materna, y a su asilo
aún no vuelve Jesús. -Noticias vagas
anuncian a Miriam que el hijo suyo
ha entrado en las estériles montañas
a Jericó vecinas. -El cordero
sin duda al acercarse a la elevada
obra de redención, el trato esquiva
de la turba mortal; y en la plegaria,
y en la meditación y en el ayuno,
a la lucha tremenda se prepara.
¡Ay! cuánto de temor y pena ruda
desgarran de MARÍA las entrañas!
Si acaso de la noche en las tinieblas
suena la ronca voz de las borrascas,
¡qué horrible padecer! -¿Bajo qué abrigo
guarecerá la frente delicada
el amado Jesús? -¿qué luz piadosa
amiga alumbrará su débil planta,
al borde de los hondos precipicios
donde sólo anidar pueden las águilas?

Así cuarenta soles, que centurias
parecen a la madre acongojada,
pasaron; mas al fin volvió el Mesías,
y de nuevo a Miriam tornó la calma.

Las bodas de Caná

- III -

Entonces en Caná de Galilea
un consorcio feliz se celebró,
y juntos fueron hacia aquella aldea
MARÍA y el divino Redentor.

Que deudos de Miriam ambos esposos
eran, y de la estirpe de Judá,
y a su hijo y a ella, cariñosos,
enviaron un convite muy cordial.

Y había muchas gentes y era escasa
de los recién casados la fortuna,
y en manjares y vinos pobre tasa
había, por demás inoportuna.

Y como a la mitad de la comida
el vino se apuró; Miriam atenta
observó la mirada entristecida
del esposo a la esposa que se ausenta.

Y en voz baja a Jesús que a su derecha
está, le dice así: «No tienen vino»,
y él, al oír la voz con que lo estrecha:
«¡Aún no he llegado al fin de mi camino!»

Responde; mas Miriam que a sus parientes
quiere evitar humillación tan dura,
no desespera aún, y a los sirvientes
con voz de acabadísima dulzura,

Así les dijo: «Haced cuanto él os diga.»
Había para hacer las oblaciones
a que la antigua ley al hombre obliga,
seis ánforas de grandes dimensiones

Allí. -Mandó Jesús a los sirvientes
que a una vecina fuente las llevarán,
y de sus aguas puras, transparentes,
hasta los altos bordes las llenarán.

Cumplido su mandato, en delicioso
vino trocose el agua en el instante,
y a tal prodigio se asombró el esposo
y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera
que mirase brotar el milagroso
poder, que en tan efímera carrera
iba a ostentar el NUNCIO poderoso.

Y todos los presentes se admiraron,
y su inmenso poder reconocieron,
y sus menores signos acataron,
y su misericordia enaltecieron.

- IV -

Aquel milagro de Caná, seguido
en breve de un millón;
señaló que ya el tiempo era venido
del fin de su misión.

A su voz las tormentas se aplacaban,
los demonios huían;
las dolencias del cuerpo se aliviaban,
los muertos revivían.

Doquiera que en aquel dichoso suelo
su planta descansaba,
cesaba el llanto, enmudecía el duelo
y el odio se calmaba.

Y venían a él desde Judea,
de Tiro y de Sidón,
de la remota Arabia y de Idumea
en rauda confusión.

Y al que con fe profunda, enardecida,
llegaba hasta su pie;
eterna fuente de salud y vida,
vida y salud da él.

Ven de nuevo del sol la lumbre pura
los ciegos afligidos,
y cruzan la montaña y la llanura
los pobres impedidos.

Cura al leproso, al pecador convierte,
la adúltera perdona,
y arranca de los brazos de la muerte
al niño y la matrona.

¿Quién es éste, clamaba el Fariseo,
que va contra la ley?
¿Quién, temblando de susto el Idumeo,
este que aclaman rey?

¿Quién es el que aconseja al ultrajado
generoso perdón?
¿Quién es el que combate denodado
la usura y concusión?

Y así como en la oscura madriguera
por hombres acosada,
se prepara a lidiar la brava fiera
cabe a su prole amada:

El Escriba avariento, sobre el oro
al pobre arrebatado,
se apercibe a la lid por el tesoro
a precio tal comprado.

Y el Fariseo hipócrita, temiendo
la lid, astuto infama
a Jesús, y en lo oscuro va tendiendo
su tenebrosa trama.

Y el audaz Saduceo, que la vida
del alma torpe niega,
a la múltiple hueste maldecida
iracundo se agrega.

Así, sus mutuos odios deponiendo

se adunan los traidores,
torpe amistad, bastardo amor fingiendo,
en pro de sus rencores.

Y el volcán de sus iras contenido
rugía en lo lejano,
como acaso escuchamos el bramido
del remoto Océano.

Mas al rumor creciente, de MARÍA
temblaba el corazón,
y miraba acercarse la agonía
con triste previsión.

Y siguiendo por montes y laderas
al hijo con afán
llegó con él un día a las riberas
que fecunda el Jordán.

Y por él fue allí mismo bautizada,
y siguió decidida,
y abandonó su vida acostumbrada
por otra nueva vida.

Y mujeres seguíanla y varones,
discípulos fervientes
de Jesús, de amorosos corazones
y espíritus valientes.

Entrada de Cristo en Jerusalén

- V -

¿Qué júbilo inmenso resuena,
Sïón, en tu vasto confín?
¿qué gozo inefable enajena
Salem, tu recinto feliz?
¿dó van tus resueltos varones
cantando triunfales canciones?
¿por qué suena el laúd?

¿Qué triunfo electriza sus almas?
¿acaso el Romano cayó?
¿por qué se despojan las palmas
del manto que el cielo les dio?
¿por qué tu llanura arenosa
reviste esa capa frondosa?
¿cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,
los niños en coro pueril,
repiten en cántigas bellas
pulsando del padre David
el harpa de voces tan puras:
«¡Hosanna en las alturas!
»bendito el enviado de Dios!»

¿Quién es el monarca temido,
que llega a tus puertas, Salem?
¿quién es ese rey tan querido?
¿de Dios el enviado, quién es?
de inmensa legión circundado,
en carro de triunfo adornado,
llega el conquistador?

Sïón, tu monarca divino
no viene en un carro triunfal;
ni acero feroz, damasquino
empuña su mano real:
ni en pompa homicida de guerra
le anuncian por rey de la tierra
el fausto y el poder.

En manso animal cabalgando
se acerca del mundo el Señor,
a diestra y siniestra lanzando
benignas miradas de amor.
Por armas la palma y la oliva,
por premio la fe siempre viva,
eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,
las madres que acata Israel,
y ancianos y tiernos garzones
confusos en raudo tropel;
y esposas y vírgenes puras:
«¡Hosanna en las alturas!»
exclaman, al Sumo Señor!»

Y el santo, amoroso concento
que suena en el vasto confín,
llevado en las alas del viento,
llegó cual la voz del clarín
Sïón, a tus calles oscuras,
«¡Hosanna en las alturas,
»clamando, al supremo Señor!»

Y el eco del muro callado
y el agua que corre a su pie;
del templo el recinto sagrado
y el viento que gime al través:

-y el ruiseñor que en la enramada trina,
y el aura embalsamada matutina,
en paro acento de perenne amor;
clamando van en montes y llanuras:
¡Hosanna en las alturas,
al que viene en el nombre del Señor!

Libro duodécimo
María en el calvario

- I -

Aún no estaba marchito el verde manto
que de Bethania revistió el camino,
cuando ardiendo Sïón en gozo santo
el Cristo a saludar rápida vino:
aún repiten gozosos aquel canto
los ecos del país circunvecino,
y las auras turbadas se estremecen
y aún tibias de sus hálitos parecen.

Cuando una voz inmensa, conturbando
los ámbitos del monte y la llanura,
a amigos y contrarios va llenando
de pasmo y de alegría y de pavura:
aquel acento horrísono y nefando,
envuelto en la traición y la impostura;
caro a muchos y a pocos detestable,
anuncia que se ha preso a un gran culpable.

Y en torno a los magnates opresores,
y a los que favorece la fortuna,
viles escribas, pérfidos doctores,
que ahora en torpe alianza el vicio aduna;
del gran templo en los arcos exteriores
se arremolina el pueblo, e importuna
una vez y otra vez al Fariseo
por el nombre y los crímenes del reo.

-¿Es ladrón, o falsario u homicida
aquel gran criminal? ¿su orgullo insano
intentó quebrantar en lid reñida
la suma prepotencia del Romano?
¿Escándalo del mundo, el parricida
en sangre paternal bañó su mano;
o en las sagradas bóvedas del templo
dio de la santa ley torcido ejemplo?

No: sumiso a la ley pagó el tributo

que se debe a los reyes de la tierra;
jamás dio su palabra amargo fruto
de infausta división, ni cruda guerra:
la cólera, el rencor, el llanto, el luto,
cuanto mal y dolor el mundo encierra,
huyen al resonar su blando acento,
cual leve arista que arrebata el viento.

Lejos de hacer brotar de ajenos ojos
lágrimas de amargura, amante llora
sobre las penas, lágrimas y enojos
que la vida mortal en sí atesora:
lejos de complacerse en los despojos,
en la humildad y en la pobreza mora;
da vista al que jamás el sol mirara,
cara al enfermo, al desvalido ampara.

En vez de trastornar de la Escritura
la blanda, salutífera doctrina,
su voz süave de la letra oscura
los profundos arcanos ilumina:
a los de fe más débil asegura,
a los que van a ciegas encamina,
y a do su vista o su palabra alcanza
vuelven vida y amor, fe y esperanza!

Mas ante los escribas y doctores
tiene el profeta crímenes bastantes;
él, de la ley los llama torcedores,
él, del templo arrojó a los traficantes:
y a saciar su venganza y sus rencores,
con ronca voz y labios espumantes,
costumbres violan y traspasan leyes,
y pisan los derechos de sus reyes.

De una traición doméstica, comprada
con oro vil, se valen los villanos,
y a poner en la víctima sagrada
van iracundos, las inicuas manos:
velando su impostura refinada
a varones y vírgenes y ancianos
de Israel; con ayunos y con preces,
del justo se preparan a ser jueces.

Jamás el mundo vio víctima alguna
del odio y el rencor de los mortales,
sufrir tantas afrentas una a una,
tantos dolores, ni tormentos tales:
jamás tan negro fin de su fortuna
vieron los más odiosos criminales,
ni para ajar tan límpida pureza
adunada se vio mayor vileza.

Como a un esclavo vil, por más afrenta
arráncanle sus sacras vestiduras,
y el acerado azote se ensangrienta
en las perfectas formas, cuanto puras;
la ira se dobla y el rencor aumenta,
como doblando van las amarguras
del justo, en los verdugos carniceros,
espanto de los siglos venideros!

Así tal vez la fiera tigre hircana
que fuerte acosa el cazador ardido,
cobarde lucha, y por huir se afana
al antro oscuro do hasta allí ha vivido;
mas si mira teñida en roja grana
de su contrario el pecho, hondo rugido
exhala de placer, y su ardimiento
redobla al par de su furor sangriento.

Hundieron en su frente una corona
de duras y agudísimas espinas,
y la sangre brotando se amontona
sobre las sienes del Señor divinas:
un pedazo de caña le pregona
por rey, y rotas fajas purpurinas,
harapos en el suelo abandonados,
cual manto regio danle los soldados.

Y haciendo mil burlescas contorsiones
entre mofas y risas le saludan,
mientras que los satánicos sayones
cansados de azotarle se remudan:
mas las bellas, purísimas facciones
ni al sarcasmo ni al golpe se demudan,
y al mirarlos sonríe tristemente,
compadeciendo su furor demente.

La saña a desarmar y el odio fiero
de aquella encarnizada muchedumbre,
en vano el pacientísimo cordero
opone su piedad y mansedumbre:
él, que bajó a librar al mundo entero
de la más ominosa servidumbre,
ora se ve azotado, escarnecido
del pueblo que en su amor ha preferido.

- II -

El odio ya saciado
del Escriba y del torpe Fariseo,
cuando bastante juzgan degradado
al inmortal profeta Galileo,

ante la masa estúpida
del pueblo, a consumar el sacrificio
vuelan, que llega el sábado,
y retardar no quieren su suplicio.

Con la terrible carga
de una pesada cruz los flacos hombros
agobian de Jesús: -penosa y larga
llena de ruinas y de escombros,
es del calvario lúgubre
la triste, funestísima carrera;
mas viendo que la víctima
vacila, su rencor más se exaspera:

Y con el asta dura
de las cobardes lanzas le atropellan,
y si cae el lastimado por ventura,
sin piedad le maltratan y le huellan
turba feroz, sacrílega
de execrables verdugos que se ensañan
contra del Justo, y réprobos
en sangre de su Dios torpes se bañan.

Como en noche callada
llega acaso confusa a nuestro oído,
la voz de la tormenta desatada
que sopla sobre el mar embravecido;
y con el susto trémulos,
aunque remotos del horrendo amago,
dudamos si es más próximo,
y en tierra o viento o mar el fiero estrago.

Así en la muchedumbre
que en calles, plazas, techos, miradores,
de la ciudad a la maldita cumbre,
se ve de mil y mil espectadores:
en rudos sones mézclanse
anatemas y gritos de alegría,
cantos de triunfo lúgubres
y ayes de compasión y de agonía.

Allí van confundidos
con los que de sus males ha sanado,
los que en su contra están enfurecidos;
el aborrecedor junto al amado:
empero, son estériles
de amor y de piedad las emociones,
calladas son las lágrimas,
ruidosas las impías maldiciones.

Cobarde le ha negado
aquel ingrato apóstol más querido;

uno solo de entre ellos ha quedado,
los demás todos juntos han huido;
no hay una voz intrépida
que acuse la impostura y la malicia,
ni un corazón magnánimo
que clame contra el odio y la injusticia!

Y por la prolongada
calle, que a la ominosa puerta guía
judiciaria, en mal hora así llamada,
sigue la plebe indómita y bravía:
y en medio el justo, cárdeno
el rostro, y el mirar desfallecido,
sigue con planta trémula
a la cumbre del monte maldecido.

Y he aquí, que una matrona
a la mitad de la fatal carrera,
por do más el gentío se amontona
penetró: -su mirada lastimera
no las amargas lágrimas
empañan del dolor; de tal quebranto
en los tormentos hórridos,
poca es la voz, insuficiente el llanto!

Y mientras dolorida,
como un sepulcro helada y silenciosa,
se va acercando a aquel a quien dio vida;
tus mujeres, Salem, en voz piadosa
bajo sus velos cándidos:
POBRE MADRE! entre lloros exclamaban,
mientras las haces túrbidas
del pueblo, libre el paso le dejaban.

Mas los crudos guerreros
que al hijo de su amor torvos circundan,
aquellos despiadados extranjeros,
que en la crueldad su orgullo innoble fundan;
ya de las lanzas férreas
con las terribles puntas la rechazan
y con insultos bárbaros
y palabras de muerte la amenazan.

Entonces de sus ojos
con el pesar intenso amortecidos,
y del llanto anterior, hinchados, rojos;
rayos de luz brotaron, despedidos
como vivos relámpagos,
ante los cuales cejan los soldados,
a los fulgores vívidos,
si no compadecidos, subyugados.

Libre el paso, MARÍA,
a Jesús dirigió la incierta planta,
y al contemplar su angustia y su agonía,
de no morir la mísera se espanta.
Sudor a mares, gélido
brota copioso de la augusta frente
al horrendo espectáculo
del suplicio de un Dios omnipotente.

Mas ni un solo gemido,
ni una lágrima sola, los dolores
del corazón revelan, dolorido,
de la que es manantial de los amores.
Jesús, en tanto, mírala
a dos pasos de sí, y en blando acento:
«¡Madre!» su voz exánime
clamó, y «¡Madre!» repiten tierra y viento.

Y al cariñoso nombre
que tanto amor y gozo tanto encierra
al combatido corazón del hombre
en su paso fugaz sobre la tierra;
dando un gemido fúnebre
del fondo de su alma desgarrada,
cayó la madre mísera
sobre las duras losas desmayada!

Y un joven Galileo
de bello rastro y de mirar sombrío,
y una joven mujer, del suelo hebreo
fragante flor; por medio del gentío
cruzan con paso rápido
hasta do está la Virgen dolorida,
y con amor solícito
la vuelven a la vez, dolor y vida.

Son Juan y Magdalena,
de Jesús los discípulos amados,
que a arrancar a Miriam de aquella escena
en su indecible amor van adunados.
Mas su amorosa súplica
no oye la Madre, y bajo un sol ardiente,
del ominoso Gólgotha
prosigue por la rápida pendiente.

Ya tocan aquel suelo
que está por altos juicios destinado
la muerte a presenciar del Dios del cielo,
para aplacar al mismo Dios airado.
Al ara ya la víctima
se acerca del más grande sacrificio,
y tierra y cielo atónitos

se preparan al hórrido suplicio!

María al pie de la cruz

- III -

Allí la homicida turba
como una sierpe gigante
sobre sí misma furiosa
se arremolina, y combate
por contemplar del profeta
el suplicio miserable.
¿Y dó está Miriam entonces?
-¡Pobre Madre!

Arrastrar vio al inocente
en medio a dos criminales;
mira tres cruces tendidas
sobre la tierra culpable,
y hombres de rostros crüeles
que abren los hoyos fatales;
-¿Mas dónde está el hijo suyo?
-¡Pobre Madre!

Al fin pareció; mas cielo!
¡qué vista tan lamentable!
-Sin un harapo siquiera
sobre sus desnudas carnes,
de cuyas hondas heridas
brota a torrentes la sangre!
¡El tan honesto y tan puro!
-¡Pobre Madre!

Mas los feroces verdugos
con ciega furia arrastrándole
de la cumbre maldecida
al sitio más culminante,
expusiéronle a la mofa
de aquella turba salvaje.
¡Qué horrendo cuadro a la vista
de una Madre!

Tienden al JUSTO en seguida
sobre la cruz infamante,
lecho de honor que los hombres
de su amor en premio danle:
¡o ingratitud! ¡o demencia!
¡o ceguedad lamentable!
¿dónde está entonces MARÍA?

-¡Pobre Madre!

A una cercana caverna
Magdalena y Juan amantes
la arrastran: -sordo murmullo
tal cual la voz de los mares,
o de borrascas remotas
al rebramar semejante,
llega tremendo al oído
de la Madre!

De vez en cuando confusos
elevábanse en los aires
rechiflas y maldiciones,
risotadas espantables
y denuestos furibundos
de aquel pueblo de chacales...
¡y la infelice los oye!
-¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo
reina por breves instantes:
¿acaso le compadecen?
¿o alguna nueva barbarie
de la feroz muchedumbre
calma el furor anhelante?
-¡piedad del tigre no esperes,
pobre Madre!

Pronto el silencio rompiendo,
como de golpe que cae
a un tiempo sobre maderas
y despedazadas carnes,
óyese un sordo ruïdo
allá en la cumbre distante,
y otro después, y otro luego:
-¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida
cual la azucena del valle,
tiembla Miriam convulsiva,
como si agudos clavasen
en su pecho los sayones
sus damasquinos puñales.
¡Y vive empero y escucha!
-¡Pobre Madre!

Jamás confesor alguno,
jamás valeroso mártir,
en fiero potro extendidos
sufrieron tormentos tales!
Y empero de sus dolores

aún va el suplicio a aumentarse!
¡flaca mujer, infelice!
-¡Pobre Madre!

Bien pronto el agudo roce
de maderas y cordajes
se percibe, y lentamente
se alza la cruz en los aires;
y en ella al Hijo del hombre
cual vencedor estandarte
contempla atónito el mundo!
-¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto Occidente
el desgarrado semblante,
promete a aquellas regiones
que por tan largas edades
aguardan la luz, fecundos
sus generosos raudales.
¿Y dó está entonces MARÍA?
-¡Pobre Madre!

Entonce el réprobo pueblo
alzó con voz formidable
un prolongado rugido
de feroce triunfo. -«Salve»
le gritan, «rey poderoso!
»si eres hijo de Dios, baje
»tu poder desde esa altura
»do ora yace!»

Y a su izquierda un forajido
de otra negra cruz colgante,
de su penosa agonía
en los postrimeros vales,
aún le maldice sañudo;
y él con palabras amantes
así exclama: «¡Padre mío,
perdonadles!»

Mas el momentáneo asilo
deja Miriam, y sin ayes
ni lágrimas, ni sollozos,
pocos a dolor tan grave;
hacia el lugar del suplicio
va con planta vacilante,
como el mármol blanca y fría.
-¡Pobre Madre!

Del ara del sacrificio
a pocos pasos distantes,
los furibundos sayones

tigres sedientos de sangre
la vestidura inconsútil
por suerte entre sí reparten.
Y ella contempla el despojo...
-¡Pobre Madre!

Los turbios ojos desvía
del horror insoportable,
hacia el cielo, y la mirada
del Dios moribundo, cae
desgarrando una por una
sus entrañas maternales.
¡Por fin llegada es la hora!
-¡Pobre Madre!

En los anales del mundo
el hora más memorable.
Vencida en ella es la muerte,
vencidos los infernales
espíritus, y aun la suma
justicia, aquel satisface
sumo holocausto, inaudito,
de tal sangre!

En tanto, en medio del día
sanguinolentos celajes
velan el sol: sobre el mundo
caen las tinieblas palpables:
las águilas roncos gritos
lanzan de horror en los aires,
y aúllan sobre la tierra
los chacales.

Y del calvario maldito
el lóbrego païsaje,
de negro mármol parece
un catafalco gigante.
Reina el silencio del miedo
en las turbas criminales,
y de horror tiemblan unidos
tierra y mares.

En tanto no olvida el Justo
los que a su amor son leales:
y vuelto a Juan y MARÍA
con voz de amor inefable:
«Ve en él al hijo que pierdes»
dice a Miriam, y al amante
discípulo: «¡Mira en ella
a tu Madre!»

Y luego a mirar cumplidos

los proféticos anales
de las Santas Escrituras,
«Sed tengo» exclamó: -en vinagre
bañada una grande esponja,
dieron el crudo brebaje
al que es manantial de vida
los infames!

Y gustado ya el veneno,
con amoroso semblante
clamó: «¡Todo está cumplido!»
Y lanzando un grito grande,
inclinó la sacra frente
y espiró. -Trémulos ayes
pueblan el aire confusos...
-¡Pobre Madre!

- IV -

En el supremo, vencedor momento,
cuando en sus negros templos escucharon
del sumo Dios el postrimer acento,
los ídolos inmundos vacilaron:
del astro de Moisés ya macilento
los fugaces fulgores se apagaron,
y el sol del Evangelio generoso
amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor a los mortales,
ejemplo a endurecidos pecadores,
de enviar al bajo mundo altas señales
de sus justos terríficos furores:
y apenas las tinieblas sepulcrales
que envolvían al mundo en sus horrores
comienzan a aclarar, su voz severa
estremeció la creación entera.

Y del sol al fulgor sanguinolento,
digna luz a tan hórridas maldades,
sucedió un terremoto turbulento
que en Asia derribó veinte ciudades:
con insólita furia silba el viento,
braman con ronca voz las tempestades,
y el velo del santuario enaltecido
miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas
que las marmóreas tumbas revestían,
se lanzan de sus cárceles abiertas
los que en el sueño del Señor dormían:
y en tus calles, Sïón, cuasi desiertas,
espanto a los vivientes infundían

los cadáveres vivos aún fajados,
del reino del horror resucitados.

Entre los gritos de cobarde espanto
que resuenan allá en la negra cumbre,
se oye la voz de arrepentido llanto
por sobre la revuelta muchedumbre;
mientra oculta en los pliegues de su manto,
imagen del dolor y mansedumbre,
insensible al tumulto y gritería
inmóvil y de pie se alza MARÍA.

Y la mudable plebe contemplando
en redor los insólitos portentos
«¡Este era hijo de Dios!» iba clamando
como a su hogar volvía a pasos lentos;
y las mujeres de Sïón, llorando
entre tristes sollozos y lamentos:
«¡Mísera Madre!» en su aflicción decían,
y los ecos sus voces repetían.

Conclusión

La calma renacía
poco a poco en el orbe conturbado,
y del pueblo malvado
en el precito corazón, volvía
el fuego a renacer casi apagado
de su torpe valor: tal carnicero
tigre que en los hircanos arenales
fue terror de mastines y zagales,
tiembla ante el domador como un cordero,
mas si trémulo acaso ve primero
a aquel que empuña la candente barra,
el instinto feroz recobra luego
y ceba en el cuitado de ira ciego,
el diente agudo y la cortante garra.

Crüel cuanto cobarde
el pueblo deïcida, al ver la guerra
calmada ya en los cielos y la tierra;
iba de nuevo brío haciendo alarde,
y al Redentor divino denostaba
y con torpe maldad le calumniaba.

Mas, como el gran profeta Galileo
nunciado había al rudo pueblo hebreo,
que en el tercero día victorioso
a la vida y al mundo tornaría
del reino de la muerte tenebroso:
una falange armada

del Sumo Sacerdote allí mandada
en su soberbia impía,
velaba en rededor de aquella tumba
salud y redención del Universo;
que temía aquel príncipe perverso
maestro en la traición y en la impostura,
que en las tinieblas de la noche oscura
el cuerpo de Jesús arrebataran
los suyos, y a otra tierra lo llevaran.

Ya del tercero día
la aurora el rubio Oriente coloraba:
Jerusalén dormía
bajo un manto de nieblas que ocultaba
su deïcida faz al matutino
sol, que el vasto confín circunvecino
de fulgor y de júbilo inundaba.
Entreabrían las flores
el cáliz matizado de colores
al húmedo rocío;
entre el ramaje umbrío
de la higuera silvestre, sus amores
cantaban los harpados ruiseñores;
y nunca en aquella árida comarca
que de Bethania hasta Sïón abarca,
ejemplo de tristísima aspereza;
mostró naturaleza
tan delicioso encanto,
tanta hermosura, ni contento tanto.

Mas de pronto en la cumbre aparecieron
de las cercanas lomas
cual banda fugitiva de palomas,
unas cuantas mujeres, que torcieron
el paso hacia el jardín donde se hallaba
el sepulcro de Cristo: descollaba
entre el grupo indefenso una matrona,
cuyo pálido rostro, que pregona
más que humano dolor, resplandecía
con más fúlgida luz que la del día:
y mientras al sepulcro caminaba
a una hermosa ruïna semejaba
que al impulso violento
del huracán ajada turbulento,
en la altanera faz del rayo herida
aún muestra su belleza enaltecida.

Las otras, que a su lado presurosas
caminan, de sustancias aromosas
y gomas delicadas
a embalsamar el cuerpo preparadas,
cargadas van, y a su dolor se mira

que da alguna templanza
la animadora voz de la esperanza.

Mas súbito en la calma que respira
la dormida región, un trueno ronco
como de gran temblor los aires hiende:
la losa del sepulcro se desprende
como impelida de robusto brazo,
y al rudo estruendo, bronco,
los guardias semimuertos de pavura
unos sobre otros ruedan al ribazo
los rostros contra el suelo,
en redor de la eterna sepultura.
Y las santas mujeres, cuyo celo
y acrisolado amor no abandonara
a Jesús, ni aun al mismo pie del ara,
retroceden ahora temblorosas,
temiendo repetidas
ver aquellas escenas espantosas
nunca en el bajo mundo sucedidas,
que acompañaron el postrer momento
del sumo imperador del firmamento.

Pero un ángel divino
cuya inmortal, flotante vestidura,
excedía en blancura
a la nieve que el ábrego amontona
en la cumbre, del Líbano corona,
al sol iluminada matutino:
sentado del sepulcro en la ancha losa,
con voz cuanto benigna, cariñosa,
a las santas mujeres animaba
y a penetrar en él las convidaba,
«No temáis, les decía:
»sé que buscáis al hijo de MARÍA
»que fue crucificado;
»mas aquí ya no está: como lo había
»dicho ha resucitado
»al alba pura del tercero día:
»llegad, y ver podéis donde pusieron
»al Señor, los que aquí le condujeron.»
Y las santas mujeres se acercaron,
y en el sepulcro entraron,
y las fajas de mirra perfumadas,
y el sudario vacío, penetradas
de pasmo y alegría contemplaron.

Mientras Miriam sentada en el nudoso
tronco de un viejo olivo que se alzaba
no muy lejos de allí, su rostro hermoso
de admiración radiante y alegría,
con un joven del pueblo conversaba

en voz que apena el aire percibía.
Aquel que el tosco traje revestía
de un pobre labrador, era el eterno
triunfador del pecado y del infierno:
el redentor, que al mundo
un instante volvía
desde el fondo del báratro profundo!
-Miriam en sus entrañas maternales
probó entonces tal suma
de júbilo y placeres celestiales;
que describirlo no es de humana pluma,
ni contarlo de lenguas terrenales;
ni pudieran los míseros mortales
sentirlo ni aun en parte reducida
sin perder con el júbilo la vida.

Cuando cuarenta soles transcurrieron,
salió Jesús de la ciudad, seguido
de aquellos que en su amor ha preferido;
y juntos dirigieron
sus pasos de Bethania a las alturas;
allí de do descubren las llanuras
de Jericó, y las aguas estancadas
del muerto mar, y las corrientes puras
del Jordán apacible, sus pisadas
detuvo la piadosa comitiva.
Y allí por vez postrera
la fuente de agua viva
a raudales brotó libre y fecunda
la creación entera
a rescatar de servidumbre fiera,
de aquel que en el error su imperio funda.

La ascensión

- II -

Las últimas miradas
fijas aún en los que atrás se deja,
las manos levantadas,
bendice y aconseja
la amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento
como se va en los aires elevando,
suavísimo concento
del cielo fue bajando,
montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes
se ciernen por millares de millares
los fúlgidos querubes;
y las tierras y mares
atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido
del mar: callan los vientos bramadores,
y el céfiro dormido
se oculta entre las flores
fijas sobre sus tallos cimbradores

Y hombre, ni bruto, ni ave,
hubo alguno que osado interrumpiera
aquel silencio grave;
y hasta en la azul esfera
detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa
la creación asiste conmovida
a la ascensión gloriosa;
y un instante la vida
quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre
sigue del redentor el blando vuelo
la santa muchedumbre
con amoroso anhelo;
que van con él su paz y su consuelo.

Y aun a sus ojos brilla
el süave fulgor de su semblante,
cuando una nubecilla
se puso por delante
entre ellos y el Divino caminante.

¡O venturosa nube,
trono en el cual a su feliz morada
el rey del cielo sube!
¡O tierra malhadada
de tan sumo tesoro despojada!

¿Qué habrá en el triste suelo
de hoy más, sino tinieblas y amargura,
e interminable duelo;
si pierde ¡o desventura!
al que es de todo bien la fuente pura?

¿A dó volver los ojos
de amarguísimo llanto excandecidos,
que no encuentren enojos;
si están oscurecidos,

de la luz celestial desposeídos?

¿Cómo gozar amores
de aquel inmenso amor abandonados?
¿ni cómo los furores
burlar de crudos hados,
de tinieblas y sustos circundados?

Mas no; que el ser divino
en prenda nos dejó de eterna alianza,
un faro diamantino
que alumbra en lontananza
la límpida región de la esperanza!

La fe imperecedera,
claro destello de la eterna lumbre,
que en la mortal carrera,
de nuestra servidumbre
aminora la horrible pesadumbre.

Puerto de grata calma
en medio a las borrascas de la vida;
suma virtud del alma
jamás enflaquecida
aun del báratro mismo combatida.

Hija en fin, predilecta,
del supremo Señor de lo creado;
tan pura y tan perfecta
que el arcángel malvado
aun la guarda en el reino del pecado!

María en Éfeso

- III -

En el negro horizonte
del Gólgotha de sangre enrojecido,
miro el Sol de justicia, oscurecido;
mas sobre el hondo valle y alto monte
con más benigna llama,
luz y grato calor al par derrama
la Estrella de los mares,
del gran rescatador en los altares.

Mas no vibra amorosa
sus rayos puros en la patria amada;
en tierra de Sïón muy apartada
con la de Magdalum joven hermosa,

y Juan, el preferido,
que al destierro a las dos ha conducido,
vive, esperando el día
de a la mansión volar de la alegría,

En Éfeso, altanera
se refugió Miriam, del odio insano
por escapar del opresor romano,
que con soberbia impía y saña fiera
persigue a los que oyeron
la voz del Salvador y la siguieron,
de los dioses mentidos
los altares dejando maldecidos.

Y en el destierro llora
la tierra del Señor santificada,
por Juan y Magdalena acompañada,
MARÍA, de los ángeles señora;
empero el sumo instante
se acerca, en que ya libre el alma amante
de sustos y dolores,
vuele hacia la región de los amores.

- IV -

En la ribera undosa
del bello mar Icario,
del astro vespertino
al moribundo rayo,
ocultas en la sombra
al pie de algún peñasco,
se miran dos mujeres
cubiertas con sus mantos.
Miriam y Magdalena
son, que los lares patrios
recuerdan afligidas
en el confín extraño.
Y Éfeso en vano ostenta
sus torres y palacios,
sus plácidos jardines,
sus muros almenados,
sus límpidos arroyos
y sus feraces campos;
y en vano, en regia pompa,
los montes y los llanos
se cubren de áureas mieses,
pastores y rebaños:
lamentan ¡ay! las tristes,
del caro suelo patrio
las abrasadas lomas,
los ásperos collados;
que el alma nunca olvida

del pobre desterrado,
aquel hogar paterno
do efímeros pasaron
sin penas ni zozobras
sus infantiles años!

¿Qué son las linfas puras
del arroyuelo claro,
ni el céfiro apacible
que alienta sobre el prado;
ni el poderoso muro,
ni el opulento fausto
ni en fin los bienes todos
del suelo hospitalario?
-Allí, nada recuerda
del Redentor los pasos;
ni mármoles piadosos
conservan encerrados
allí de sus mayores
los restos venerandos.
Por esto en las orillas
del piélago salado
tal vez siguen sus ojos
algún velero barco,
que en rumbo el mar divide
hacia los lares patrios!
Y acaso entre sollozos
bañadas en su llanto,
recuerdan la alta cumbre
del Líbano argentado,
las encrespadas olas
del turbulento lago
de Tiberiades, donde
Jesús con firme paso,
en medio a la tormenta,
al barquichuelo náufrago
llegó, do sus amigos
lloraban angustiados
en la borrasca impía
viendo su fin cercano;
o del feliz Carmelo
los picos azulados,
que acaso se confunden
con el etéreo espacio.
Y brota de sus ojos
amargo y crudo llanto,
mientras el rumbo siguen
de algún velero barco
que en medio al remolino
del piélago salado,
navega majestuoso
hacia los lares patrios.

- V -

Mas luego de la vida
volvía la celeste desterrada
a la afanosa realidad; y unida
a la de Magdalum, joven amada,
llevaba ardiendo en amoroso anhelo
el bálsamo divino del consuelo
del mendigo a la choza derruïda;
a la infeliz guarida
del leproso a la vista repugnante,
como madre solícita, anhelante,
que en el seno materno al hijo caro
guarda siempre amoroso y firme amparo.

Y al desvalido huérfano acorría,
y a la llorosa viuda consolaba;
y pobre de tesoros terrenales
con los menesterosos compartía
los bienes celestiales
que en su gran corazón atesoraba.

Y con las santas leyes nunca escritas
de la alma compasión, cuando su pecho
cumplido había, al templo do el cristiano
de contrición en lágrimas deshecho,
a aquel de soberanos soberano
sus preces elevaba,
con Magdalena y Juan se encaminaba.

Y su divino labio allí a torrentes
de la fe las verdades elocuentes
copioso derramaba
sobre los fieles a su voz unidos,
que escuchaban de gozo enardecidos
de su divino acento
el fecundo y piadoso enseñamiento.

Jamás aquella ley hija del cielo
cuya base más firme y más segura
es el divino amor, tuvo en el suelo
tan elocuente explicación: la impura
doctrina del pagano, combatida
por la palabra de virtud y vida;
de su anterior prestigio despojada
lidiaba aún, feroz, desesperada,
en sus ciegos furores,
moribunda en verdad mas no vencida.

Aun surgen los altares
de los nefandos númenes traidores

coronados de ofrendas y de flores:
millares de millares
de hombres ilusos al error uncidos
y en el mar del pecado sumergidos,
lidian por el error: la sangre humea
de torpes sacrificios, en las aras
de Moloch y Belial, cuando aún el viento
de la mañana orea
allá del negro Gólgohta en la cumbre
la sangre del Señor, y monte y llano
aún repiten su acento soberano,
tibios aún de su divino aliento!

El robusto cimiento
de esclavitud y torpe tiranía,
donde estaba sentada
la majestad de Roma, ya cedía
no al empuje violento
de la bárbara plebe amotinada;
ni a la indomable y brusca acometida
del esclavo que rompe su cadena:
en la sangrienta arena
en vano fuertes Catilina y Graco
por la alma libertad honor y vida
expusieron, y en rapto generoso
su noble sangre derramó Espartaco:
-La religión caduca ya vencida
del negro paganismo,
arrastraba el imperio al hondo abismo
desde la altiva cumbre.

La ciega muchedumbre,
esclava del horrendo soberano
del reino del dolor y la amargura,
ardiendo en saña impura
a combatir se apresta frente a frente
la palabra de un Dios omnipotente:
sus fuertes escuadrones,
sus verdugos prepara y sus leones:

Mas, ¿qué son los tormentos,
qué el número infinito de soldados,
de los fieles de Cristo denodados
contra los indomables corazones?
No a la lid turbulentos
ardiendo en torpe cólera se lanzan,
oponen al furor la mansedumbre
del divino cordero;
la blanda persuasión al crudo acero;
y acaso el triunfo alcanzan
aun so el yugo de férrea servidumbre,
oponiendo al rencor de su tirano

el amor y paciencia del cristiano.

Miriam fue la columna luminosa
que en la borrasca impía
de la noche del mal caliginosa,
fue a la naciente iglesia claro guía:
Cual madre cariñosa
a los sencillos neófitos mostraba
la eternidad y la excelencia suma,
de la ley que su labio predicaba.
Y nunca humana pluma,
ni humana voz, ni entendimiento humano,
ni aun de los mismos hombres que vivieron
al lado de Jesús, y de él oyeron
su celeste doctrina;
ni el indecible encanto soberano,
ni la dulzura y persuasión tuvieron
de aquella voz divina.
Las profundas tinieblas que ofuscaban
aquellas mentes rústicas, cual nieve
acumulada en el invierno frío
que derriten los fuegos del estío,
a la voz de Miriam se disipaban.

Así al ruïdo de su planta leve
los congregados fieles prorrumpían
en himnos de placer: el crudo lloro
cesaba entonces, y en alegre coro
con unánime voz la bendecían.

- VI -

Pero ya la fructífera simiente
de aquel divino sembrador crecía,
apesar de las recias tempestades
que del báratro horrendo la malicia
contra ella suscitó por mar y tierra,
con suma esplendidez y lozanía.
La refulgente luz del Evangelio
en extensas regiones difundida,
no había menester cuidado alguno
para acrecer su llama siempre viva,
y la reina del cielo fatigada
de esta mansión de llanto y agonía,
volvió los ojos hacia aquellos campos
de perdurable amor y eterna vida.

De todos cuantos lazos amorosos
a este destierro de dolor la unían
sólo quedaba Juan: ya Magdalena,
compañera leal y tierna amiga,
volado había a la mansión celeste,

en el llanto dejándola sumida;
como una flor que al postrimero rayo
del sol en cuya luz su ser bebía,
cierra el rosado cáliz lentamente
y sobre el leve tallo cae marchita:
desde la muerte de Jesús, la joven
privada de la fuente de agua viva
en cuyas puras ondas mitigaba
su abrasadora sed; las purpurinas
rosas de su semblante, que a las flores
del plácido vergel dieran envidia,
perdió. -Jamás sus amorosos labios
volvieron a dar paso a una sonrisa;
y poco a poco, sin dolor ni susto
ni esfuerzo, fue apagándose su vida,
como en las ramas de la selva umbrosa
la brisa de la tarde blanda espira.

Mas antes de partirse a los eternos
lares, aún visitar quiso MARÍA,
los santos sitios do la inmensa obra
de nuestra redención se vio cumplida;
y el deseo de su alma conociendo
el amado y amante Evangelista,
con ella se embarcó en velera nao
que enderezaba el rumbo a Palestina.

Serena está la mar: sobre sus olas
que las nocturnas auras leves rizan,
rápida voga la feliz galera
de su carga inmortal envanecida.
Ya divide orgullosa aquellos mares
de plata y de zafir que las divinas
regiones bañan, fortunada cuna
del arte y de la egregia poesía.
Surge Chio del piélago espumoso,
cual de un arroyo en la argentada linfa
levanta acaso el cisne su alba frente
que a los rayos del sol fúlgida brilla;
y cuando aún, al fin del horizonte
se ve como una vaporosa cinta,
Lesbos, la patria del sublime Alfeo
y de Safo la amante poetisa,
en medio de las ondas se levanta,
cual Venus bella, como Juno altiva.
Después, la patria de Esculapio surge,
la noble Delos; Rodas, la divina,
y Chipre, paraíso del deleite
do fue la religión torpe lascivia.
Y en breve, vacilando en el espacio,
como tal vez el águila atrevida
cuando cerca del sol se cierne, viose

un punto negro en la región vacía:
era el pico final de la montaña
do levantó un profeta en otros días
altares a Miriam y le dio culto;
al través de las lóbregas neblinas
de lo futuro, alegre contemplando
a la estrella del mar enaltecida.
Y el viaje prosiguiendo, a la alborada
serena y pura del siguiente día,
a vela y remo entró la leve nao
en uno de los puertos de la Siria.

Muerte de María

- VII -

Era la noche: -en una vasta pieza
de la augusta mansión que viera un día
raudo bajar desde la suma alteza
el fuego de inmortal sabiduría:
esplendente de luz y de belleza
como en su verde edad, se ve a MARÍA,
la excelsa esposa del Señor amada,
sobre un modesto lecho reclinada.

En derredor se agrupan silenciosos,
en grande multitud, de la divina
ley, los mantenedores valerosos
que ora el dolor más ímprobo domina:
allí oscuros aún los que animosos,
su sangre verterán por la doctrina
del Cristo, aguardan el fatal momento
en que rinda Miriam su último aliento.

Allí Santiago el justo, su quebranto
entre calladas lágrimas devora;
da Pedro suelta rienda al crudo llanto
que su dolor empero no aminora;
mientra en los pliegues de su griego manto
oculto Juan, inconsolable llora,
y su dolor exhala en reprimidos
ayes, y dolientísimos gemidos.

Y a la cárdena lumbre, vacilante,
que en rojizos manojos despedían
lámparas que del techo culminante
cadenillas de bronce suspendían,
y que como la péndola oscilante
a compás en lo oscuro se mecían;

más vasta parecía aquella escena,
más lúgubre el pesar, mayor la pena.

Mas súbito el silencio doloroso
que interrumpiera sólo algún gemido,
rompió un acento vago, melodioso,
no semejante a terrenal sonido:
a aquel acento dulce, afectüoso,
como del seno del Señor nacido,
del cisne celestial postrero canto,
cesó el dolor, interrumpiose el llanto.

Y ni el plácido arroyo que murmura
bajo el ramaje de la selva umbría,
ni el ruiseñor que canta en la espesura
al espirar del moribundo día;
ni el céfiro süave en la verdura,
del prado, ni la múltiple armonía
que en mañana feliz de primavera
alza a su rey la crëación entera:

Ni el vago son de los tranquilos mares
cuando las playas besan adormidos;
ni el rumor de domésticos hogares,
bienes del corazón los más queridos,
que en fatigas y túrbidos azares
para siempre juzgábamos perdidos,
y en velada aromosa de verano
percibimos confuso en lo lejano:

Ni la voz del amor que al anhelante
pecho, asegura la feliz victoria;
ni el clarín de la fama resonante
que canta al universo nuestra gloria;
ni en medio del desierto al caminante
que juzga el fin llegado de su historia,
el creciente rumor, ya de él cercana
que mueve numerosa caravana:

Y ni el mismo cantar que en el altura
celestial, la suprema jerarquía
entona al Crëador; puede en dulzura,
ni en amor, ni en süave melodía
competir, ni en blandísima ternura,
con las postreras voces de MARÍA;
ni voz alguna en tierra o mar o cielo
jamás a tal dolor dio tal consuelo.

Háblales de su amor, divina fuente
que ha de correr perenne, inagotable,
sabroso amparo de la humana gente
en la vida del cuerpo deleznable:

luego, de la bondad omnipotente,
de la futura vida perdurable,
do cabe a Jehová, los escogidos
serán por su virtud enaltecidos.

Y como de una luz la débil llama,
más vivos y fulgentes resplandores
al estinguirse en derredor derrama;
así la emperatriz de los amores
al espirar parece que se inflama
aun más en los espléndidos fulgores
de aquella eterna, engendradora lumbre
que arde del Empíreo en la alta cumbre.

Y explica a aquellos puros corazones
del porvenir remoto los arcanos:
caerán aquellas ínclitas legiones
en que su orgullo fundan los romanos;
y a pesar de verdugos y leones,
alzarán vencedores los cristianos,
signo de redención al orbe entero,
de Dios el estandarte verdadero.

Y al través de revueltas tempestades
y encarnizadas y sangrientas lides,
triunfarán en desiertos y ciudades
los del Señor preclaros adalides:
azotes del error y las maldades,
de la santa verdad nuevos Alcides,
opondrán el amor y mansedumbre
al furor de la torpe muchedumbre.

Y al cumplirse los tiempos, la semilla
de los soldados del Señor plantada,
tal como el sol sobre los astros brilla,
lucirá al universo tremolada:
y la palabra de verdad, sencilla,
cual ley universal será acatada
y en uno refundidos tantos nombres,
a un solo Dios se humillarán los hombres.

Mas el hora sonó. -Los dulces ojos
fijó Miriam en la sublime esfera
sonrïendo al dejar tantos enojos
que cercan esta vida pasajera:
y a medio abrir los bellos labios, rojos,
cual si en el seno del amor durmiera,
sin fuerza ni dolor voló su alma
a las regiones de perenne calma.

Entonces los sollozos reprimidos
de aquel salón los ámbitos poblaron,

y de fúnebre canto los sonidos
trémulos en los aires se elevaron:
los ecos de Sïón adormecidos
al rumor plañidero despertaron,
y sus cándidas alas desparciendo
fueron las graves notas repitiendo.

Cuando el próximo sol brilló en el cielo,
en grande profusión preciadas gomas,
los fieles compitiendo en santo celo
llevaron y riquísimos aromas.
Y cubierto el cadáver con un velo
de finísimo lino, por las lomas
que de Getsemani cercan el llano
lento siguió el cortejo soberano.

Y llegando al lugar do abierta estaba
la más afortunada sepultura,
el lecho depusieron que encerraba
aquella flor de mística hermosura:
el astro vespertino iluminaba
con trémulo fulgor desde el altura
la triste escena de dolor y luto,
del más piadoso amor, postrer tributo.

Y durante los tres primeros días
velaron los Apóstoles constantes
del sepulcro en las márgenes sombrías,
con otros fieles de Jesús amantes:
y de noche las blandas armonías
repetían los ecos circunstantes,
que acompañado de sus sistros de oro
cantaba en el espacio el sumo coro.

Mas en el día cuarto, un elegido
que de un país tornaba muy lejano,
y era aquel que tocar osó atrevido
de Jesús las heridas con su mano,
y por ver a Miriam era venido;
obedeciendo a impulso sobrehumano
rogó a los otros que la losa alzaran
y los amados restos le mostraran.

De su dolor movidos levantaron
la losa, y con asombro descubrieron
que no estaba Miriam do la dejaron,
y el sudario vacío solo vieron:
entonces en el polvo se postraron,
y las glorias de Dios enaltecieron,
que quiso sublimar a tanta altura
una mortal, terrestre crïatura.

La asunción

- VIII -

Es una noche plácida
del abrasado estío;
el viento calla indómito,
se aduerme el mar bravío,
y espira el blando céfiro
entre una y otra flor.

En las azules bóvedas
de estrellas mil cercada,
su faz ostenta nítida
la luna nacarada,
el llano y la alta cúspide
bañando en su fulgor.

Mas del Empíreo súbitos
raudales se desprenden
de viva luz: mil ráfagas
de fuego el aire hienden,
y alto cantar de júbilo
se oyó en aquel confín.

Moviendo al par las cándidas
alas de nieve y oro,
cruza veloz la atmósfera
entero el sumo coro,
hacia el estrecho límite
del plácido jardín.

Ya llegan: la marmórea
losa que tanto encierra
alzan, los rostros fúlgidos
humillan a la tierra,
ciegos al astro vívido
que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe
que la falange impera
y que a la diestra ciérnese
de Dios en la alta esfera,
bajo el mirar fulmíneo
pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas
y fajas purpurinas,
tras la borrasca lóbrega

y en tierras ya vecinas,
surge al cansado náufrago
del sol la rabia faz:

Así entre lienzos cándidos
y delicadas flores,
bañado el rostro límpido
de espléndidos fulgores
la reina de las vírgenes
yace dormida en paz.

Entonce los arcángeles,
espíritus guerreros,
que cabe al trono altísimo
de Dios, son los primeros,
y en cien batallas hórridas
vencieron a Luzbel,

Sobre sus alas rápidas
pusieron a MARÍA,
y con cantar melódico
por la región vacía
más breves que el relámpago
vuelan a do está ÉL.

- IX -

El hijo de su amor, el cariñoso
amigo, el padre y el amante fiel;
el que lloró perdido, tierno esposo,
a cuya planta el sol es escabel!

A cuya voluntad generadora
del caos tenebroso y a la par,
lució en el cielo la primer aurora
y la tierra surgió del ancho mar!

A cuya voz las roncas tempestades
conturban los dormidos elementos;
y se abisman los montes y ciudades,
convertidos en polvo sus cimientos!

Ante cuyo saber la ciencia humana
es miseria y vacía oscuridad,
y a cuya omnipotencia soberana
sólo igualan su amor y su bondad!

Allí la aguarda en medio a la cohorte
de espíritus de luz innumerables,
en medio de los grandes de su corte
y en el seno de goces perdurables.

Y allí su asiento cabe el alto asiento
estará del Supremo imperador;
respirará el aliento de su aliento
y anegarase en su inefable amor.

Y casi igual al sumo poderío
por la misericordia y la piedad,
astro Miriam de amor, sereno y pío,
lucirá en la infinita eternidad.

Fin